

CAMERON HEART

A dos
mundos
de ti



Índice de contenido

[Contents](#)

[Title Page](#)

[Creditos](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

EPÍLOGO

CAMERON HEART

A dos mundos de ti

Cameron Heart

Copyright © 2018 Cameron Heart Título original, «A dos mundos de ti»

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Versión 1.2.

Mayo 2018

PRÓLOGO

El local está lleno, más de lo habitual para ser un jueves. Quizás hemos infravalorado el prestigio del grupo que toca esta noche.

Cuando los tipos de la barra me dan un respiro me tomo un momento para prestarles atención: son cuatro integrantes y se hacen llamar *Sueño a medianoche*. Tocan una balada desde el escenario situado en la pared opuesta del local, debajo de una luz cálida que contrasta con la penumbra imperante. El vocalista es un joven con una melena digna de un anuncio de crecepelo. Su voz es suave, relajada y empasta perfectamente con las rasgaduras que un joven asiático le hace a un contrabajo. A su izquierda un saxofonista con espesa barba y turbante sube el ritmo de la canción a la vez que mueve su instrumento arriba y abajo. Los mismos cambios de ritmo son respondidos de inmediato con el aporreo de los tambores por parte de un batería negro.

El resultado final me llega por encima del murmullo de decenas de diminutas mesas que se agolpan por la sala. Hoy están todas al doble de su capacidad. Cada una de ellas está gobernada por el brillo verde de una pequeña lámpara central. Es difícil no quedar hechizada por el ambiente.

Observando al grupo me digo a mí misma que más que una banda de música parecen el consejo de seguridad de la *ONU*; dejo escapar una risita producto de mi ingeniosidad hasta que alguien llama mi atención desde la barra.

—Guapa, sírveme lo de siempre.

Se trata de Thomas, el adorable viejecito que vive en el piso de arriba. Se ve que un día hizo suyo el lema de «si no puedes con el enemigo, únete» y desde entonces renunció a quejarse del ruido del local y a bajar la mayoría de las noches para tomarse su *jarabito* (como a él le gusta llamarlo) que no es otra cosa que aguardiente del fuerte. Memorables son las noches que su mujer, sartén en mano, baja a buscarlo. Y cuando eso ocurre, él se limita a abrir bien los ojos y decir muy serio: «hora de acostarse».

—Aquí tienes.

—Gracias, guapa. Ay, qué bien me tratas. Si tuviera doscientos años menos...

—Si tuvieras doscientos años menos y yo trescientos años más. Aun así, serías demasiado viejo para mí.

Ríe el comentario. Tiene una risa contagiosa que hace que el resto de vecinos de la barra lo imiten.

—¿Qué diría tu mujer si te oyera? —continúa.

Su risa cesa de golpe y mira a ambos lados como si temiera encontrarla a su lado, después mueve los labios titubeando como siempre que prepara una frase larga y termina diciendo.

—Créeme jovencita, no es algo que quieras presenciar.

Esta vez reímos todos.

—No seas cruel con nuestros clientes más fieles. —El anciano asiente dando por bueno el comentario de Jerry. Él es el dueño del local y mi jefe—. Thomas lleva manteniendo este local desde hace más de un siglo. Muéstrale un poco de respeto, aunque solo sea porque ayudó a fundar este país.

De nuevo todos vuelven a reír.

Jerry es un hombre corpulento pero todo lo que tiene de grande lo tiene de buen corazón. Su apariencia es la de un tabernero de la época del salvaje oeste, bigote rizado incluido que es objeto de innumerables chistes de los asiduos a la barra. Su carácter bonachón hace que soporte estoico dichos comentarios sin perder la paciencia. Salvo claro está, que se le deba dinero. En tal caso mejor no aparecer por el bar.

Mi relación con él es muy buena. Yo no la definiría como una relación de jefe-empleada, sino más bien como una relación *maestro sabio-aprendiz*. Aprovecha cuando trabajo para darme consejos marca de la casa que me ayuden en la vida. Aunque yo rara vez le hago caso. No se debe tomar en serio a alguien con un bigote así.

Nos situamos en el extremo de la barra donde nadie nos puede oír.

—¿Tú esperabas tanta faena esta noche?— me pregunta.

—¿Esa es tu manera de pedirme que haga horas extras?

Hace una pausa mientras una sonrisa tímida aparece debajo de su mostacho.

—¡Vaya! Veo que me conoces mejor de lo que pensaba.

—Ya me lo había supuesto. No me importa. Mañana no tengo clase hasta mediodía. Además no suenan nada mal —digo señalando hacia la banda—, disfruto escuchándolos.

—Sí. Fue todo un acierto contratarlos. Te tengo que hacer caso más a menudo.

Lo cierto es que los sugerí por recomendación de mi compañera de piso. Nunca hasta ahora los había escuchado. Pero eso no tiene por qué saberlo.

—Tal vez no sea la mejor camarera, pero me podría ganar la vida como *manager*.

—Tienes toda la razón. No eres la mejor camarera.

Le doy un puñetazo en el hombro.

—Tengo un hueco para el martes que viene —dice cambiando de tema.

—¿Y? —pregunto sabiendo lo que viene después. Seguro que me propone de nuevo tocar el viejo piano de la esquina para llenar una noche floja.

—Me preguntaba si querías... ya sabes —mueve la cabeza hacia el rincón esperado.

Ahí está. Resoplo y pongo los ojos en blanco. No sé por qué insiste: siempre obtiene la misma respuesta.

—Sabes que no me gusta tocar delante de público. No entiendo ese empeño tuyo por querer destrozar los tímpanos de tus clientes.

—No tocas tan mal. Yo apenas me convulsioné.

Se lleva otro golpe en el hombro.

—Ahora en serio —prosigue—, te sacarías un dinero extra. Siempre dices que te cuesta pagar el alquiler. Además, yo ni siquiera te anunciaría: si lo que te preocupa es que acuda demasiada gente.

—Lo siento Jerry. Tal vez algún día. De momento te tendrás que conformar con que solo sea una mala camarera.

—Tenía que intentarlo.

—Ootra vez.

—Al final aceptarás. Aunque solo sea para no oírme.

Muevo una mano en gesto despectivo mientras me dirijo hacia el final de la barra donde un cliente que no había visto nunca me reclama.

Nada más llegar ante él me pongo tensa. Lleva un sombrero de bombín y tirantes negros por encima de una camisa blanca. Parece sacado de la película de *La naranja mecánica*. Sus ojos me ponen en alerta: están vidriosos como si estuviera colocado de marihuana y están fijos en mí como si yo fuera un conejo señuelo y él un galgo de carreras.

—Eh, princesa. ¿Por qué no mueves ese culito tuyo y me traes tu mejor whisky? Y —hace una pausa antes de proseguir—, estaría bien que yo lo viera moverse.

Algo se remueve en mi interior. No se trata solo de su actitud machista sino también de la expresión lujuriosa que la acompaña. Me contengo. El tipo da miedo de verdad.

Además de mí, el único que parece haber reparado en el comentario es Thomas el anciano, el cual me dirige una mirada preocupada para después centrarse en el nuevo inquilino de la barra frunciendo el ceño en silencio.

—Da la casualidad de que nuestro mejor whisky está aquí al alcance de mi mano —miento agarrando el primero que descubro. No le daré el gusto de darle la espalda.

—¿Me tomas el pelo? ¿Ese matarratas es lo mejor que tenéis?

—Si no te gusta puedes probar en otro sitio —le contesto nerviosa.

—Está bien princesa. Está bien. Si me lo sirves con cariño lo doy por bueno.

Me guiña un ojo.

Lo miro incómoda y asqueada. Ojalá consuma la bebida y se largue pronto. No quiero verle la cara ni un minuto más del necesario. Me da la

impresión que sabe lo que pasa por mi mente, pero parece indiferente. Thomas hace amago de levantarse de su taburete y yo lo detengo con la mirada. El tipo sonrío con autosuficiencia.

Le pongo el vaso delante y empiezo a llenar el vaso. A mitad del proceso me acaricia el antebrazo. Yo me retiro de golpe dejando caer la botella al suelo, la cual se hace añicos. Parte del líquido que contenía el vaso se derrama sobre él. El estrépito llama la atención de Jerry y de algunas mesas cercanas que vuelven las cabezas curiosas. Mi jefe se aproxima a ver qué ha sucedido y le pide disculpas al extraño en mi nombre.

—Lo siento, déjeme compensarle con un trago de nuestro mejor whisky.

Jerry se dirige a la otra parte de la barra y trae un whisky irlandés de quince años.

El tipo posa su mirada sibilina en mí.

—No tiene importancia. Le habré puesto nervioso a la chica. Tiene pinta de ser de las que se ruboriza con poco. ¿Eh, princesa? —me pregunta.

No le contesto y me alejo, al pasar junto a Jerry le susurro que más le vale atenderlo a él. Jerry lee entre líneas y asiente.

La noche transcurre sin mayores incidentes, pero con una abundante cantidad de trabajo. Por suerte el problemático desconocido se largó hace rato. Intentó saltarse varias veces el placaje de Jerry para llegar hasta mí, pero no tuvo éxito. Antes de irse se despidió lanzándome un beso. Yo le respondí simulando una arcada. Espero que no vuelva.

En el bar solo quedamos Jerry, Thomas y yo. La banda ha cerrado su actuación en medio de una ovación sin precedentes en el local. La mayoría de gente se marchó justo después. No queda ninguna mesa que permanezca en el mismo sitio donde empezó la noche. Cientos de vasos y botellines de cerveza esperan ser recogidos.

Mientras recojo tarareo las canciones interpretadas durante la noche. Aún las siento retumbar en mi cabeza. En especial me ha conmovido una que trataba sobre un hombre que vende su alma al diablo a cambio de encontrar por fin al amor de su vida. El diablo le concede su deseo y conoce al amor soñado. La canción en ese punto es alegría desbordada transmitida mediante

un estribillo pegadizo. Cuando llega el final de la melodía, el saxo y la voz del vocalista quedan solos: los protagonistas son ancianos y el demonio pasa a cobrar su deuda. No lo logra; el hombre ya no es dueño de su alma, ahora le pertenece a su amada.

Los ojos se me humedecen recordando la letra. Me pregunto si realmente existen relaciones tan ideales o solo se trata de cuentos de hadas cuya única finalidad es confundir las mentes ingenuas como la mía que aún no han descartado tal posibilidad.

Una sombra bajo el dintel de la entrada interrumpe mis pensamientos y casi al mismo tiempo suena una frase conocida en el local: «hora de acostarse».

CAPÍTULO 1

Son casi las diez de la mañana. Aparco mi bicicleta en la parte norte del campus como de costumbre. El trayecto de veinte minutos desde mi casa no ha conseguido eliminar la sensación de somnolencia que me embarga. He dormido al menos ocho horas, pero el sentirme siempre adormilada antes del primer café es una cualidad que me define. Seguro que aún llevo las marcas de la sábana dibujadas en la cara.

Me dirijo sin apresurarme hacia el edificio de económicas porque en ese lugar se encuentra la mejor cafetería de la universidad. Allí he quedado con Cynthia, mi compañera de piso. Solemos desayunar juntas en casa pero hoy no hemos tenido oportunidad. A las dos nos encanta el café y estamos de acuerdo que el que sirven allí es el único de todo el campus que se salva de ser llamado *agua marrón*.

Recorro el empedrado que funciona como una gran arteria que provee de alumnos los distintos edificios. Entre sus piedras grisáceas crece un césped rastrero que oculta casi en su totalidad las baldosas. Si no fuera cortado regularmente, el camino se confundiría con los inmensos espacios verdes del campus. Pequeños grupos de gente se esparcen por ellos. Me encanta la diversidad que se puede encontrar en el hábitat universitario. Para distraerme mientras camino, juego mentalmente a inventar lemas que encajen con cada uno de los grupos. Cerca de una enorme buganvilla que crece enroscándose en un techado de madera se encuentra un corro de chicos con aspecto estirado, ropa de marca y pelo engominado. Seguro que estudian económicas; enseguida viene a mi mente el pareado: «primero, el dinero». No muy lejos cuatro estudiantes se sientan en una mesa toqueteando sus portátiles sin cruzar palabra; estos son de informática fijo. Un lema que les vendría que ni pintado sería «404. *Girl not found*». Reconozco que yo también soy un poco *nerd*. Sigo con mis ocurrencias durante lo que me resta de trayecto: «somos unos *tocapelotas*» para los del equipo de *soccer*; «si me miras, te muerdo» para los góticos y alguna ingeniosidad más por el estilo.

Cuando me quiero dar cuenta ya estoy delante de la cafetería. Encima de la puerta hay un letrero enorme en el que se lee «Café» con una tipografía

divertida que parece *Comic Sans*. La *efe* está un poco descolgada. El bullicio interior y un envolvente olor a café traspasan la puerta cerrada. Aspiro hondo y de inmediato empiezo a salivar. Un chico en bicicleta me obliga a reaccionar cuando casi me atropella al tratar de aparcarla en los anclajes de la entrada. Lo conozco, se llama Clint, comparto alguna clase con él. Es uno de los integrantes del equipo de fútbol. Es tan soberbio que podría haberme aparcado la bicicleta entre las piernas y no darse ni cuenta. Alejo de mi mente dicha imagen y entro en el interior decidida a cobrarme mi necesario desayuno.

El zumbido del local me golpea al entrar, suena como un avispero sacudido por un palo. Mis ojos van directamente a una mesa que hay cerca de la segunda ventana de la pared derecha. Esa mesa es de nuestra propiedad. No la hemos comprado a perpetuidad ni nada por el estilo, pero siempre utilizamos el mismo sitio. Cynthia ya está sentada allí, enfrascada en una conversación con su novio London. Él es mi semicompañero de piso. Vive con nosotras con la salvedad de que él no paga alquiler, lo compensa ayudando con las tareas domésticas. Sorteó las mesas y a los *kamikazes* armados con bandejas que amenazan con tirármelas encima. Me sitúo con sigilo detrás de Cynthia y le toco en un hombro mientras me oculto por el contrario. Ella pica y yo pienso irónicamente lo graciosa que soy.

—¡Yulia! —exclama al verme—. Pensaba que no vendrías. No he podido contenerme.

Delante de ella una taza vacía recalca sus palabras.

—Seguro que se ha vuelto a dormir —dice London con sorna.

—Si vosotros os acostarais tan tarde como yo también os supondría un esfuerzo levantaros.

—Anoche no dormimos mucho y llegamos aquí hace una hora —al decir esto sonrío con picardía a Cynthia.

—Menos humos Romeo, el tabique que separa mi habitación de la vuestra no es tan grueso. Cuando llegué de trabajar podía oír vuestros ronquidos.

Hace un gesto como si hubiera recibido un impacto.

—Eran ronroneos —replica Cynthia.

—Bien dicho cariño.

Él le choca la mano en señal de aprobación.

—Dais ganas de vomitar, ¿lo sabéis, verdad?.

—Yo prefiero pensar que somos adorables —dice Cynthia.

Asiento con la cabeza mientras digo que no.

Cynthia suelta una carcajada

—Cuando quieres tú sí que resultas adorable. Lástima que no muestres esa faceta tuya muy a menudo. ¿Qué harás cuando nosotros nos casemos y dejemos el piso? Tendrás que encontrar una nueva compañera que te soporte y que me sustituya como tu única amiga. ¡Y que de paso pague el alquiler! Imposible. ¡Tendría que bajar del cielo volando en paraguas!

Me río sin entusiasmo. Tiene razón cuando dice que no sé lo que haría sin ella. La aprecio mucho y espero tenerla siempre cerca.

—Puedo ser muy sociable cuando me lo propongo, encontraría una nueva mejor amiga enseguida —digo sin mucha convicción.

—Seguro, desde que te conozco no te he visto cruzar más de tres frases con nadie que no seamos nosotros. Bueno, miento, en tu trabajo sí lo haces. Pero eso no cuenta, son viejos y siempre van borrachos. Así es imposible que se den cuenta de lo apática que eres.

—Menos mal que eres mi mejor amiga.

Se ríe con ganas a la par que se inclina para tocar con su cabeza en mi hombro.

—Sabes que es broma cariño. Ya me conoces.

—Bueno... broma, broma... —interrumpe London—, yo te he visto intentar socializar con desconocidos. Pareces un autómata. Cualquiera día de estos sueltas: «su tabaco, gracias».

Ahora los tres prorrumpimos en una risotada.

Cuando se apagan las risas, yo sigo decidida a seguir con la broma.

—Está bien. Os demostraré lo sociable que soy.

Me giro en la silla y levanto la mano tratando de llamar la atención de Doris la camarera. Cuando se da cuenta, se aproxima con la libreta en la mano.

—Hola, Doris —le digo con amabilidad—. ¿Qué tal la semana? Creo que os han puesto un uniforme nuevo. Parece más cómodo. Más apropiado para tantas horas de trabajo. Si yo tuviera que...

—Me vas a decir lo que quieres muchacha. ¿Has visto cómo está la

cafetería? No tengo tiempo para chácharas inútiles.

Me siento ruborizar y entierro mi cabeza entre los hombros. Le respondo con timidez:

—Un café... Por favor.

—Eso está mejor.

Y se aleja dejándonos a la vista del bamboleo de su gran trasero.

Los tres nos miramos y estallamos de nuevo en carcajadas.

—Lo que yo decía. Más sociable que un vendedor de coches a final de mes —sentencia London.

Durante el resto de la mañana asisto a dos clases. La primera de ellas historia del arte que es una asignatura tediosa y más aún con la monótona voz de la señorita Graham. A mitad de la clase bendigo de nuevo al café que me ayuda a no derrumbarme sobre los apuntes. La segunda clase es con el profesor James Curtis. Él dirige el taller práctico de pintura. Su clase es un tanto especial, pues podemos asistir todos los estudiantes de la carrera independientemente del curso que estemos cursando. La sesión de hoy trata sobre la ergonomía del cuerpo humano. Resulta irónico, que no gracioso, que para enseñarnos las distintas posturas que puede adoptar el ser humano, la enseñe un tipo con la enfermedad de *ELA* (la misma que padece Stephen Hawking). Este tipo de información se propaga por el campus igual de rápido que las enfermedades de transmisión sexual. Pese a que se encuentra en una fase inicial, ya se pueden observar limitaciones en sus movimientos. Él no parece afligido ni hace esfuerzos por ocultarlo, incluso de vez en cuando se permite soltar algún chiste sobre su futuro: «Cuando pase un tiempo no tendréis mejor modelo para pintar vuestros cuadros que yo. Prometo no moverme en toda la sesión». Sabe cómo sacarnos una sonrisa sin resultar lastimoso. Por suerte es mi último año. Si apruebo la asignatura, no lo tendré más. No me gusta la idea de ver cómo se va deteriorando.

He quedado a comer con Cynthia en el restaurante *Sweet Lunch*. El mejor sitio para comer. Al igual que con el café nos conocemos toda la comida que se sirve en el campus. Seríamos capaces de escribir una guía de supervivencia de la universidad.

Antes de dirigirme allí paso por mi taquilla para dejar mis apuntes. La abro lo suficiente para introducir los textos. Mientras que la mayoría de chicas adornan su taquilla con fotos de tíos espectaculares de perfil griego y abdominales que parecen cubiteras de hielo; a mí no me gusta que la gente vea los retratos de pintores que yo cuelgo. Para ser un bicho raro me basto yo solita sin ayuda de mis extravagancias. Pero aun así las coloco, porque tengo la infantil esperanza que Picasso, Rembrandt, Van Gogh y compañía bendigan mi carrera artística.

Llego a las dos en punto, esta vez he sido la primera en aparecer. Para no perder la costumbre me siento en la mesa de la terraza que cogemos siempre. El día que nos graduemos tendrán que retirar la mesa del café y esta, igual que hacen con los dorsales de los jugadores de baloncesto para que nadie más pueda usarlos.

Hoy de menú hay: ensalada de aguacate y piña de primero, pollo con miel y mostaza de segundo y tarta de manzana con nueces de postre. Me cuesta dominar mi apetito. Me debato entre la posibilidad de esperar a Cynthia y la de no hacerlo. Ella no lo hizo esta mañana. Decido otorgarle un tiempo de cortesía de cinco minutos.

Se me hace la boca agua imaginándome los platos delante. Doy gracias a que entre los estudios y el trabajo llevo un estilo de vida bastante ajetreado, si no a estas alturas estaría como una foca.

Mientras espero, un grupo de chicos que forman parte del equipo de fútbol americano de la universidad llama mi atención. Todos llevan chaquetas y pantalones deportivos a juego. Su actitud es de lo más irritante: han rodeado a un alumno de primaria y le están obligando a permanecer quieto mientras ellos ponen en equilibrio los platos del menú sobre él: uno en la cabeza y otro en cada hombro. Cuando ven que los platos se mantienen, todos se retiran y lo señalan con cara de asombro. Pasan un minuto así y luego le dejan irse con su menú entre aplausos sarcásticos. Las chicas que están con ellos también lo celebran. Una de ellas, Lisa Mayer, incluso le pone la zancadilla cuando pasa, pero él sorprendentemente logra mantener el equilibrio, lo que levanta nuevos aplausos y risas. Lisa en primer instante parece enojada por no haber conseguido su objetivo pero no tarda en unirse al coro de burlas.

¡Dios! ¡El grupo entero me parece tan... bobo!, que me parece sacado de un libro de tópicos sobre chicos populares de la universidad. No me gustaría tener nada que ver con ellos. Rezo porque algún día alguien los ponga en su sitio.

Pasa media hora más y Cynthia sigue sin aparecer. He ido alargando el tiempo de cortesía con el pensamiento de que estaría a punto de aparecer; al final va a resultar que soy demasiado considerada. Solo espero que no esté en los baños con London; no sería la primera vez. Mi estómago ruge de hambre. Miro a los pajaritos que pían desde las ramas de un arce cercano y los veo con forma de muslitos de pollo asado. No soy capaz de aguantar más.

Me levanto y me encamino hacia la barra dispuesta a pedir el menú pero nada más girarme Cynthia me llama a gritos. Viene corriendo con un montón de papeles en la mano y con una expresión de felicidad que me intriga.

—Ya era hora —le digo.

Tiene las mejillas coloradas y no para de jadear.

—Es... Espera un segundo.

Cuando recobra el fuelle me dice:

—Te lo han concedido.

—¿De qué estás hablando?

—Prométeme que no te enfadarás.

—Cynthia ¿qué has hecho? —pregunto poniendo énfasis en cada una de las palabras. Esto me huele muy mal.

Pone cara de niña buena y levanta el fajo de folios hasta cubrirse media cara.

—¿Qué es eso?

—Hace un par de semanas te apunté a una cosa sin importancia. Y te lo han concedido.

—Cynthia estoy empezando a ponerme muy nerviosa. ¿De qué estás hablando?

—Pues verás... Es... Yo diría que...

Incapaz de aguantarme más le arranco el fajo de las manos y leo el encabezado:

Programa de intercambio deportivo estatal.

CAPÍTULO 2

—Bueno, por fin ha llegado el día.

—Aún no me puedo creer lo que hiciste. No te lo voy a perdonar en la vida.

—Va, no te pongas así. Lo hice con buenas intenciones. Necesitas relacionarte más o acabarás como esas locas que viven solas con la casa llena de gatos.

—No veo ningún problema en eso.

—¡Ves por qué necesitas mi ayuda!

Suelto un resoplido.

—Odio cuando te pones en plan hermana mayor. No te degrado como mejor amiga porque no tengo más. Pero pienso ofrecerle el puesto a una rubia tatuada que viene a veces por la barra.

—Eso no te lo crees ni tú. No le harías eso a tu hermana mayor.

Dejo de mirar hacia el asiento de atrás y me pongo a observar el paisaje. Desde que me apuntara en el programa había relegado el documento al fondo de un cajón con la esperanza de no tener que emplearlo jamás. Pero resulta que la borde de mi amiga solo me contó lo que había hecho cuando ya no había posibilidad de dar marcha atrás. Solo me ha dado tiempo a examinar los requisitos básicos del programa. Estos desfilan una y otra vez por mi mente junto con las implicaciones que tienen para mí. Me preocupan de manera obsesiva.

—¡Joder! ¡Es que son catorce días con un extraño metido en casa! —me vuelvo de nuevo hacia los asientos de detrás. Cynthia asiente con la cabeza y una sonrisa estúpida.

—Quince días —me confirma.

No respondo e intento poner mi mejor cara de enfado.

—No le des tantas vueltas, mujer. Además, en parte también tengo

derecho a tomar esta decisión: yo también vivo en el piso. ¿Por qué no te haces a la idea de que la que se ha suscrito al intercambio he sido yo?

—Porque tú no tienes que acompañarlo por toda la ciudad. ¡Joder, incluso tengo que llevarlo a mi trabajo!

—Eso es porque yo no necesito que me ayuden a hacer amigos y tú sí. ¿A que sí, Sergei?

El taxista de aspecto de Europa del este la mira de reojo y dice sin mucho entusiasmo:

—Me llamo Olezka.

—¡Ves! Sergei está de acuerdo conmigo.

—Olezka.

—Lo cierto es que me sorprende que no te preocupe tener que llevarlo a tu casa —añade Cynthia.

Me quedo paralizada.

—¿Cómo que a mi casa?

—Sí. También figura en el programa.

—¡¡¿QUÉ?!!

Saco a toda prisa las hojas de mi bolso buscando el apartado de requisitos del anfitrión deseando que sea una broma. Por desgracia sí que figura. Aún no conocía esa parte. Trago saliva y luego me giro hecha una furia. Ahora no hace falta que simule mi cara de enfado.

—Desde lo de Kurt no he llevado a un chico a mi casa, ¿tengo que llevar a un completo desconocido a conocer a mi familia? ¿Qué pasa si es un completo idiota? ¿Y si se pone en plan jugador de fútbol? ¿Tendré que rezar para que no lance bollos a mi abuela?

—Yo he visto a tu abuela y tiene más reflejos que nosotras.

—¿Piensas que estoy de broma?

—Yo por cincuenta pavos voy a cenar con padres tuyos. Tú ya conoces mí —interrumpe un fuerte acento ruso.

Mi cabeza queda a mitad de camino entre Cynthia y el taxista.

—¿Qué... qué ha dicho? —pregunto sin dirigirme a nadie en particular.

—Vamos, tranquilízate. Con un poco de suerte no es como todos los jugadores de fútbol que conocemos y sabe comportarse. Quizás en California hayan evolucionado ya al *Homo sapiens*. Y si no... tienes un buen marrón por delante.

Me llevo las manos a la cabeza y me encojo en el asiento. Me parece surrealista la conversación. ¿Cómo pueden no darle importancia al hecho de meter un intruso en todos los niveles de una vida ajena?

Al cabo de una hora estamos en el aeropuerto y yo estoy más tranquila. Olezka se ha despedido de mí con un incómodo abrazo dejándome muda. Si lo entendí bien, sus palabras textuales fueron «si necesitas esposo, yo poder arreglar, yo soltero». Cynthia se ha estado riendo durante más de diez minutos y eso ha servido para que me relaje y empiece a tomarme esto como lo que es: una broma de mal gusto. Una de la cual no tengo escapatoria.

En mis manos sostengo un cartel como en las películas donde puede leerse «Mr Henderson». ¿Cómo he llegado a esto? Cynthia, mientras, está preguntando en el mostrador de información a qué hora llega el vuelo, porque parece que hay algún tipo de problema con la pantalla. No tiene que esperar mucho porque suena una voz que dice: «Atención, el vuelo con procedencia de Dallas acaba de aterrizar. Desembarco en puerta doce. Gracias».

—¿Es ese, no? —Me pregunta Cynthia.

—Creo que sí. Desde Santa Bárbara hacía escala en Dallas.

—Pues, ¿a qué estamos esperando?

Cynthia casi me arrastra hacia la puerta indicada.

Mientras vigilamos la salida de pasajeros tiemblo al pensar cómo será. Seguro que se parecerá al típico chico popular de complexión atlética. Parecido a Clint. ¡Dios, espero que no se parezca a Clint! Nos podrían haber facilitado una foto junto con el programa. Eso quizás me hubiera servido para sentirme más familiarizada con la persona que viene a violar mi intimidad. O quizás no.

En un momento dado una *treintañera* saluda hacia nuestra posición y yo

le correspondo con un dubitativo saludo por inercia, pero resulta que saludaba a unas personas situadas detrás nuestro. Mi nerviosismo va en aumento. ¿Por qué no sale por la puerta y sube por otra con destino a su casa? Y si yo no me entero, mucho mejor. Cynthia parece aún más nerviosa que yo, observo su manera de escanear a los pasajeros tratando de averiguar la identidad de nuestro objetivo.

Unos toquecitos en el hombro me sobresaltan.

Me vuelvo con rapidez para tropezarme contra un pectoral que se me antoja enorme. Me separo y mi cabeza sube despacio para averiguar a quien pertenece. Es altísimo, quiero decir, no es que yo sea una enana; con mis ciento setenta y cuatro centímetros no me considero para nada una chica bajita, pero es que el tipo debe medir por lo menos dos metros. Tiene un pelo corto y oscuro que encaja a la perfección con su piel tostada. El blanco de sus dientes resalta en su cara bajo unos ojos azules que chispean divertidos. Es realmente guapo. Su cara parece sacada de la portada de una típica novela romántica: de esas que muestran un hombre descamisado y rostro anguloso que abraza con pasión a una mujer entregada. Y que conste que no es que yo las lea.

—Creo que me estáis esperando —dice con timidez.

Cynthia se gira como disparada con un resorte.

—¡Guau! ¡Menudo pedazo de ejemplar!

Él se ruboriza y parece menguar un par de metros.

—No es para nada como lo esperábamos, ¿eh, Yulia?

Yo no contesto. Mi cabeza está en *shock* pensando que tengo que convivir con este desconocido durante dos semanas. Doy un par de pasos atrás para observarlo mejor. Desde aquí no parece un gigante. Pero sigue siendo igual de guapo. Está proporcionado: tiene una figura esbelta en forma de *uve* y parece más fibrado que musculoso. Va vestido con una camiseta holgada que le llega hasta la entrepierna y unos pantalones ajustados que le tapan hasta las rodillas y que dejan ver unos gemelos bien definidos. En el cuello lleva colgados unos auriculares inalámbricos. En su cara luce una expresión interrogativa que espera impaciente a que le digamos algo. Debería hablar,

pero no se me ocurre nada.

—¿A qué es alto? —pregunta Cynthia dándome pequeños golpes con el codo.

—No es tan alto —miento.

—¡Y está fuerte!

—No está tan fuerte.

—Y es bastante guapo.

—Para nada.

—Chicas. ¿Sabéis que puedo oíros verdad? —interrumpe él.

—¡Ah, sí! Perdona. Yo soy Cynthia y por lástima no estoy soltera. Por si te lo estabas preguntando. Esta es mi buena amiga y tu anfitriona Yulia.

—Encantado de conoceros. Me llamo Adam. Adam Henderson.

—Eso ya lo sabíamos —digo con sequedad. Él me mira fijamente durante unos instantes que se me hacen eternos—. Por los papeles —aclaro. Él asiente y juraría que le veo sonreír.

Volvemos en taxi con un nuevo conductor. No soportaría tratar otra vez con Olezka. Ellos se sientan en los asientos traseros y pasan todo el trayecto enfrascados en las típicas preguntas que se hacen cuando conoces a alguien de otro lugar: ¿dónde vives? ¿cómo es tu ciudad?... Ya sabéis. Él responde con paciencia a las innumerables preguntas de Cynthia sin parecer en ningún momento maleducado. Tengo que reconocer que su aspecto no encaja con el carácter amable que ha demostrado hasta el momento. Pero no me dejo engañar, seguro que cuando se reúna con el resto de su manada vigoréxica muestra su verdadera faceta. He visto en algunos documentales que algunos animales solo muestran su verdadera naturaleza entre los suyos. Me cuido de participar en la conversación, aunque lo descubro varias veces mirándome furtivamente por el retrovisor. Debe de estar pensando en cambiar de anfitriona en favor de Cynthia. Eso estaría genial.

Cuando llegamos a casa no nos deja pagar el taxi. Incluso se permite dejarle una buena propina que es recompensada con un buen apretón de

manos. Los tres subimos los escalones de la finca conmigo a la cabeza seguida de Adam que carga sus gigantescas maletas como el que carga una caja de cerillas y en último lugar Cynthia. Estoy segura de que se ha quedado en último lugar para evaluar el trasero de Adam.

—No hacía falta que pagaras el taxi —oigo que comenta Cynthia desde detrás del todo.

—Vosotras habéis tenido el detalle de ir a buscarme al aeropuerto. Lo menos que puedo hacer es pagar yo el transporte.

—Muy amable por tu parte. ¿Has visto eso, Yulia? También es muy educado. Dime, Adam, ¿si envió a mi novio London a California me lo devolverán más... —hace un gesto con la mano en dirección a Adam—, más parecido a ti?

—Espero que no. Me gusta pensar que soy único.

—London está perfectamente tal y como está —replico.

—Claro por eso es mi novio y lo adoro. Pero tampoco pasaría nada porque tuviera ese aspecto y esos modales.

—Cynthia conseguirás que me ruborice. ¿Aquí en Louisiana son todas las mujeres tan amables como tú?

De reojo advierto cómo Cynthia me inspecciona de arriba a abajo antes de contestar.

—No. Todas no.

Yo aprieto los labios y acelero mis pasos. Soy tan torpe que tropiezo con uno de los escalones y tengo que poner las manos para no caer de boca.

—Estás bien.

El comentario de Adam suena raro a mi espalda; a mitad de camino entre una exclamación y una interrogación. Lo achaco a la diferencia de pronunciación entre nuestros dos estados. Me giro aun con las manos apoyadas en el escalón para responder, cuando me lo encuentro sonriendo con picardía por uno de los costados de mi trasero. El cual, con el tropiezo y con la diferencia de estatura, ha quedado expuesto a un palmo de su entrepierna.

Me sonrojo y me enderezó con rapidez. Luego vuelo por encima de los escalones subiéndolos de dos en dos. De nuevo vuelvo a tropezar, esta vez con más aparatosidad que la primera.

Adam coloca una de sus maletas debajo de su axila y extiende la mano libre hacia mí.

—¿Estás segura de que has hecho esto antes? —me pregunta Adam a la par que me agarra del antebrazo para ayudarme a levantarme.

Lo miro sin saber qué responder consciente del ridículo que estoy haciendo.

—Quinta planta. Ahora os pillo —digo desviando la mirada hacia el suelo.

Adam se encoge de hombros y sigue subiendo seguido por Cynthia.

—¡Joder! ¡Cómo está! —me susurra al pasar—. Entiendo que te ponga nerviosa. Chica, te ha tocado la lotería.

—Te quieres callar que te va a oír.

—Qué más da. ¿O te piensas que no sabe que está bueno? Adam —grita en dirección al rellano donde él ha desaparecido—, ¿a que no te importa que hablemos sobre lo bueno que estás?

Mi mandíbula inferior cae hasta el suelo. Del interior surge la carcajada de Adam.

Cynthia me mira con una sonrisa inmensa mientras meneaba la cabeza en gesto afirmativo repetidamente.

—Esto va a ser divertido.

Yo aún con la boca abierta realizo el gesto contrario. Niego con la cabeza asombrada por lo despreocupada de mi amiga.

Al momento Cynthia me abandona para seguir a Adam. Yo me doy unos minutos y solo cuando estoy segura de que han subido en el ascensor decido moverme. ¿Cómo puedo tener una compañera de piso así? Si pudiera me mudaría en este preciso momento. Van a ser dos semanas infernales.

Cuando subo me los encuentro en la puerta de casa charlando con

animosidad.

—¿A qué juegas? Tienes tú la llave —me reprende Cynthia.

—¿Pero no está London dentro?

—Estará con los cascos de música y no se entera.

—¡Joder!

El pasillo es pequeño y las maletas de Adam ocupan la mitad del espacio. Cynthia se aparta un poco para dejarme pasar, pero Adam dado lo grande que es no tiene dónde apartarse. Paso entre él y las maletas prefiriendo darle la espalda. Hay tan poca anchura que restriego mi trasero por sus muslos conteniendo la respiración. Noto cómo cada centímetro de mi piel se desplaza por la suya en un recorrido interminable. Me cosquillea la nuca y mis pulsaciones se disparan. No llevamos ni un día y ya ha tenido mi culo cerca por segunda y última vez.

Saco las llaves con nerviosismo y rezo porque no se me note y consiga abrir a la primera. ¡Victoria! Me introduzco corriendo en el piso.

Ya dentro London nos espera con la cena preparada y como Cynthia anticipaba con los cascos puestos. Se los quita y reacciona igual que su novia cuando ve a Adam: no escatimando en cumplidos hacia su aspecto. Inclusive le dice que se parece al David de Miguel Ángel. Esa comparación me duele y hace que se tambaleen mis referencias artísticas. Un gatito debe de haber muerto con esa frase. ¿En serio? ¿Qué les pasa a mis compañeros de piso?

—No tengo mucha hambre —miento—. Y estoy muy cansada —vuelvo a mentir—. Nos vemos mañana ¿vale?

Lanzo la pregunta con los ojos puestos en Adam esperando su confirmación para no sentirme de inicio tan mala anfitriona. Aunque no veo porque eso debería importarme.

—Claro, Yulia. Que descanses. ¿Iremos juntos al campus mañana?

Asiento y me dirijo a mi habitación sintiendo los ojos de todos clavados en mi nuca. Como en realidad no tengo nada de sueño agarro uno de mis lienzos y comienzo a dibujar en la cama mientras me como unos snacks que tengo guardados. Los oigo conversar y reír, y mis manos casi de manera inconsciente se ponen a dibujar a Adam. Entre pincelada y pincelada no

pierdo detalle de la conversación. En cierto momento oigo cómo Cynthia le dice a Adam que soy buena chica y que no me tenga en cuenta lo rara que parezco, que solo estoy enfurruñada porque ella me ha forzado a esta situación. Él en lugar de mostrarse desconcertado o indignado por tener que soportar a una anfitriona apática y refunfuñona, se limita a contestar:

—Estoy seguro de que nos llevaremos bien.

El resto de la conversación no lo escucho porque bajan la voz.

CAPÍTULO 3

Despierto media hora antes de que suene el despertador y lo primero que advierto medio adormilada son los ojos de Adam incrustados en mí. Me incorporo sobresaltada cubriéndome con la sábana. Cuando la lucidez vuelve a mí y reparo en que se trata del cuadro que pinté anoche recupero la calma. Lo inspecciono con ojo crítico; para haberlo conocido ayer me ha salido un retrato bastante realista. Sin duda lo mejor del dibujo son los ojos. Son igual de penetrantes que los auténticos.

Me visto intentando no hacer mucho ruido. Elijo unos vaqueros que no uso muy a menudo pero que me hacen buen tipo, y una camiseta ancha a juego que deja entrever uno de los tirantes de mi sostén. Recojo mi pelo en una coleta y por último me calzo unas deportivas negras. Me miro en un espejo de pie que ocupa uno de los rincones de mi habitación ¡Tengo una pinta estupenda! Salgo a hurtadillas de mi habitación con la idea ruin de largarme directa a la universidad. De esta manera evito la inquietud que me produce tratar con mi nuevo compañero de piso. Si luego me preguntan diré que no he querido despertarlos. Pero todos mis planes se ven truncados cuando salgo de la habitación: Adam y London ya están despiertos sirviendo el desayuno.

—Buenos días, anfitriona —me saluda Adam.

—Buenos días —repite London—, ¡qué madrugadora estás hoy! No pareces tú.

—Buenos días —refunfuño.

—Me he tomado la libertad de prepararos el desayuno —anuncia Adam.

—Doy fe. Yo me he levantado hace cinco minutos y ya estaba todo preparado —me dice London.

—¿Cynthia ya está despierta?

—Está en el baño. Ven a desayunar.

No me muevo del sitio en el que estoy. Se me ocurre una idea para

evadirme.

—Pensaba tomar algo en la cafetería del campus. Hoy tengo...

—No seas tonta —dice una voz proveniente del aseo—. Desayunamos rápido y nos vamos.

—Está bien —acepto a regañadientes.

Adam me mira con sus dientes blancos chispeando con fugacidad entre sus labios.

Me acerco a la mesa y me siento sin atreverme a mirarlo. Tengo sus ojos, al igual que los del cuadro, grabados a fuego en mi mente y ahora los siento clavados en mí. ¿Qué estará pensando?

—Tengo ganas de empezar —me dice—. Me he estado documentando sobre algunos lugares...

—Nos ceñiremos al programa —interrumpo con más aspereza de la que pretendía. Hasta London se sorprende y queda con la cuchara de cereales detenida a mitad del recorrido hasta su boca. Nos mira con expresión de duda, como si se preguntara si se ha perdido algo—. Es decir... si queremos esos créditos, tenemos que seguir las directivas del programa —añado para intentar suavizar mi comentario anterior.

Adam me examina unos instantes. En su cara no hay asomo de molestia.

—Claro, el programa. Déjame que recuerde —se lleva la mano al mentón como pudiera hacerlo un filósofo griego. Me asombro al pensar que estoy presenciando algo único: un jugador de fútbol pensando—. Creo que los objetivos del día eran: conocer el campus, asistir a las clases que son equivalentes a las mías de California, presentarme al equipo y realizar un primer entrenamiento de toma de contacto y... creo que eso es todo.

—Clases, entrenamiento y vuelta a casa —resumo.

—Dicho de esa manera suena bastante aburrido. Parece un día cualquiera en California.

—Es que para los demás es un día cualquiera.

—¿No quieres hacer nada más?

—¿Como qué?

—Algo de turismo no estaría mal.

—Eres libre de hacerlo por tu cuenta si te apetece. Yo tengo cosas que hacer. No puedo descuidar mis asuntos solo porque tú estés aquí.

—Preferiría contar con la compañía de mi anfitriona pero si no hay posibilidad...

—No —me mira con una expresión que a punto estoy de cambiar de opinión.

—Está bien. No hay problema. ¿Qué me dices tú, London?

—Me apunto. Te voy a enseñar todo lo que hay que ver en veinte kilómetros a la redonda. Conozco un lugar para cenar que no querrás volver a la costa Oeste.

—Pinta bien —contesta sonriendo—. No esperaba menos de ti.

¿Eso significa que de mí sí que lo esperaba?

—Yo también me apunto —dice Cynthia saliendo del baño con una toalla enrollada en la cabeza. Se sienta en las rodillas de London y le da un bocado a su tostada—. Nos lo pasaremos genial. Es una lástima que Yulia tenga asuntos tan importantes.

Cynthia me mira inquisitiva pero yo no soy capaz de añadir nada.

—Solo por curiosidad —dice London—. ¿Ese programa vuestro incluye algo interesante?

—Veamos. —Cynthia se levanta y agarra un fajo de papeles del escritorio. Lo examina durante unos segundos pasando las hojas con rapidez—. Incluye: clases, entrenamiento, museos, lugares turísticos y más museos.

No puedo evitar darme cuenta que ha omitido la parte que habla de mi familia y de mi trabajo. Pero por desgracia está ahí. Lo he comprobado varias veces.

—Propongo excluir del plan los lugares que figuren en el programa. Así no interferiremos con las obligaciones de Yulia.

Me revuelvo en el asiento incómoda y le lanzo una mirada cargada de odio.

Ella lejos de amedrentarse sigue hablando.

—No te preocupes Adam. Haremos todo lo posible para que te encuentres cómodo.

—Yo ya me encuentro bastante cómodo. No tenía ni idea de lo que me iba a encontrar cuando llegara. Tenía miedo de acabar en la casa de alguien aburrido y apático. —Espero que eso no lo diga por mí—. Pero por lo que parece, he tenido bastante suerte con vosotros. Gracias chicos. Os agradezco vuestra hospitalidad.

—Eso es porque yo estoy aquí —dice London.

—Tranquilo Adam, aún hay tiempo de que te arrepientas de haber venido —bromea Cynthia.

—Lo dudo.

—Llegaremos tarde —anuncio.

Todos se me quedan mirando y seguidamente miran el reloj de la cocina.

—Yulia tiene razón. Llegaré tarde el primer día. —Adam se levanta de un salto y el resto se apresuran cogiendo los últimos trozos de tostadas y apurando de golpe el zumo.

En el rellano Cynthia adivina mi intención de coger la bicicleta y adelantarme; niega con la cabeza en mi dirección y desisto resignada. El gesto ha pasado desapercibido para el resto. Resoplo y les sigo a la parada de bus.

Los primeros en subir y escoger sitio son Cynthia y London que se sientan juntos. Son como dos agapornis enamorados que siempre se colocan juntos en un palo de la jaula. Yo tomo sitio varias plazas por delante. Adam se sienta cerca de ellos pero al cabo de un rato me sorprende sentándose a mi lado.

—Hola de nuevo, anfitriona.

—Ho-hola. —Su gran tamaño me impone al sentirlo tan cerca.

—Ya que vamos a pasar varios días juntos. Me gustaría que nos lleváramos bien.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo la sensación de que te incomodo y que no te hace mucha gracia que esté por aquí.

No respondo y el silencio le sirve de contestación.

—No quiero ser un estorbo —me dice—. Me iría a un hotel pero mis fondos no me lo permiten y tampoco puedo renunciar a este programa. Es una gran oportunidad para mí. Te propongo un trato. ¿Qué te parece si yo sigo el programa por mi cuenta y tú te involucras en la medida en que te apetezca? Te aseguro que te cubriré cuando me pregunten.

No me parece un mal plan, pero me hace sentir mal el hecho de que me lo proponga. Le debo parecer una gilipollas para que me esté proponiendo esto. Pensándolo bien, un poco sí que lo he sido.

—Supongo... Supongo que puedo esforzarme un poco.

Su cara se ilumina en una expresión que parece sincera.

—Me alegra oír eso.

Hay un breve silencio entre nosotros. Luego él me tiende la mano y yo la miro extrañada.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo?

Asiento dubitativa.

—Mi nombre es Adam y soy tu huésped de intercambio.

Alargo mi mano temblorosa y estrecho la suya. Espero que no note lo nerviosa que estoy.

—Yo soy Yulia. Tú anfitriona —acerto a decir.

—Encantado, Yulia. Prometo no causarte problemas.

—No se trata de eso... E-es que no me resulta fácil conocer gente nueva.

—Pero yo no soy gente nueva. Soy Adam, nos hemos presentado ya dos veces.

—Muy ocurrente, pero ya sabes de que hablo.

—Te entiendo. A mí también me sucede.

—¿En serio?

—La verdad es que no. Me encanta relacionarme con los demás. Solo lo he dicho para que te sintieras más cómoda.

—Muy gracioso. Pues no lo has conseguido. Debo parecerme un poco loca, ¿verdad?

Se muerde el labio inferior antes de contestar. Nunca he visto un acto reflejo más sexy.

—Conozco a un tipo cerca de mi casa que todos los domingos la emprende a golpes con un palo contra su buzón al grito de «¿Dónde están mis fascículos de *Mountain and Fish* maldito bicho de hojalata?». Luego me enteré que la revista de la que habla lleva sin publicarse desde hace más de diez años.

—¿Y?

—Eso es estar un poco loco. Que tú te encuentres incómoda porque se te ha colado un tío de casi dos metros dentro de tu casa me parece perfectamente normal.

Me giro hacia él y lo miro a los ojos. No soy capaz de mantenerle la mirada más que unos segundos. Me vuelvo hacia la ventanilla. Ese comentario debería hacerme sentir más cómoda pero, no sé por qué razón, no me gusta que alguien al que apenas conozco me diga cómo debería sentirme. No puedo evitarlo. Supongo que sí que estoy un poco loca.

En ese momento el autobús entra en el aparcamiento de la universidad.

—Ya hemos llegado. Será mejor que te vayas —le digo.

—¡Vaya! Es verdad que no se te da demasiado bien la gente.

Yo me pongo tensa y pego más la nariz a la ventanilla.

—Está bien, anfitriona. Nos vemos luego.

Oigo sus pasos alejarse a mi espalda. Luego todo el autobús se pone en movimiento. La gente coge las mochilas y sale afanada. Me quedo la última ignorando las órdenes de apremio que me lanzan Cynthia y London. Veo a Adam debajo. Antes de irse con mis compañeros de piso me dirige una sonrisa amable. Se me pasa por la cabeza que tal vez toda esta conversación solo ha sido para asegurarse mi cooperación y así finalizar bien el programa. No quiere arriesgarse a que una chica *rarita* se lo estropee.

Durante la clase me muestro distraída: no paro de darle vueltas a la conversación que he mantenido con Adam. No logro decidir si es un chico amable o un interesado.

Me esfuerzo por devolver la atención al profesor Curtis que parece haber hecho un nuevo chiste: está bromeando sobre el hecho de que algún capullo insensible le ha dejado en la mesa un *spray* de tres en uno. Me siento indignada. Si tuviera que apostar, lo haría por algún gilipollas del equipo de fútbol. Son los únicos de clase que parecen capaces de algo así. Y yo puede que tenga a uno de ellos viviendo conmigo.

Casi al final de la sesión me llega un mensaje de Cynthia avisándome de que les suspendieron varias clases debido a la ausencia del profesor y que se largaron a casa. ¡Eso significa que solo quedamos Adam y yo para comer! ¡¿Y me avisa ahora que ya es casi la hora?! Se me acelera el corazón al pensarlo. ¿Qué debo hacer? ¿Debo ir a comer con él a solas o buscar alguna excusa? De repente suena el timbre que anuncia el fin de la lección y la gente empieza a salir. Yo me mantengo en mi sitio sin atreverme a salir a los pasillos porque no sé qué hacer.

Cuando me cuesta decidirme por algo dejo que el azar me ayude. Saco una moneda de mi bolso. Cara lo acompaño, cruz me escaqueo. Lanzo la moneda al aire y cuando voy a agarrarla en el aire, no sé cómo diablos lo hago que la golpeo y sale disparada por la ventana. Me asomo y descubro a un estudiante masajeándose la cabeza justo debajo. Me escondo justo en el momento en el que iba a volver la cabeza hacia arriba. ¡Mierda! ¿Cómo puedo ser tan torpe? ¿Cuál habrá sido el resultado? Me siento de nuevo y repaso mentalmente nuestra última conversación. En cierto momento le dije que intentaría esforzarme un poco más. Me maldigo a mí misma. En fin, supongo que lo correcto será acompañarlo por mucho estrés que me produzca la idea de pasar tiempo a solas con él.

—¡Ah, Yulia! ¿Aún sigues por aquí? —me sorprende la voz del profesor Curtis.

—Lo siento profesor. Ya me iba. —No me había dado cuenta que estaba sola.

—Antes de irte ¿me podrías hacer un favor?

—Claro ¿de qué se trata?

—¿Me ayudarías a recoger todo esto? —Su brazo dibuja un arco de ciento ochenta grados que abarca caballetes, paletas desperdigadas y restos de pintura derramados por el suelo—. Lo haría yo solo, pero... ya sabes.

Antes de que acabe la frase ya lo estoy ayudando.

Es tal cantidad el desastre que nos va a llevar un buen rato.

—¿Y esto lo recoge usted solo todos los días?

—Bueno... a veces me ayuda algún alma caritativa como tú; y cuando no, pues me ayuda a mantenerme ejercitado. Aunque me lleva el triple de tiempo.

No puedo evitar sentir lástima por él. Con su enfermedad debe ser todo un reto.

—¿No le ha ofendido? Lo del *spray* me refiero.

Deja de recoger y alza progresivamente la mirada al techo. Aspira hondo y luego se encoge de hombros.

—Lo cierto jovencita es que la vida me ha enseñado a no preocuparme por minucias. Cuando el yugo de la invalidez amenaza con alcanzarte más pronto que tarde, lo que menos te preocupa son las bromas que un joven que aún no entiende nada de la vida pueda hacerte.

Asiento asimilando la frase.

—Si le sirve de algo, a mí no me ha hecho ninguna gracia.

Sonríe.

—Gracias, Yulia. Significa mucho. No estáis aquí solo para aprender a ganáros la vida sino también a aprender a ser buenas personas. Pero mucho me temo que con algunos tengo más trabajo que con otros.

Y así comienza una conversación en la cual él se sincera y me cuenta aspectos íntimos de su vida: desde cómo descubrió su enfermedad hasta los problemas que ha ocasionado en su vida familiar y profesional.

Es curioso cómo hablar con él no me produce ninguna inquietud. Me sucede lo mismo con los clientes del bar. Supongo que mi introversión es selectiva. Cuando damos por finalizada la conversación, siento un orgullo renovado por él. Y mis dudas han desaparecido difuminadas por la existencia

de problemas mayores. Quizás compartir una comida con Adam no sea tan grave como me había sugestionado.

Nos despedimos con un cálido estrechamiento de manos. Luego miro el reloj y maldigo en silencio. No pensaba que hubiera pasado tanto tiempo. Me encamino con paso rápido hacia el comedor central donde deduzco que debe de estar Adam.

Es difícil no distinguirlo nada más entrar en el salón. Está sentado cerca de la barra de comida. Va acompañado de medio equipo de fútbol y a juzgar por sus risotadas, parece estar pasándoselo en grande. Y yo temiendo dejarlo solo... Debería haber imaginado que Adam y el equipo de fútbol son como piezas de lego que encajan enseguida. Deben de emitir unas feromonas que solo ellos son capaces de reconocer. Bueno, ellos... y las animadoras. No falta ni una. Con Lisa Mayer a la cabeza. Ella es la jefa y la chica más detestable que te puedas echar a la cara. Ella está sentada justo al lado de Adam y ríe atenta cada una de sus palabras. No ha tardado ni un día en oler la carne fresca.

Parece que Adam no me necesita para nada. Mejor para mí. Me doy la vuelta y me largo a comer en el lugar de siempre.

Después de disfrutar de un succulento menú decido que no me apetece volver a las clases, así que resuelvo practicar por mi cuenta.

Tengo un lugar favorito para ello. En el parque Oeste de la ciudad hay un rincón apartado y que no muchas personas conocen. Su acceso está medio enterrado por la hiedra que cae de unas encinas centenarias. Su forma circular está custodiada por cipreses, enredaderas, arbustos, helechos y las propias encinas. En el medio de la plaza hay una fuente de unos ángeles de mármol blanco ennegrecidos por el musgo y el paso del tiempo. Justo enfrente hay un banco desde donde se puede pintar sin ser molestada. No se escucha ningún ruido humano, tan solo el sonido de los pájaros y el relajante discurrir del agua de la fuente. La frondosidad del lugar impide el paso de la luz y produce un reconfortante olor a tierra húmeda ¡Para mí es el sitio perfecto para dibujar!

Saco mi libreta de retratos y mi mejor lápiz, y me siento en el banco

como he hecho en incontables ocasiones. Mis dedos trazan con la ayuda de la práctica los contornos de los ángeles y me sumerjo en la absorbente labor de dibujar.

Repito el proceso hasta que comienza a anochecer. Estoy totalmente relajada y me siento purificada. Recojo con intención de volver a casa y reunirme con todos.

Ring, ring.

En la pantalla de mi teléfono aparece el nombre de Jerry. Me temo que sé lo que puede querer.

Acepto trabajar esta noche. No viene mal una ayuda para llegar a fin de mes. Tampoco es como si pudiera decirle que no y dormir tan tranquila.

El bar está hasta los topes ¡¿Cómo se le ocurre a Jerry contratar a la banda que tanto éxito tuvo para un martes?! Su respuesta es que les ha prestado el local a modo de ensayo y que ni siquiera lo ha anunciado. Entonces mi conclusión es que: o la banda tiene muchos fans incondicionales en la ciudad o hay mucha gente desocupada que no madruga mañana. En cualquier caso, esto ha pillado totalmente por sorpresa a mi jefe que me da las gracias cada vez que me lo cruzo en la barra. Está más agradecido que si le hubiera regalado una loción para su mostacho.

Hay tanta faena que me paso toda la noche sirviendo bebidas con la rapidez y automaticidad de una máquina lanzapelotas.

El trasiego se mantiene hasta bien entradas las cinco que es cuando el grupo finaliza la última canción. A Jerry y a mí nos dan las seis de la madrugada recogiendo. Jerry me ofrece que me quede a dormir en el sofá del almacén. Estoy tan cansada que acepto. Mañana volveré a casa.

CAPÍTULO 4

Cuando vuelvo a casa no hay nadie. Ya son las nueve. Se deben de haber marchado hace un rato. Los sonidos de transeúntes y el tráfico junto con la luz azulada de las primeras horas de la mañana se cuelan por una ventana entreabierta iluminando el comedor.

Como no he tenido tiempo de desayunar me apodero del *cadáver* aún frío de un *tetrabrik* de zumo que alguno de mis compañeros ha olvidado encima de la mesa. Aún queda líquido y lo apuro de un trago. Después de hacerlo me doy cuenta de que existe la posibilidad de que fuera de Adam y arrugo la nariz. Cojo varias manzanas de la nevera y un plátano y con eso me doy por desayunada. Ahora lo que necesito es una buena ducha que elimine el olor a tabaco y alcohol de mi cuerpo.

El agua se lleva todo eso y más; el cansancio de una dura noche de trabajo, el constante recuerdo del próximo alquiler del piso, los exámenes a la vuelta de la esquina y mis preocupaciones respecto a Adam. Hay tres cosas en esta vida que logran reiniciarme como si fuera un ordenador: una son mis momentos de soledad pintando en el parque; la segunda es una buena ducha después de una agotadora noche de trabajo; y la tercera... bueno la tercera hace años que no la experimento. Me preparo mentalmente para lo que me espera hoy. ¿Cómo prepararse para ese maldito programa? Aunque Adam se las apaña bien solo. Adam... me da por pensar que puede que él también haya usado hoy esta ducha. Se habrá encontrado en el mismo lugar en el que yo me encuentro... desnudo. Tengo curiosidad por saber si ha cabido bien o se habrá encogido para que su cabeza no sobrepasara el grifo. Imaginármelo encorvado en un espacio tan pequeño me arranca la primera sonrisa del día.

Me seco con rapidez y entro en mi cuarto. Tengo que darme prisa si quiero llegar a tiempo a la clase del señor Curtis. Me pongo lo primero que encuentro y me maquillo un poco para que no se me noten las ojeras de cansancio. Antes de salir de mi habitación vuelvo a tropezar con los ojos del cuadro. Tomo nota mental de que tengo que moverlo de sitio si no pretendo morir de un sobresalto.

Como hoy no tengo que acompañar a nadie puedo recuperar mi rutina habitual de ir al campus en bicicleta. Está en el rellano, justo en el lugar donde la dejé hace dos días. Le quito mi cadena antirrobo, pero cuando la voy a desenganchar me llevo una sorpresa al descubrir un candado que no debería estar ahí. Zarandeo con fuerza la bicicleta sin resultado. Estoy segura de que ha sido Cynthia para forzarme a ir de nuevo en el autobús con ellos, ¡no pensó que trabajaría toda la noche! Conocer sus motivos no hace que me sienta menos enfadada con ella y más sabiendo que no tengo tiempo de esperar a que pase el siguiente autobús. Solo me queda la opción de coger un taxi porque ir corriendo no es una alternativa. Pienso cobrárselo a Cynthia incluyendo una buena propina para el conductor.

En menos de veinte minutos ya estoy allí. Me ha gustado poder decirle al taxista: «Si llega antes de media hora mi amiga le pagará diez pavos más». Él me miró preguntándose a qué amiga me refería y si era de las que veían a gente imaginaria, pero no dijo nada y apretó el acelerador. Estoy segura de que por diez pavos de más no le hubiera importado que yo fuera el niño de *El sexto sentido*.

Antes de entrar a clase hago una parada estratégica en mi taquilla para coger mis utensilios de dibujo. Cuando llego, veo que la clase ya ha empezado. Abro la puerta un poco intentando no hacer ruido y me introduzco a través de ella tratando de pasar desapercibida. Mi mochila tiene otras intenciones; se queda enredada en el pomo de la puerta, doy un traspies y me tengo que agarrar a la primera persona que tengo a mi alcance. Mis intenciones de sigilo se desvanecen en medio de un estrépito de risas y murmullos. Para mayor sonrojo el tío que aún tengo entre los brazos y que debido a la situación he olvidado soltar, anuncia en voz alta:

—Otra más que se me abalanza. Ya ni siquiera esperan a salir de clase.

¡Joder! ¡He tenido que caer encima de Clint! Los murmullos aumentan de intensidad hasta transformarse en carcajadas.

Me deshago de él con un aspaviento y enfilo el camino hacia mi pupitre con la cabeza agachada.

—Hasta luego, nena. Si quieres más, búscame luego.

—Señor Connor, estoy seguro de que la señorita Summers se alegra

enormemente de su ayuda, pero yo no tengo ningún interés en descubrir sus dotes para la seducción.

—Pensaba que eran evidentes, profesor. ¿Me ha visto bien?

Su comentario arranca más murmullos y alguna que otra risa contenida. El profesor lo mira como miraría un gato a una lechuga. Luego, después de examinarlo de arriba a abajo, declara:

—Cierto. Realmente tiene usted un físico portentoso; digno de una escultura de Rodin. Me pregunto cómo no había reparado antes. —Clint hincha el pecho complacido por el cumplido—. Señor Connor, ¿sería tan amable de ayudarnos en la clase de hoy? ¿Estaría dispuesto a servirnos de modelo? A tenor de lo observado, estoy seguro de que no le importará ser el centro de atención.

—Mi deseo siempre es complacer, profesor.

Clint no se lo piensa dos veces, se levanta y se sitúa sobre la tarima que se eleva un palmo por encima del resto de la clase. Sin que nadie se lo pida se quita la camiseta dejando a la vista unos músculos bien trabajados de los que, salta a la vista, se siente profundamente orgulloso. Su orgullo es inversamente proporcional a la repugnancia que yo siento. El resto de las chicas no parece compartir mi opinión y silban de manera descontrolada.

—¡Espectacular! A eso llamo yo un buen perfil griego. Músculos bien definidos y aspecto proporcionado. Señores —el viejo profesor se dirige a la multitud—, no admito excusas en lo referente a la práctica de hoy. Quiero que reflejéis de manera fiel la perfección de nuestro improvisado modelo.

¿Soy la única que ha detectado el tono socarrón del profesor?

Todos se ponen manos a la obra de inmediato y yo preveo escasez de mezclas para el color carne.

Durante unos minutos reina el silencio. Clint posa en actitud regia destilando en nosotros todo su engreimiento. El profesor pone cara de reflexión y niega con la cabeza.

—Hay algo que no termina de gustarme. —Clint borra su sonrisa de repente como si le hubieran soltado los alfileres que se la sostenían—. Me parece que vendría bien un poco de ejercicio para acentuar sus músculos. ¿No le importa, verdad?

Clint niega con autosuficiencia.

El señor Curtis agarra varios de los libros más pesados de la estantería y luego solicita a Clint que los sujete con los brazos extendidos.

—Mucho mejor. Ahora todos sus músculos están perfectamente delineados. Señores aprovechen porque no todos los días se puede contar con un modelo que evidencie de manera tan obvia la fisionomía del cuerpo humano.

En la cara del jugador se puede observar inquietud. Pero aun así no emite ninguna protesta.

A los dos minutos, en el torso de Clint se hacen evidentes algunas gotas de sudor y su cara comienza a enrojecer. Tiene toda la pinta de estar pasándolo mal.

Cuando lleva tres, los brazos han dejado de estar en ángulo de noventa grados para caer hasta la mitad. El sudor empapa su cuerpo bajo la luz de los flexos.

Pasados los cuatro minutos el profesor repara en la situación y se coloca detrás de él.

—Recuerdo el año pasado cuando una chica que apenas pesaba cincuenta kilos posó en las mismas condiciones que usted durante cuarenta y cinco minutos. —Con disimulo devuelve los brazos a sus ángulos rectos—. ¡Qué buenos retratos salieron! Y eso que ella no tenía su constitución. Estoy ansioso por ver los resultados de la sesión de hoy.

Clint fuerza una sonrisa nerviosa e intenta mantener la postura. Es tan idiota que no repara que en vez de cumplidos lo que está recibiendo es una especie de castigo. No creía capaz al profesor de un acto semejante. ¿Lo estará haciendo para castigar su grosería? En fin, sea por la razón que sea, estoy disfrutando y me está quedando un retrato precioso.

Los siguientes veinte minutos los brazos se sustentan con la vanidad del joven que no está dispuesto a quedar mal delante del resto de la clase. Por suerte para él, suena la alarma que anuncia el final de la clase y Clint respira aliviado. Baja de la tarima como si hubiera recibido una paliza; parece Sylvester Stallone en *Rocky I* después del combate contra Apollo. Solo le falta gritar el nombre de Adrian.

—Muchas gracias por su ayuda señor Connor. Ha sido usted un ejemplo magnífico. Confío en que le haya gustado la experiencia y que desee repetir. Si lo precisa tengo por aquí un *spray* muscular que yo uso a menudo para ya sabe... mi situación.

Antes de entregarle el *spray*, se corrige:

—¡He estado a punto de darle el *spray* de tres en uno que alguien tuvo a bien regalarme el otro día! ¡Qué cabeza la mía! Perdóneme. Aquí tiene el bueno.

Los ojos de Clint que parecían los de un borracho reviven como si el comentario hubiera activado algún tipo de engranaje en su cerebro. Ignora al señor Curtis, coge su camiseta y sale de la clase visiblemente furioso.

Yo espero a que todos hayan salido antes de acercarme a hablar con el profesor. Sus dedos contorsionados en forma extraña asen algunos retratos que él evalúa complacido.

—¿Tiene un segundo profesor?

—Para ti siempre, Yulia. ¿En qué te puedo ayudar?

—Solo tenía curiosidad por saber a qué ha venido lo de hoy.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos profesor, puede que haya engañado a Clint, pero es obvio que no trataba de convertirlo en el próximo David de Miguel Ángel.

Me mira en silencio desde detrás de unos pequeños anteojos circulares hasta que claudica.

—Supongo que ha sido un poco evidente.

—Para todos menos para Clint.

—Bueno. —Se encoge de hombros—. El chico ha podido presumir de físico; la clase ha contado con un espléndido modelo y yo he disfrutado enseñando conceptos útiles que ayudan a representar con exactitud el cuerpo humano. Todos hemos ganado.

Río con ganas.

—Es una forma de verlo. Pero entre usted y yo. No hubiera sido tan exigente artísticamente con cualquier otro.

—Supongo que no. —Después hace una pausa como si se preparara para un proverbial discurso. Tiene la misma expresión que mi jefe Jerry—. ¿Sabes, Yulia? En la naturaleza cuando un lobezno se propasa en la manada, es la madre la que le asesta pequeñas dentelladas para hacerle saber quién manda. De la misma manera es tarea de un docente meter en vereda a los alumnos engréidos.

Vuelvo a reír.

—Curiosa analogía. No le tenía por un lobo alfa.

—Puede que haya exagerado. Me temo que ahora solo soy un viejo perro pastor que intenta devolver al redil a las ovejas descarriadas. Bueno, eso y... ¿Me guardas un secreto?

—Lo juro —digo mientras alzo mi mano derecha y poso mi mano izquierda sobre uno de los tomos que Clint sostuvo: *Breve historia del arte de la pintura*. Un tocho de más de mil páginas.

—Eso me vale. En fin, la cuestión es que el otro día cuando sucedió lo del *spray* me acerqué al almacén de la esquina a comprar material para casa y me dio por preguntar al dependiente si de forma reciente le habían comprado algún bote de tres en uno y me respondió que por casualidad esa misma mañana había vendido uno. Las señas del comprador se correspondían con nuestro aspirante a modelo.

—¿Está seguro de que fue él?

—El dependiente me hizo el favor de enseñarme las imágenes de la cámara de seguridad.

—¿Le mostró el vídeo de seguridad? ¿Así sin más? ¿No está eso prohibido?

—No debes infravalorar la compasión que mi situación despierta en algunas personas. Sería un necio si no aprovechara la única ventaja que me otorga.

—Es usted una caja de sorpresas —contesto divertida—. ¿No me dijo que no le había molestado?

—Y no lo hizo. Una cosa es que vaya preocupándome por esas cosas y otra muy distinta es que uno no aproveche las oportunidades que tiene de

defenderse de ser humillado. La recta final se ha de afrontar con la cabeza alta. Si no, ¿qué me queda?

El comentario cae en mi conciencia como una losa y disipa la jovialidad del momento.

—Estoy segura de que Clint ha aprendido la lección.

—Eso significará que soy un buen maestro y al fin le he podido inculcar algo.

—No le quepa ninguna duda, señor Curtis.

Él me mira con cara paternal y pienso que está a punto de soltar alguna lágrima. Como leyendo mi pensamiento se vuelve raudo hacia su mesa y saca mi retrato de entre el resto.

—Es una buena pintura, Yulia (obviando el hecho de que se trata de Clint). Me gusta que lo hayas dibujado como al *Hombre de Vitruvio*. Tienes mucho talento. Sigue así y llegarás lejos.

—Gracias, profesor.

Dando la conversación por finalizada me doy la vuelta dispuesta a salir de clase.

—Yulia...

—¿Sí?

—Espero que tú también hayas aprendido algo.

—¿El qué?

No me responde, se limita a asentir con una expresión que me invita a reflexionar sobre ello.

Me despido con un gesto de la mano y salgo del aula.

Si algo tengo que aprender hoy del comportamiento del profesor, es a no tolerar humillaciones inmerecidas.

Después del profesor Curtis, el resto de clases se me antojan aburridas e interminables. Intento contactar con mis compañeros de piso para quedar a comer. Resulta que tanto Cynthia como London tienen prácticas de

laboratorio y acabarán más tarde de lo normal. Con Adam ni me lo planteo, es evidente que, al igual que ayer, preferirá comer con los del equipo. Un quebradero menos de cabeza.

En realidad no dispongo de mucho tiempo antes de mi siguiente clase, y tampoco es que tenga mucha hambre. Lo que sí siento es cansancio. Con lo poco que he dormido no sé cómo he aguantado hasta ahora sin café. Decido enmendar mi error y acudo, cómo no, a la cafetería de económicas. Allí disfruto de una frugal e insípida comida, pero que se ve compensada con la calidad del café.

Disfruto de la amarga bebida hechizada por el oscilamiento del trasero de Doris. Me embelesa de tal manera que no soy capaz de dejar de mirarlo. Me recuerda al reloj de un hipnotista. Es curioso en lo que una se distrae cuando se aburre.

El café tiene un efecto renovador en mí. Asisto a las clases de la tarde sin pegar ni una cabezada. Pero no por ello me alegro menos cuando el reloj marca el final del día académico.

Ya que no tengo la bicicleta determino volver a pie. De camino tengo que pasar por delante de la valla que rodea el campo de fútbol. Me detengo un momento y escudriño a los jugadores. Aunque van todos vestidos igual, Adam es fácil de identificar. Es tan alto que los demás parecen su versión de bolsillo. En este momento está recibiendo el balón, luego emprende una carrera por el lateral y en su camino arrolla a varios rivales hasta llegar al final. No entiendo mucho de este deporte pero creo que acaba de anotar un *pleno*. Los miembros de su equipo lo felicitan: recibe palmadas en la espalda y señales de aprobación. En cierto momento mira hacia mí y se queda paralizado ignorando a sus compañeros. Yo me ruborizo como si me acabaran de descubrir en medio de un acto delictivo. Doy media vuelta y sigo caminando sin despegar los ojos del suelo.

Después de un largo camino vuelvo a casa para descubrirla vacía. Pinto un par de horas para matar el tiempo. Suena la cerradura de la puerta: son Cynthia y London. Me saludan, Cynthia me pregunta donde he estado escondida. Yo le resumo todo lo acontecido desde el día anterior mientras London se mete en la cocina dispuesto a preparar la cena.

—¿Qué os apetece cenar? —pregunta complaciente.

—Algo ligero —propone Cynthia—. ¿Qué tal un *bistec* con guarnición de patatas y verduras?

—Imagino que con mahonesa *light*, ¿verdad cariño?

—Tengo que cuidarme. Si no acabarás marchándote con otra.

—¡Cómo me conoces! —contesta London con sonrisa pícaro.

—Sigue soñando. Tú ya has sido marcado con mi hierro. Me perteneces.

London lo piensa durante un segundo.

—Pues... tienes razón. ¿Para qué decir lo contrario?

—¿No esperamos a Adam? —interrumpo.

—Adam no viene —contesta London.

Me quedo un poco desconcertada.

—¿No viene? —vuelvo a preguntar.

—Se ha ido a cenar con el equipo de fútbol. Me pidió que lo disculpáramos pero antes de terminar la frase Lisa Mayer ya lo estaba arrastrando dentro del coche. Seguro que no se lo pasa mal. —Acompaña la última frase con un ronroneo parecido al de un felino.

—¿Se ha ido con ella?

—Bueno con ella y con todo el equipo. Creo que han organizado una fiesta en la playa esta noche. Se ha llevado una copia de mis llaves por si volvía muy tarde.

Por un momento me siento un poco irritada. ¿Así que para esto ha venido aquí? ¿Para irse de juerga con un equipo de animadoras en celo? Es obvio que el programa ha pasado a segundo plano.

No hablamos más de Adam en toda la cena. Los *bistecs* están deliciosos. London se marcha a la cama nada más terminar sirviéndose del acuerdo implícito que conlleva servir la cena y que estipula que el que cocina no recoge. Cynthia y yo lo hacemos enseguida. Después de fregar los platos nos acomodamos en el sofá mientras nos tapamos con la misma manta. En la televisión echan un episodio de nuestra serie favorita: *Texas woman*. La serie

trata de las desventuras de una mujer para sobrevivir en un rancho en la república de Texas a principios del siglo XIX.

Vemos el capítulo en silencio. Observo cómo Cynthia me dirige miradas de soslayo.

—Este episodio ya lo hemos visto —protesta.

—No me suena.

—Bueno es igual —replica—. Hay algo que quiero decirte o me quemará en la lengua.

Yo la miro extrañada preguntándome qué es tan importante para que Cynthia lo priorice por encima de un episodio de *Texas woman*.

—Dispara o ara —le digo emulando una de las célebres frases de la serie.

—¿Qué te sucede con Adam?

—¿Qué me sucede con Adam?

—No sé, dímelo tú. Ya lleva tres días aquí y no has cruzado tres frases con él.

—Sí que lo he hecho. En el autobús tuvimos una conversación bastante larga.

Ella me mira inclinando la cabeza hacia abajo pero sin despegar sus ojos de los míos.

—Has puesto menos interés que en un debate sobre los presupuestos del estado.

Yo me encojo de hombros.

—¿Qué pensabas que iba a suceder? Metiste un desconocido en nuestro apartamento ¿te extraña que no me comporte como una abuelita hospitalaria de cuento?

Ella respira hondo antes de contestar.

—Yulia, sabes que te quiero. Me duele cuando alguien se refiere a ti como bicho raro. Yo no me canso de defender lo buena tía que eres. Pero me lo pones muy difícil. Sigues encerrada en tu rutina y en tus pinturas. Ajena al

resto del mundo. Te registré en ese programa para darte un empujoncito y que salieras de tu zona de confort.

—Me importa bien poco lo que opine la gente de mí. Y tú no tienes por qué excusarme ante nadie. Yo soy como soy y a quien no le guste que mire hacia otro lado.

—Eso ya lo has dejado claro. —Se incorpora reclinándose hasta apoyar sus codos en mis rodillas y me pone su mejor cara de niña ingenua. — Solo lo hice porque pensé que te ayudaba.

Su sonrisa torcida destruye cualquier atisbo de enfado que empezara a asomar y le devuelvo una sonrisa resignada.

—Ya lo sé y te lo agradezco. Es solo que yo no necesitaba esto.

—¿No necesitabas un tío amable, educado, simpático y atractivo por casa?

—Qué bien lo vendes, ¿no?

—No digo ninguna mentira. Eres tú la que no se ha dado cuenta.

—Bueno, lo de atractivo sí.

—¡Lo sabía! Parece que al fin y al cabo la introvertida Yulia no tiene un corazón de piedra.

—Solo he reconocido que está bueno.

—Pues deberías conocerlo mejor. Esa no es su mejor virtud.

Emito un bufido.

—¿Entonces qué me estás pidiendo que haga?

—Que no te cierres en banda y que le des una oportunidad.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Si hago lo que dices ¿prometes no volver a sacar el tema?

—Te lo prometo por London. —La miro en silencio—. Está bien, te lo prometo por mi rizador de pestañas.

—Eso ya es más creíble. A partir de mañana prometo intentar ser amable.

Solo por no tener que escucharte.

—Me alegra oírlo. Ya verás como no te arrepientes. —De repente empieza a reír como una posesa mientras me zarandea—. Sabía que te haría entrar en razón.

—¡No seas exagerada!

Comenzamos una guerra de cojines y manotazos mientras nos deshacemos en risas.

CAPÍTULO 5

Suena el despertador con ese maldito sonido que odio con toda mi alma. Mi mano se desliza lentamente entre las sabanas, como si pesara dos toneladas, para pulsar el botón de apagado. No he dormido bien. He tenido un sueño inquietante; en él yo estaba pintando en mi rincón secreto. Cada cuadro que acababa me parecía pésimo y me ponía a llorar. De repente una figura sin rostro aparece a mi lado y me dice:

—Me gusta mucho.

Yo respondo que es horrible y comienzo a pintar de nuevo. La misma escena se sucede una y otra vez. Hasta que finalmente pinto un cuadro que considero bueno y asiento cuando el desconocido me dice que está bien. Nada más hacerlo la figura se transforma en Adam.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —me pregunta al igual que hiciera en el autobús.

—No se puede empezar de nuevo, Kurt —respondo.

Él no se inmuta cuando le llamo Kurt y me extiende la mano. La cual veo rodeada de espinas afiladas.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —repite.

Dudo si estrecharla; mientras lo hago aparece una lechuza gigantesca que agarra a Adam y se lo lleva volando. Yo me quedo con cara de estúpida y sigo pintando como si no hubiera sucedido nada. Pero ahora mis pinceles no manchan el lienzo. Yo me frustró y emito un grito ininterrumpido.

Estaba en medio de ese grito cuando el sonido providente del aparato me despertó. No tengo ni idea de lo que puede significar pero me ha dejado sensaciones amargas. Decido no darle muchas vueltas y me levanto con pereza.

Realizo mi ritual matutino que incluye ir al servicio, asearme, vestirme con lo primero que tengo a mano y recogerme el pelo. Todo con la velocidad que me caracteriza por las mañanas. O mejor dicho: la no velocidad. Luego

salgo dispuesta a desayunar con todos.

London y Cynthia ya están en ello. Cynthia emite unos *buenos días* que suena como si no tuviera mandíbula inferior. Menos mal que yo también hablo lenguaje mañanero y le respondo con un *kaypadesayuná*. En contraposición a nosotras, London parece lleno de energía. Observo como exprime zumo, lo sirve y baila al ritmo del cronómetro de la tostadora. London en lugar de descansar se recarga como los móviles cuando duerme.

—Ojalá yo tuviera tu vitalidad —digo.

—No sé las veces que te he oído decir eso.

—Porque es lo que pienso cuando te veo por las mañanas.

—El secreto está en compartir la cama con tu media naranja. ¿A qué sí cariño?

Cynthia lo aparta de un manotazo sin mirarlo y sin abandonar ni por un momento su cara de zombi de mirada perdida.

London la señala y seguidamente pone sus manos en forma de corazón y las mueve atrás y delante junto a su pecho. A la par que hace esto se muerde el labio inferior. En su boca aparecen las palabras mudas «cómo la quiero». Consigue sacarme media sonrisa. A estas horas es lo máximo que puedo ofrecer.

—¿Nuestro huésped aún no se ha despertado? —pregunto—. Con lo madrugador que se mostró el primer día.

—No vino anoche —contesta London.

—¿No?

—No.

Me quedo pensativa. Ahora que caigo, no oí ningún ruido anoche que me sugiriera el regreso de Adam.

—¿Pero sabéis algo de él? Puede que le haya pasado algo —pregunto con inusitada preocupación.

—Eso te libraría de tu programa —apunta Cynthia.

Con esa cara es difícil saber si está bromeando.

—Me escribió un mensaje sobre las cinco. Su mensaje textual fue: «nos vemos *majnana* en la *uninsversidad*». O bien llevaba una buena cogorza o tenía las manos ocupadas.

Las palabras de London me tranquilizan a medias. Una inquietud inexplicable me recorre pero no logro identificar el motivo.

—¿No sabes nada más? —me dirijo a London.

—No.

—¿Entonces hacemos marcha sin él?

—Eso dijo.

Cynthia vuelve la cabeza hacia mí con lentitud y comienza una sonrisa que tarda cinco segundos en construir. Su cara da miedo.

—¿A qué vienen tantas preguntas? ¿Nuestra charla de anoche sirvió de algo? ¿Estás preocupada por nuestro inquilino?

Dudo un instante.

—¿No es eso lo que me pediste?

—Claro que sí. Pero puede que ya sea un poco tarde. Parece que ha congeniado muy bien con los del equipo. Me da a mí que está a punto de solicitar un cambio de anfitrión.

—¿Puede hacer eso? —interviene London.

—Quién sabe. Pero si argumenta que su anfitrión no cumple con sus obligaciones no me extrañaría.

—No ha sido culpa mía. El trabajo...

—Vamos, Yulia —interrumpe Cynthia—. Desde que vino, siempre has tenido una excusa en la boca.

—Yo ya hubiera pedido el cambio.

—¿London, tú también?

—Solo digo que si yo fuera a casa de alguien y apenas tuviera relación con ese alguien durante tres días, fuera por la razón que fuera, me encontraría bastante incómodo. Mi zombi mañanero y yo lo hemos hablado. —Posa sus manos sobre los hombros de Cynthia—. Me alegré de la conversación que

tuvisteis anoche, pero no sé yo si servirá de algo que ahora intentes ser más cordial.

—Que haga lo que quiera —replico con un deje malhumorado—, ya dije que pondría de mi parte. Si él ahora decide que ya es tarde: eso ya es cosa suya. No me importa perder esos créditos.

—Pues entonces no hay nada más que hablar. Es hora de irse —concluye Cynthia dando por finalizada la conversación. Seguidamente se ponen en movimiento como autómatas compenetrados preparándose para ir a la universidad.

Termino de coger mis cosas mientras me pregunto cómo diablos debo actuar con Adam. ¿Debo mostrarme interesada por facilitar su estancia aquí o debo dejar que siga su ritmo hasta que solicite un cambio de anfitrión? Me sorprende al descubrir que me preocupa la segunda opción. ¿Será por las recriminaciones de mis compañeros de piso o quizás será porque, como dice Cynthia, me moleste el hecho de que puede que ya prefiera otras compañías a la mía? No tengo ni idea. Decido dejar en manos de la providencia mi futuro inmediato y salgo de casa.

En el autobús nos mostramos menos habladores de lo habitual. Cuando llegamos nos separamos con intención de volver a vernos a la hora de la comida.

Las clases de hoy me parecen aburridísimas. El único suceso resaltable de la mañana es que Clint Connor no ha asistido a clase del profesor Curtis. El educador destacó este hecho manifestando que la fama es muy difícil de llevar. El resto de horas me las paso vagabundeando entre clase y clase con paradas estratégicas en mi taquilla. No hay ni rastro de Adam por ningún sitio. Tampoco del resto de jugadores del equipo. Deduzco que la ausencia de Clint también puede estar relacionada.

Llego al mediodía cansada pero no agotada. Si ayer decidí sacrificar la calidad de la comida en pos de la del café, hoy necesito una comida sobresaliente. Respecto al café, me conformaré con uno aceptable. Así que hoy toca ir al *Sweet Lunch*. Para la mayoría de personas esto no sería una elección excluyente ya que podrían comer en un lugar y tomar el café en el otro. Pero para mí es distinto, yo necesito tomar café en los cinco minutos

posteriores al postre o mi cuerpo entra en *Insuficiencia cafeínica*. Y esto no es posible porque ambos lugares se encuentran distanciados por un paseo de unos quince minutos. Transmito mi elección por mensaje a mis compañeros. Llegan cinco minutos después de que yo lo haga.

Los tres tomamos el menú del día que está compuesto de ensalada de fresas y espinacas, pavo en salsa con verduras y bizcocho de calabaza. Todo está delicioso y sin un aporte calórico excesivo. El café entra en mi organismo cuatro minutos después del bizcocho y no hay que lamentar consecuencias.

Cuando estoy acabando el último sorbo, Adam y el resto de sus nuevos amigos entran por la puerta. Los observo mientras piden la comida a los empleados y se sientan en una mesa lejana. Bromean y sonríen con frecuencia. No parece que Adam necesite nada de nosotros. Mucho menos de mí. Lisa parece empeñada en prestarle toda la atención que podría necesitar. Aunque él no parece corresponder el interés. Cada intento de Lisa por conversar es respondido de manera escueta por Adam que inmediatamente vuelve a la charla con los chicos.

Me vuelvo resignada hacia mis compañeros. Puedo decir que por mucho que les gustara, no puedo ejercer mis obligaciones de anfitriona en estas circunstancias.

—Bueno ¿qué? —interroga Cynthia.

—¿Qué de qué?

—¿No vas a hablar con él?

—¿Bromeas? No tengo ninguna necesidad de ir allí ahora. Si tanto insistes, ya hablaré con él esta noche en casa.

—Creo que he oído que esta noche hay otra fiesta. En casa de Lisa si no me equivoco —interviene London.

—Puede que Adam no venga a casa esta noche —expone Cynthia—. Y no se lo reprocharía.

—Entonces hablaré con él mañana —digo con indiferencia.

—Mañana dirás lo mismo.

—¿Y qué quieres que haga, que vaya ahora mismo a hablar con él

estando con todos sus amigos?

—Veo que por fin piensas como toca.

—No lo dices en serio.

—¿Me ves reírme? —me dice con una sonrisa en la cara.

—Lo cierto es que sí.

—Eso es porque me hace ilusión verte hablar con él.

—¿Pero por qué tanto interés?

—Vamos... hazlo por mí —me suplica colocando sus manos entrelazadas como si rezara.

—No pienso ir allí.

—¡Bien! No ha sido un *no* rotundo. Vamos avanzando.

—Si sirve de algo, yo te puedo acompañar —se ofrece London.

—No hace ninguna falta.

—Acompáñala, cariño. Y asegúrate de que hable con él.

—Eso está hecho —obedece London a la par que me agarra de la muñeca y tira de mí.

Intento oponerme con inútil resultado, es más fuerte que yo

—No te resistas. ¡Qué faena dais las mujeres casaderas!

Obvio el comentario porque estoy centrada en no tropezar mientras me arrastra entre las mesas. Dejo de poner resistencia a los cuatro pasos porque no quiero montar una escena en medio de todo el mundo. Y porque, pese a todo, no encuentro excusas para poner tantas objeciones.

Cuando llegamos a nuestro objetivo London me suelta la mano mientras se desliza por detrás de Adam. Al hacerlo le toca en el hombro y este se gira encontrándome sola delante. London vuelve a nuestra mesa mientras se despide de mí moviendo con energía la mano.

—Hola, Yulia ¡Qué sorpresa! —me saluda Adam.

El resto de sus amigos se vuelven hacia mí con expresión interrogativa. Lisa me obsequia con el semblante propio de alguien que ha encontrado un

pelo púbico en la sopa.

Yo me quedo bloqueada sin saber qué decir.

—Me alegra verte aquí ¿Qué querías decirme? —Me doy cuenta que Adam intenta que reaccione. Igual que un apuntador dicta el guion a un actor de teatro. Pero mi guion no está escrito. No he venido aquí por mi voluntad y no tengo nada que decir. «Yulia no te puedes quedar aquí plantada como una boba. Rápido di algo», pienso.

—Hola, Yulia —digo al fin.

—Hola, Adam —me contesta él.

—¡Eso! Hola, Adam —corrijo ruborizada.

Todos se ríen mientras repiten a coro «hola, Yulia». Yo siento el deseo irrefrenable de huir.

—Hola, Yulia. Me encanta que empieces las conversaciones con una pequeña broma —me dice Adam con tono tranquilizador. Es el único que no se burla. Su sonrisa es un bálsamo en medio de un mar de mofas. Me centro en él y recupero un poco la tranquilidad, lo suficiente para pasear mi mirada por sus rostros. Veo a Clint entre esos rostros y de inmediato viene a mi mente el recuerdo de la clase de ayer con el profesor Curtis. Él sabría cómo ponerlos en su sitio.

—Adam venía a... —empiezo a hablar esperando que se me ocurra algo.

Lisa, que aún sigue riéndose, me interrumpe con tono envenenado:

—¿No ves que estamos ocupados? No tenemos tiempo para tus chorradas.

—Hablaba con Adam —replico sin pensar.

Ella da un paso delante situándose entre Adam y yo. ¿Qué le pasa a esta?

—¿Por qué no vuelves con tus amigos? Aquí no pintas nada.

Adam se levanta de su silla, le apoya una mano con delicadeza en el hombro y la aparta a un lado. No le lleva un gran esfuerzo: con su tamaño es como si Lisa se deslizara por un raíl invisible.

—Lisa —comienza con tono conciliador—, Yulia es mi anfitriona en el programa de intercambio y seguro que tiene algo importante que decirme.

Lisa juega una partida de tenis con los ojos de Adam y con los míos. Es curioso cómo puede variar tanto el significado de su mirada en apenas un segundo. Odio, coqueteo, odio, coqueteo... Cuando finaliza el set se cruza de brazos esperando que hable.

¡Claro, el programa! ¿De qué otra cosa iba a hablar con Adam?

—Gracias, Adam. Me preguntaba si querrías que esta tarde siguiéramos el programa.

—¿Y qué dice ese programa? —se adelanta Lisa emitiendo un bufido.

La pregunta me pilla desprevenida. ¡Es verdad! No tengo ni idea de lo que está programado para hoy.

—Tenemos que... que...

—Creo que tenemos que visitar el museo de arte moderno —sale en mi rescate Adam.

—¡Eso!

—¿Museo? —Creo que es la primera vez que Lisa oye esa palabra—. Lo siento *bonita* pero Adam tiene mejores planes. Seguro que prefiere acudir al museo contigo antes que ayudar a preparar mi fiesta de esta noche —propone con ironía.

A ella misma le hace tanta gracia tal posibilidad que suelta una carcajada y a mí se me antoja el siseo de una serpiente. Mientras lo hace, inclina la cabeza hacia atrás y yo reparo en un colgante de plata que cuelga de su cuello y que tiene forma de lechuza. ¿A qué me recuerda? Enseguida caigo ¡Claro! La lechuza de mi sueño. Ahora cobra sentido, en él una lechuza se llevaba volando a Adam y es obvio que Lisa bien querría hacerlo. Lo que es un misterio es cómo mi subconsciente se dio cuenta antes que yo del interés de Lisa por Adam. ¿O acaso predijo esta situación? Examino esta última posibilidad. ¿Tendré dotes premonitorios? Recuerdo una serie en la que uno de los protagonistas pintaba en trance cuadros que luego se convertían en realidad. Yo pinté uno en el que era millonaria. Hace tiempo jugué a la lotería y no miré el resultado. Tengo el boleto en el cajón de mi mesita. Ya va siendo hora de que lo compruebe.

La voz de Adam interrumpe mis divagaciones y me devuelve al mundo real.

—Me parece perfecto que dediquemos esta tarde a seguir el programa juntos.

Aunque no lo ha dicho con doble intención, la palabra *juntos* pone de manifiesto que hasta ahora ha estado siguiendo el programa solo y me siento culpable. Todos observan en silencio a Lisa. Se le ve atónita, seguro que nunca le había ocurrido que alguien pasara de una de sus fiestas.

—¿Estás seguro de eso? —le pregunta a Adam.

—Seguro que tu fiesta será una pasada, pero tengo obligaciones. Además, para lo que estoy acostumbrado, ya he tenido suficiente juerga con la de anoche.

Lisa de nuevo alterna su mirada entre Adam y yo. Pero esta vez no hay rastro de coqueteo. Yo diría que ahora es: odio, enfado, odio, enfado.

—Tú sabrás lo que haces. Cuando termines de visitar el museo —alarga la palabra *museo* con exageración—, pásate por mi casa. Nos beberemos unos chupitos para sacarte el aburrimiento del cuerpo.

Se marcha sin despedirse y justo tras ella dos chicas del grupo se apresuran a seguir sus pasos.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta Adam impasible.

No dejo de cuestionarme si he hecho bien viniendo al museo con Adam. Llevamos un par de minutos sumidos en un silencio incómodo después de unos pocos de charla insustancial. Diría que él se empieza a arrepentir de haber venido conmigo. Seguro que no ve la hora de que acabemos la visita y pueda largarse a casa de Lisa. Era evidente que esto iba a suceder. No podía ser de otra manera. Somos dos personas totalmente opuestas: él es un deportista de élite, carismático y sociable; y yo por el contrario soy una chica introvertida que prefiere tratar un cuadro a una persona. Nuestros mundos no están designados a encontrarse salvo en circunstancias especiales como esta en las que las necesidades lo requieren. Cynthia no podrá achacarme que no lo haya intentado, pero estará obligada a reconocer que intentar relacionarme con un chico tan distinto ha sido una locura. Espero que los diez días que quedan pasen rápido y se acabe este maldito programa. Ojalá pudiera finalizarlo ya y mantener los créditos. Pero eso no es posible. Los créditos

van ligados a la finalización exitosa del programa. Y eso lo determina un supervisor asignado que revisa de manera exhaustiva cada uno de los puntos. No hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo. De lo que sí soy capaz, es de disfrutar de este lugar. ¡Estamos en un museo!

Me escabullo de Adam y deambulo a mi aire entre los solitarios pasillos. Apenas hay una docena de personas. Las escasas pisadas y algún murmullo puntual son los únicos sonidos de la galería. Aunque soy medio entendida en esto, he de admitir que ni yo misma termino de comprender el arte moderno. Me sorprende ante la vista de goteros de transfusión rellenos de líquido de color azul; un piano totalmente envuelto en vendajes; tenedores gigantes que simulan cactus y un largo etcétera de desconcertantes muestras de artesanía. Entiendo los conceptos o las ideas que intentan transmitir, pero no termino de cogerles el punto. A mi modo de ver, les falta el ingrediente principal de una gran obra: carecen de atemporalidad. ¿Quién recordará estas obras dentro de doscientos años? No me pasa por la cabeza que algo de lo que estoy viendo se pueda comparar a las obras mágicas de Monet, Van Gogh, Dalí, Renoir, Klimt... La mayoría de estas obras tan solo me parecen extravagancias de sus creadores.

Me rindo después de media hora de intentar encontrar algo que llame mi atención. Me siento en un banco de forma circular. Avisto a Adam, que no anda muy lejos; está examinando con curiosidad una cama hecha de algodones.

Al cabo de un rato un hombre se detiene ante mí. Lleva gabardina y jersey de cuello alto; tiene el pelo rubio tan engominado que parece que lo lleve plastificado. Sus ojos se quedan pequeños para las gafas cuadradas de montura exagerada que porta. Me escruta mientras se mesa la barba. Finalmente asiente satisfecho y mueve su dedo en señal de aprobación.

—Lo entiendo —dice con acento nórdico. Se aleja y me parece oír las palabras calor y humanidad. ¿A qué ha venido eso?

No tiene que pasar mucho antes de que una pareja aún más extravagante que el anterior adopte un comportamiento similar. Solo que estos comienzan a aletear como gallinas.

«¿Qué les dan a esta gente?», me pregunto.

Adam que ha reparado en la situación se acerca curioso. Después de

rodearme lo veo sonreír divertido.

—Parece que estás empollando a la humanidad.

—¿Qué?

—Sí. La tienes a punto. En breve serás la orgullosa madre de una humanidad inmaculada. Espero que la sepas educar mejor que a la actual.

—¿Te has vuelto loco?

—Ven aquí —me dice por toda respuesta.

Me encojo de hombros y me levanto. Desde la posición de Adam se puede ver la parte trasera del banco que resulta ser la escultura de un huevo con el grabado *El huevo origen de la humanidad*. Hay que tener una mente muy extraña para pensar que estaba empollándolo. Bueno... esta gente muy normal no es.

—¿No es muy rebuscado? —pregunto a Adam.

—¿Has visto algo por aquí que no lo sea?

Me sorprende su respuesta. Parece que tiene una opinión de esta galería parecida a la mía. ¿Los jugadores de fútbol saben opinar sobre arte? Vivir para ver. Tengo que ahondar en esta anomalía.

—¿Qué te parece esta exposición?

—Pues... la verdad es que este tipo de arte no va conmigo.

—¿Eso quiere decir que existe un tipo que sí?

—Me refiero al tipo de arte que le gusta a todo el mundo. El de toda la vida. Ya sabes... Me gustan los cuadros que al verlos ansías poseer un don así. No soy un entendido ni mucho menos pero me parecen preciosos los cuadros impresionistas de Cézanne, Toulouse-Lautrec, Vincent Van Gogh...

Me acabo de quedar de piedra. ¿Acabo de oír a este jugador de fútbol de dos metros recitar los nombres de algunos de mis artistas favoritos? Nunca hubiera pensado que existiría algo en lo que nosotros podamos coincidir y menos aún que se tratara de una opinión artística. Miro a mi alrededor buscando una cámara oculta.

—Me sorprende que te guste el arte.

—Soy un chico curioso. Siempre se puede aprender algo nuevo.

—Entonces quizás aprendas a apreciar estas obras.

—Lo dudo mucho. No me gustaría parecerme a la gente que pulula por aquí. Parece tan pagada de sí misma que seguro que creen ver en estas obras conceptos que se nos escapan al resto de mortales. Podría inventarme algo sin sentido ahora mismo y ellos acabarían encontrárselo.

Me divierte su ocurrencia.

—¿Cómo lo del huevo? —pregunto.

—Exacto.

—Tú has pensado lo mismo que ellos.

—Solo porque he visto cómo cacareaban delante tuya. Créeme, el cerebro de algunos de por aquí funciona de otra manera.

—Podría ser.

—Te lo aseguro. ¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Cómo? —pregunto poco convencida.

—Ahora verás.

Acto seguido se quita una de sus zapatillas deportivas y el calcetín. Se calza de nuevo pero deja el calcetín sobre el huevo. Después se larga por uno de los pasillos cercanos y vuelve al cabo de un par de minutos.

—Listo. El cebo ya está puesto. Solo queda esperar que piquen.

—Me tienes intrigada.

—¡Ese es perfecto! —exclama señalando la figura de un hombre que se acerca por el pasillo.

Se levanta y hace como que está admirando la obra ovoide.

Yo lo observo divertida intentando descubrir dónde quiere ir a parar.

La incauta víctima se detiene al lado de Adam. Basta con mirarlo para darse cuenta de que es un *cultureta* con *pedigree*: gafas de pasta, camiseta negra ceñida, cinturón ancho con hebilla plateada y zapatos con una suela de tres dedos. Se queda mirando el huevo y con gesto reflexivo se lleva el dedo

índice al mentón. Adam se le acerca y oigo cómo le comenta:

—Es una obra magnífica. ¿No le parece?

Tengo que contener una risotada al escucharlo hablar con un acento tan raro que parece a mitad de camino entre el ruso y el mejicano.

El tipo lo ojea y luego vuelve su atención a la escultura.

—Ciertamente lo es —responde.

—Me ha encantado el significado que el calcetín le otorga.

—Demasiado evidente para mi gusto.

En la comisura de Adam aparece una sonrisa contenida.

—Desde luego. Pero aun así no me puede negar que trasciende lo mundano.

«¿Qué ha dicho?», me pregunto.

—La metáfora que nos plantea el autor denuncia las pretensiones hedonistas de la humanidad.

—¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

El hombre duda y se le ve levemente ruborizado.

—Permítame que me guarde mi opinión. Es una opinión fruto de reflexiones personales. ¿Lo entiende verdad?

—Por supuesto.

El hombre hace intento de seguir su camino.

—Antes de que se vaya he de decirle que yo mismo soy el autor de esta obra y que necesita conocer todos los detalles para comprenderla. Mire.

«¡¿Cómo?!», pienso.

Acto seguido se gira y le enseña su espalda en la que cuelga un pósit que no me imagino de donde ha podido sacar. En la nota figura la palabra «HUMANIDAD».

El hombre abre los ojos y la boca de manera exagerada. Al rato, cuando parece que los engranajes de su cerebro han recobrado su movimiento pronuncia:

—Impresionante. Hace tiempo que una obra no me impactaba tanto. Una escultura con participación humana activa. Realmente sorprendente.

Yo me giro y me tapo la boca para no llamar la atención. No entiendo como Adam puede aguantar tan serio. Se ha metido de veras en su papel.

Cuando el hombre se marcha, Adam se acerca y rompemos en carcajadas juntos.

—¿Qué te ha parecido?

—¿De dónde has sacado ese pósit?

—Del recibidor de la entrada.

—¿Y qué sentido crees que le habrá encontrado?

—No tengo ni idea. Pero se le veía tan convencido. ¿Ves como yo tenía razón? Hay algunos que se creen mejor que los demás.

—Bueno. No hay que generalizar por el comportamiento de un individuo. Pero sí, menudo espécimen. Aunque tengo que reconocer que lo mejor ha sido tu acento. ¿Habláis así en California?

—Solo cuando intentamos impresionar a las señoritas —dice con el mismo ridículo acento. ¿Impresionarme a mí? Me va a costar entender su humor.

Después de esto, lo que queda de visita resulta más llevadero. Incluso compartimos bromas sobre algunas obras que nos llaman la atención. Tengo que reconocer que Adam no es el capullo que yo imaginé. Me doy cuenta de que he cometido el mismo error que le acabo de reprochar: no se debe generalizar. Pensaba que por tratarse de un jugador de fútbol sería como Clint o el resto de los demás. Pero Adam parece distinto, al menos se comporta distinto; se muestra atento a mis opiniones y es capaz de conversar con inteligencia.

Cuando nos damos cuenta el museo está a punto de cerrar. Se me ha pasado el tiempo volando. Si me llegan a decir al inicio de la tarde que acabaría disfrutando de la visita no me lo hubiera creído.

—Ya puedes tachar esta tarea del programa de intercambio —le digo.

—No ha estado mal. Me lo he pasado muy bien. Aunque tengo que

reconocer que te pensaba más estirada.

—¿Cómo? —pregunto simulando estar dolida.

—Sí. Por lo poco que te conozco pensaba que eras antisociable y no tenías remedio. Suerte que London me advirtió: cuando se te trata eres una chica divertida.

—Gracias —contesto no muy segura de si es un cumplido—. Tú tampoco eres el *musculitos* sin cerebro que suponía.

—¿Así que te has fijado... en mi cerebro?

Me hace reír.

—Bueno. No es algo que destaque en ti a simple vista. Hay que fijarse a fondo.

Ahora se ríe él.

—Me alegro de que nos deshagamos de nuestros prejuicios ¿Crees que a partir de ahora podremos tener una relación más cercana y seguir el programa sin problemas?

—Bueno. Lo intentaré pero ya te aviso de que soy una torpe social y necesito mi espacio. No me gustó la idea de que un extraño entrara en mi vida de improvisto. Aún soy reacia y tengo problemas con algunos puntos del programa.

—¿Como cuáles?

—El hecho de que tengas que venir a mi casa y mi trabajo. Por ejemplo.

—Prometo ser educado. Soy bastante agradable cuando me lo propongo.

—No sé si eso será suficiente. —¡Mierda!— Hablando de trabajo; voy a llegar tarde al bar. Jerry no me perdonará. Tú te vas a la fiesta de Lisa ¿verdad?

—Pues... Tengo menos ganas que de volver a visitar el museo.

—¿Hablas en serio? Pensaba que te morirías de ganas por estar con tus amigos.

—Prefiero aprovechar la inercia y seguir con el programa. ¿Qué te parece si te acompaño al bar?

—Ahora sí que sé que no hablas en serio.

—¿Por qué no? Uno de los puntos es conocer tu entorno de trabajo.

Titubeo. Sé lo que dice. Pero acceder a compartir tan pronto una parte tan importante de mi vida me violenta.

—No creo que sea buena idea.

Él me mira con ojos de cachorro sin pronunciar palabra. Un cachorro de dinosaurio. Yo niego con la cabeza. Él se gira dándome la espalda para que pueda leer un pósit que reza «POR FAVOR».

No sé si sentirme sorprendida o echarme a reír.

—¿Cómo has...?

Él como única respuesta se encoge de hombros. En su rostro aún sigue esa expresión implorante a la que solo le falta un solo de violín detrás.

—Está bien —accedo.

Cuando llegamos me introduzco detrás de la barra lo más rápido posible. No lo suficiente para que Jerry no repare en lo tarde que llego. Su mostacho se arruga hasta tocarle la nariz.

—No es usual que llegues tarde.

—Lo siento Jerry.

—¿Quién es tu amigo? —pregunta moviendo la cabeza en dirección a Adam.

—Digamos que es mi nuevo compañero de piso.

Jerry asiente mientras lo inspecciona. Adam mira con interés una vieja máquina tocadiscos situada cerca de la entrada.

—Pues habréis tenido que comprar una cama más grande. Con ese tamaño me podría venir bien como seguridad del local. Así me ahorro yo hacer esa parte.

Jerry es casi tan alto como Adam pero su figura es espigada, sus hombros no son tan anchos y no tiene los músculos tan pronunciados.

—No creo que busque trabajo —niego, porque no me haría ninguna gracia que Adam trabajara en el local. Incluso si Jerry bromea prefiero descartar la posibilidad.

—Hablaba por hablar. Ya te llevas tú todos los beneficios del local. No podría permitirme otro sueldo como el tuyo.

—Si eso fuera así no podrías comprarte todos esos caros ungüentos para tu mostacho.

Sonríe divertido.

—Quizás haya exagerado. Aún puedo permitirme algún derroche. Esta noche sírvele lo que quiera a tu amigo. Corre de mi cuenta. Para los pocos que traes mejor tratarlos bien. Bueno. Basta de cháchara. Tú te encargas de la barra y yo sirvo las mesas. Como siempre. Vamos a la faena.

Como se está convirtiendo en habitual el local se vuelve a llenar y los clientes de siempre, entre los que se encuentra Thomas el anciano, ocupan su sitio acostumbrado de manera gradual. Nevará en Louisiana antes de que pueda ponerle una falta de asistencia al anciano.

Jerry y yo vamos locos intentando atender a todos los clientes. Adam, que no puede permanecer inmóvil, echa una mano sin que Jerry o yo se lo pidamos. Recoge mesas y sirve bebidas. Cuando le pregunto si quiere tomar algo me responde que no le apetece nada que lleve alcohol y se conforma con un refresco. Mi jefe agradece su iniciativa y entablan, cuando la faena lo permite, breves conversaciones en las que ambos sonrían.

Todo marcha muy bien hasta que aparece por la barra el único cliente que detesto. Lo reconozco enseguida, es el tipo del bombín y tirantes de *La naranja mecánica*. Mentalmente lo bautizo con el sobrenombre de naranjito, a ver si eso mantiene a raya la turbación que me provoca.

—Guapa. ¿Ya habéis comprado mejor whisky?

—Tenemos lo de siempre —contesto con cierta inquietud.

—Entonces sírveme el whisky de quince años de la anterior vez. Si no sabes cuál es, pregúntale a tu jefe.

Se lo sirvo a regañadientes. Aunque preferiría servirle matarratas.

Sigo con mi labor ignorando en la medida de lo posible a naranjito.

—Guapa. Mueve tu trasero y ponme otra copa.

Con tal de que no insista le sirvo con rapidez, por delante de otros clientes que también esperaban sus copas. Veo como Adam me dedica miradas de soslayo.

Después de varias copas más, naranjito ya parece borracho. Su grosería ha ido incrementándose en la misma medida que su embriaguez.

—Eh tú zorra. Ponme otra.

Thomas el anciano no lo soporta más y le responde.

—Joven. Trata con más respeto a la señorita o te las verás conmigo.

—Tú tranquilízate, viejo borracho. O te va a dar un infarto.

Thomas se levanta del taburete y lo tengo que sujetar para que no se lance contra él.

—Tranquilo, Thomas. No es necesario que me protejas. Sé encargarme de tíos como este.

Me vuelvo hacia naranjito y le digo con todo el aplomo que reúno:

—Cuando alguien me llama zorra es síntoma de que ya ha bebido suficiente y de que no quiere volver por el local. Así que paga, márchate y no vuelvas por aquí. —No han sido los mejores argumentos, pero espero que resulte.

—¿Quién te has creído que eres para echarme de aquí, zorra? Ni siquiera eres la dueña del local. Solo eres una camarera *calientapollas* que no tiene donde caerse muerta. Así que obedéceme y tráeme otra copa. Y no olvides mover ese culito tan bonito cuando lo hagas.

—Serás... —Mi hastío supera a mis temores e intento propinarle un bofetón, pero él me agarra la mano antes de que eso suceda. Luego me dedica una sonrisa lujuriosa.

—Así que *la camarerita tiene genio*. Mejor. Apuesto a que eres toda una fiera en la cama.

Una mano gigante aparece agarrando a naranjito por la muñeca y obligándolo a que me suelte. Vuelve la cabeza hecho una furia para encontrar

a la mole de dos metros que es Adam. Sus ojos se abren de par en par cuando lo ve. Es evidente que se siente amedrentado.

—Discúlpate con la señorita.

—¿Y tú quién cojones eres?

—He dicho que te disculpes.

—¿Y si no quiero?

Veo como Adam aprieta con fuerza su muñeca y naranjito emite un gemido de dolor. La situación me recuerda a la de un adulto obligando a su hijo a pedir perdón por una trastada. Salvo que a un niño no hace falta romperle una articulación para que lo haga.

—¿Te vas a disculpar?

Naranjito asiente con cara de estar sufriendo considerablemente.

—Ya estás tardando.

—Lo siento —accede a decir entre dientes sin mirarme.

—Díselo mirándola a la cara. —Adam refuerza sus palabras aplicando un poco más de torsión en su presa.

—Lo siento —repite alzando la voz y mirándome.

Yo asiento compungida.

—Ahora págale y más te vale que le dejes una buena propina.

Naranjito saca con la mano libre su cartera y luego deposita el doble de dinero de lo que ha consumido.

—Ahora tal y como te ha dicho: no vuelvas por aquí o la próxima vez no seré tan educado. —Dicho esto lo suelta y lo empuja en dirección a la salida.

—Esto no acabará así —se atreve a amenazar desde la puerta.

Adam hace amago de ir a por él y naranjito sale corriendo del local.

Cuando se ha ido todos felicitan a Adam. Thomas lo palmea en la espalda diciéndole que le recuerda a él de joven. Lo que es gracioso porque el anciano apenas mide un metro sesenta.

Jerry que reparó tarde en la escena al encontrarse en la otra punta del

local, dejó que Adam impusiera su justicia sin intervenir. Se me acerca y me susurra al oído.

—Al final no va a ser tan mala idea contratarlo de seguridad.

—Supongo que no.

—Es un chico bueno y valiente. Me gusta para ti.

Yo poso mis ojos sobre Adam mientras él permanece ajeno a mi escrutinio. Yo dejo que las sorprendentes palabras de Jerry resbalen por mi mente.

CAPÍTULO 6

—¿Es o no es el mejor café que has probado?

—Imagino. Quiero decir: está bueno pero no tengo un paladar tan fino como para distinguir las diferencias entre un café bueno y uno mediocre.

—¿Qué? Empiezo a pensar que no tendría que haberte traído aquí. Reza porque no te escuche Doris. Si te pilla hablando mal de su café eres hombre muerto.

—Tampoco he dicho que fuera malo. Solo que me parece igual que el resto que he probado en mi vida.

Le lanzo una mirada en la que cargo todo el veneno del que soy capaz. Para ello me sirvo de lo aprendido a través de los cientos de horas de visionado de telenovelas baratas como *Texas woman*.

—¡Guau! ¿Por qué no empleaste esa mirada con el imbécil de ayer de la barra?

—Tenía la situación controlada —miento.

—Apuesto a que sí. Entonces ¿no necesitabas mi ayuda?

—Para nada. No deberías haber intervenido.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que había hecho una buena obra socorriendo a una damisela en apuros y resulta que lo único que hice fue ofenderte con mi ayuda. ¿No me habrás traído aquí como castigo y por eso me obligas a beber este brebaje asqueroso?

—Todo lo de esa frase está mal. En primer lugar de damisela tengo poco, ese adjetivo le quedará mejor a una de esas chicas a las que debes de estar acostumbrado, no a mí; en segundo no estaba en apuros: hubiera encontrado la forma de deshacerme de naranjito.

—¿Naranjito?

—Porque se parecía al tío de la naranja mecánica —aclaro.

Adam ríe.

—En tercer lugar —digo acallando su risa—, traerte aquí no es un castigo. Al contrario. Intentaba ser una forma de agradecerte que salieras en mi defensa anoche. Aunque no la necesitara. Y en último lugar y más importante —digo reuniendo toda la seriedad que no he utilizado en el resto de puntos—, si vuelves a llamar brebaje asqueroso a este café tendrás que buscar otra anfitriona.

Adam asiente como si le fuera la vida en ello.

—Está bien. Siento haber llamado brebaje a esta bebida inmunda.

—¿Cómo? Ahora sí que la has hecho buena. ¡Doris! —digo alzando la voz.

Doris acude al ritmo de su habitual contoneo.

—Dime ¿qué quie...? ¡Uy! Hola Adam. Guapetón. ¿De nuevo por aquí? ¿Ya viniste a por más de lo mío? —pregunta con su exuberante acento caribeño.

—Por supuesto. El café solo es una excusa para verte.

—Lo sabía, granuja —dice mientras llena de nuevo la taza de Adam.

—Es el mejor café que he probado —pronuncia alzando la taza en brindis a la camarera—. Antes de volver a California me tienes que decir tu secreto.

—El secreto es un secreto. *Ya tú sabes.*

Y se marcha, no sin antes dedicarle un guiño y un bamboleo de caderas exagerado.

Yo asisto a la escena asombrada por lo engatusador que puede llegar a ser Adam.

—Me sorprendes. ¿Ahora resulta que conoces a Doris?

—¿Ah eso? Llevo un par de días viniendo por aquí. Creo que fue Cynthia la que me recomendó este sitio. No se equivocaba, el café es genial.

Lo miro asombrada intentando cogerle el punto.

—¿Te estabas quedando conmigo?

Él simplemente se encoge de hombros y pone cara de niño bueno. Si

ahora se gira y me enseña un pósit en la espalda que diga «picaste», le echo el café por encima.

—Cuando se te conoce, eres una persona difícil de catalogar, Adam Henderson.

—Me alegro que sea así. A simple vista la mayoría me etiqueta como un jugador de fútbol tonto y superficial. —Siento una punzada de culpabilidad. Yo soy una de esas personas—. Creo que por eso tengo esta personalidad tan extrovertida y bromista. Quiero que la gente me conozca y vea que hay mucho más.

—Bueno. Conmigo empieza a funcionar. Aunque con lo del café me acabas de dejar como una tonta.

No sé si Adam habrá notado el tono de broma que le pretendía dar.

—Te aseguro que no era mi intención —dice apurado acercándose a la mesa—. Sé que a veces puedo ser un poco cargante pero lo hago sin darme cuenta. Si algo te molesta solo dímelo.

—Ahora soy yo la que te tomaba el pelo. —Él se reclina en su silla—. Pero ahora que lo dices sí que me molesta algo.

—¿Sí? —Vuelve a aproximarse.

—Me molesta enormemente que... que —intento pensar en algo que me moleste de él. Pero a excepción de mis infundadas reticencias iniciales no encuentro nada—... me molesta que parezcas tan encantador —digo al fin—. Pareces llevarte bien con todo el mundo: Cynthia, London, mi jefe, mis clientes, Doris, tu equipo de fútbol, Lisa y un largo etcétera. Seguro que detrás de esa fachada de chico bueno se esconde un psicópata.

—Vaya, me has pillado. No debería haberme apuntado al programa de intercambio para psicópatas avanzados. Debería haberme negado en la última reunión cuando nuestro líder psicópata dijo: hay una plaza para Louisiana. ¿Alguien quiere apuntarse y *psicopatear* un poco en otro estado? El programa incluye alojamiento, entorno *psicopático* y anfitriona ingenua tipo película de miedo mala. No sé cómo me has descubierto. ¿Qué me ha delatado?

De la risa dejo escapar un chorro de café de mi boca.

—Está bien, *psicoadam* —digo cuando recupero el aliento.

—Te gusta ponerle mote a la gente, ¿eh?

—Me encanta.

—Pues tienes que saber que ese mote tiene una fecha de caducidad de un par de días.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No es lo suficientemente bueno. Tendré que pensar yo uno para ti.

—Como quieras. ¿Entonces, qué *psicoadam*, qué plan tienes para hoy? ¿Hay algo programado?

—Pues hoy tenemos un amistoso contra vuestra universidad rival.

—Entonces yo me dedicaré a mis cosas.

—¿Sabes que el programa incluye que asistas a mis partidos?

—¿En serio?

—En serio.

—¿Cómo sé que no estás engañando a esta ingenua chica? Al final voy a tener que estudiarme el programa.

—Te aseguro que es verdad.

—Está bien, asistiré al partido —cedo no muy contenta por tener que presenciar mi primer partido de fútbol—. Pero no esperes que lleve pompones ni nada parecido.

—Será suficiente con que vengas.

Mis compañeros de piso han accedido a acompañarme. Nos sentamos en la parte central superior de las gradas que, para mi sorpresa, están casi llenas. No me esperaba que un partido de fútbol pudiera reunir tanta multitud. Hemos tenido que pedir paso decenas de veces para poder llegar hasta nuestros asientos. En las gradas innumerables banderines son agitados de forma enfervorizada tiñendo las gradas de colores rojos y negros. El bullicio que existe es ensordecedor.

—No sabía que habría tanta gente —digo alzando la voz.

—¿Qué? —pregunta London.

—Digo que hay mucha gente —repito.

—Eso es porque se trata del derbi —aclara London casi teniendo que chillarme en el oído para hacerse oír.

De repente los jugadores ocupan sus puestos y el fervor de los banderines cesa lo suficiente para que pueda escuchar a mi amigo.

—¿Qué es un derbi? —pregunto.

—Veo que sabes tanto de fútbol como yo de las costumbres de apareamiento de la gacela africana.

—Y como yo —añade Cynthia.

London resopla.

—Un derbi es un enfrentamiento entre dos equipos de la misma ciudad. Hoy juegan contra los *Dark Bears*.

—Ah vale. ¿Y cómo se llama nuestro equipo?

—¿Hablas en serio?

Yo me encojo de hombros.

—Nunca me he interesado —me defiendo—. ¿Tiene algo que ver con *Tigers*, no? Eso es lo que llevan bordado todos los del equipo en sus ridículas chaquetas.

—Bueno. Algo es algo. Nuestro equipo son los *Red Tigers*.

—Creía que la erre era de retrasados.

—O de *re-tigres*. Es decir tigres al cuadrado. —Cynthia me golpea con el codo buscando un gesto cómplice que no obtiene. London la mira celoso.

—Tranquilo cariño: tú eres un *penta-tigre*.

London sonrío a todas luces contento con el cumplido.

—Creo que ya empieza —adviento.

En ese preciso instante el árbitro hace la pitada inicial y un jugador de los *Tigers* golpea el balón.

De nuevo identifico a Adam con facilidad. Está en el centro de la defensa local. Supongo que está... pues eso, defendiendo. Pasan al menos cinco minutos hasta que lo veo tocar un balón. Inicia una carrera y hacen falta tres jugadores del equipo contrario para detenerle.

Los minutos transcurren sin mucha emoción. El juego se desarrolla principalmente en la zona central sin que ninguno de los dos equipos varíe el marcador. Se puede observar que el ambiente general del estadio ha decaído y ya no hay apenas muestras de la euforia inicial.

—Cuando ocurra algo interesante, avisadme —proclamo. Luego saco una libreta de mi mochila y me pongo a retratar el ambiente del estadio.

Acabo mi tercer dibujo. Esto me parece cada vez más aburrido. ¿Cómo le puede gustar tanto a la gente? Según London ya estamos en el tercer cuarto y el resultado sigue siendo de cero a cero. Parece que ambos equipos temen defraudar a su afición y se dedican únicamente a evitar los tantos del oponente. En mi opinión Adam no ha hecho nada destacable, pero London no para de repetir que está haciendo un partidazo; que ha detenido él solo varias veces el ataque del contrario y que ha conseguido *nosecuantas* yardas.

En el descanso precedente al último cuarto vuelve a aparecer el equipo de animadoras local con Lisa a la cabeza. Las veo interpretar por tercera vez su estúpida coreografía al ritmo de una famosa canción pop en la que Lisa es la estrella principal. ¿Cómo no? Su actuación destila la soberbia que la caracteriza. La gente rompe en aplausos cuando la música cesa y de nuevo vuelven a escucharse gritos de apoyo de los dos bandos.

Arranca el último cuarto y London nos informa que el entrenador ha cambiado de posición a Adam: ahora ocupa una más avanzada. El tiempo pasa tan rápido como una maratón de tortugas con sobrepeso. El marcador sigue sin moverse. London nos avisa de varias jugadas notorias de Adam. Lo dice de tal manera que consigue captar mi atención. Sin darme cuenta dejo mi pintura y presto atención.

A falta de dos minutos los *Bears* anotan un gol de campo adelantándose en el marcador por cero a tres. Los banderines de color negro se vuelven locos.

—¡Joder! —maldice London—. Otro año que vamos a perder contra los *Bears*.

—Me encanta cuando sacas esa vena tuya varonil amante de los deportes de contacto —dice Cynthia, pero London la ignora concentrándose en el juego—. También me encanta cuando se hace el interesante —me dice esta vez a mí.

Apenas queda un minuto cuando el balón está en posesión de nuestro equipo. Me fijo como Adam emprende una carrera por la banda. Clint, nuestro *querido quarterback*, creo que London lo ha llamado así, se da cuenta y le lanza un pase largo. Adam lo recibe sin complicaciones y acelera su esprint. Sorte a un rival, al siguiente lo desvía con la mano; se encuentra cerca de la línea de anotación y solo queda un rival capaz de detenerlo que se acerca en diagonal; el oponente se lanza en plancha tratando de placarlo, pero Adam pega un salto y el contrincante pasa volando por debajo de él. Luego sin más dilación anota un *touchdown*. —Al final me haré experta en este deporte.

—¡SÍ! —London me coge de los mofletes y me planta un beso en todos los labios. Luego hace lo mismo con Cynthia. Después se pone a dar saltos acompasados con otros aficionados de nuestro equipo.

Sin tiempo para más, el árbitro pita el final del partido con el resultado de seis a tres. Si no he entendido mal, Adam nos ha dado la victoria. Mi interpretación se confirma cuando veo a Lisa colgarse de los hombros de Adam justo antes de que fuera manteado por el resto del equipo.

La euforia de la victoria perdura incluso cuando la megafonía da por finalizado el encuentro e invita a todos a asistir al siguiente enfrentamiento. Pero allí los únicos que empiezan a abandonar el estadio son los aficionados de los *Bears*. Los seguidores locales lo celebran como si hubieran ganado la liga. Y eso que solo era un partido amistoso.

Uno a uno los jugadores se meten en el túnel del vestuario, excepto Adam que se queda hablando en privado con un hombre desconocido. Adam parece bastante serio. Lo veo asentir en varias ocasiones pero no se me ocurre de qué pueden estar hablando.

Aunque me he aburrido al principio, he acabado disfrutando. Otro de mis prejuicios que acaba destrozado. Empieza a molestarme el hecho de descubrir que disfruto con nuevas experiencias, sobretodo porque ver un partido de fútbol estaba en las antípodas de mis preferencias. Espero no tener que

reconsiderar todas mis opiniones.

Sea como sea, he cumplido otro punto más del programa. Adam puede estar contento.

Los viernes, por regla general, son días de intenso trabajo en el bar. A pesar de que Adam ya ha cumplido esa parte del programa decide acompañarme. Le insisto hasta la extenuación para que no lo haga, pero todo lo que tiene de grande lo tiene de terco. Argumenta que lo pasó en grande con Jerry y los demás y que estaba deseando volver. Al final he tenido que claudicar incapaz de hacerle cambiar de opinión. Solo espero que esto no se convierta en costumbre durante el resto de su estancia.

Cuando entro en el bar me extraño de que todo esté tan tranquilo. Jerry no está nada contento. Culpa de la escasez de clientes a su elección de la banda que toca esta noche. Los conozco, no es que sean malos, pero su música tiene fama de ser lenta y relajante. Todo lo contrario a lo que la gente busca un viernes por la noche. Esta vez no ha servido la inercia de actuaciones pasadas. Se puede percibir en la expresión de Jerry y en la manera de retorcerse los bigotes que esta vez no se hará ni media caja.

Como no hay necesidad de la ayuda de Adam, este se sienta en la barra junto a Thomas. El anciano nunca falla, pero claro, a él nunca le ha importado la música que suene. El aguardiente, el taburete y sus camaradas de barra son sus únicos reclamos.

Mientras atiendo a mis escasas obligaciones distingo cómo Thomas regala lecciones vitales a Adam: «El secreto de una vida larga es un trago de aguardiente todos los días»; «Las mujeres tienen que tener carácter porque si no uno se echa a perder»; «Descubre dónde está el límite de la paciencia de tu esposa y acarícialo, pero nunca lo sobrepases». Adam asiente divertido ante cada una de ellas y los consejos prosiguen durante toda la noche. Solo los detiene al final, cuando su mujer le reclama desde la puerta. Thomas se marcha sin rechistar, pero no sin antes dedicarle unas últimas palabras a Adam: «Recuerda, nunca lo sobrepases». La mujer de Thomas tiene un don innato para saber cuándo dar por finalizada la noche. Así que los últimos clientes no tardan en emprender el mismo camino que el anciano, dejándonos solos a los tres.

—No ha sido una buena noche ¿eh, jefe? —comento.

—No. Pero, en fin, no siempre se va a llenar el local. En cuanto pueda vuelvo a traer a la banda del otro día.

—Son una apuesta segura.

—Eso esperemos, porque para traer a grupos como los de hoy mejor hubiera sido que tocaras tú. Peor resultado no hubiera sido.

—Jefe... —respondo con tono cansado esperando que no continúe por ese camino.

Adam me mira sorprendido en actitud interrogativa.

—Ya, ya. Tú no tocas en público. Ya lo sé. Bueno. Mi mujer me ha llamado. Mi hija está con fiebre y tengo que pasar por la farmacia. ¿Os importaría cerrar a vosotros?

Ha arrojado la pregunta de forma retórica. Da por hecho que no pondré ninguna pega y se pone a recoger la exigua recaudación sin esperar mi contestación.

—¿Me puedo fiar de dejaros aquí solos?

—Sí, tranquilo. Hace tiempo que ya no organizo timbas clandestinas de póker con los gánsteres de la ciudad —respondo mordaz.

—Puede ser una buena idea para aumentar los ingresos. —Pone cara de estar valorándolo en serio—. Bueno. Aquí os dejo. Acuérdate de limpiar las neveras. Y tú, Adam: vigila que haga su trabajo. Tened cuidado.

—No te preocupes. La vigilaré de cerca —responde Adam dirigiéndome una mirada que no logro etiquetar.

Mi jefe se marcha dejando sumido el local en un íntimo e incómodo silencio. Son cerca de las cuatro de la madrugada: no entran ruidos provenientes de los coches del exterior, no se oyen voces de transeúntes ni de clientes. Tan solo el leve tintineo de las copas al ser recogidas.

—¿Qué instrumento tocas?

La pregunta me pilla desprevenida y me sobresalto un poco. Maldito Jerry.

—Hace tiempo que no toco nada.

—Eso no responde a mi pregunta.

—El piano —contesto después de pensarlo un poco.

—¡Genial! ¿Me enseñas como lo haces?

—Ni hablar.

—Vamos. Ahí mismo hay uno. Estamos solos. Si tocas muy mal prometo no contárselo a nadie.

—No toco mal. Pero no voy a hacerlo para ti. —¿Qué interés tiene la gente por escucharme tocar?

—Figura en el programa.

—¿El qué?

—Que la anfitriona debe agasajar con todas sus armas a su huésped.

Le lanzo una mirada reprobatoria y él desiste.

—Está bien. Si tú no lo haces para mí, entonces tendré que ser yo el que lo haga para ti.

—¿Vas a tocar el piano?

—¿Yo? Que va. No he tocado uno en mi vida. Pero si sé cómo tocar eso —responde señalando una guitarra eléctrica que está apoyada en la pared del fondo del escenario. Se dirige hacia allí, la recoge y luego se sienta en el banco del piano. Empieza a calibrarla. Yo lo observo en silencio intrigada. Cuando parece satisfecho levanta la cabeza, me guiña un ojo y empieza a rasgarla.

—Siéntete libre de unirte si te apetece.

—No tengas tanta fe. ¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Hacemos un trato?

—¿Cuál?

—Si logro emocionarte te unes a mí.

—¿Emocionarme tú? Te advierto que por este local han pasado muy buenas bandas. Y no muchas me han convencido.

—Entonces no tienes problema en aceptar mi propuesta.

—¿Y si no lo logras? ¿Qué gano yo?

—Te ayudo a recoger lo que queda —responde después de pensarlo un momento sin dejar de acariciar las cuerdas.

—Estoy segura de que eso lo ibas a hacer de todas maneras.

—Entonces recogeré yo solo.

Su proposición me tienta ¡y solo tengo que permanecer impasible cuando toque!

—Está bien. Tú lo has querido.

Me cruzo de brazos y me siento en una silla cercana al piano.

Sonríe con autosuficiencia y acto seguido comienza a deslizar los dedos por las cuerdas. Se vierte un sonido suave. El eco de sus notas acaricia el silencio. El sonido se convierte gradualmente en una melodía delicada, melancólica; parecida a la que pudiera tener la banda sonora de una película dramática en su momento álgido. He de reconocer que toca muy bien. Mejor de lo que hubiera esperado. Para mi sorpresa su talento con el instrumento no es el único: empieza a acompañar el sonido armónico de la guitarra con su propia voz. Logra que se me erice el vello del cuerpo. Me quedo estupefacta: nunca imaginé que una voz tan bonita y cargada de sentimiento pudiera surgir de alguien con el aspecto de Adam. Me siento hipnotizada por el momento y me dejo envolver por la escena. Ahora, junto con la letra, reconozco la canción: es un tema conocido que trata sobre echar de menos a alguien. Destila sentimiento en cada nota, en cada palabra. Es evidente que siente cada latido de la canción. Tengo la impresión de estar presenciando algo muy íntimo. Este momento esconde más de lo que acierto a comprender. Mis ojos no pueden despegarse de la gran y a la par frágil figura que se sienta junto al piano. Como hipnotizada y con un sentimiento parecido al de querer abrazar a alguien que está *rebosante* de tristeza, me levanto, recorro los metros que me separan del piano y me siento junto a él. Cierro los ojos y sin siquiera pensarlo, empiezo a tocar acompasando las teclas a su ritmo. Él se vuelve hacia mí sin dejar de tocar y me regala media sonrisa. Su brazo roza el mío cuando lo sube hasta arriba del puente de la guitarra. Sigue cantando, está tan cerca que siento su aliento cálido sobre mí. Fallo una nota, pero no dejo que eso estropee el instante. Continuamos tocando juntos hasta que finaliza la canción. Luego el recinto vuelve a quedar en silencio con el único

sonido de nuestros latidos sostenidos en el ambiente. Ninguno de los dos pronuncia palabra, quizás por no estropear la intimidad de este momento mágico. Enfrentamos nuestras miradas. Adam tiene los ojos relucientes y una expresión cansada en el rostro. Mis ojos se posan, sin querer, sobre sus labios; apenas a cuarenta centímetros de los míos. Trago saliva.

De repente el crujido de la puerta nos saca del ensimismamiento y ambos nos volvemos hacia la entrada.

—¿No veis que está cerrado? —anuncio molesta.

La voz se me congela en la garganta al reconocer a la persona que entra en el local desoyendo mis advertencias. Se trata de naranjito. Detrás de él aparecen dos tipos más: el primero es un negro con camiseta de tirantes y pantalones anchos; el segundo es un hombre rapado con tatuajes que le sobresalen por el cuello y los brazos. Son grandes, casi tanto como Adam. Este se levanta en el acto desplazando la bancada al hacerlo.

—Está cerrado —repite con una voz ruda que nada tiene que ver a la empleada hace unos momentos. La sensibilidad que me ha dejado ver se ha desvanecido en cuestión de un segundo.

—Vaya, vaya. ¡Qué sorpresa! Os buscaba a los dos pero encontraros solos es... ¡Joder! Es un jodido regalo del cielo.

—¿Ese es el tío del que nos hablaste? —pregunta el negro.

—¿Cuántos más encajarían con la descripción que te di?

—La chica no está nada mal. Alguien tendrá que consolarla luego —dice el último con una expresión perversa.

Me pego a Adam asustada. Él me aprieta contra sí con fuerza.

—No os lo repetiré. Iros de aquí ahora mismo o...

—¿O qué? —interrumpe naranjito—. Te dije que no iba a quedar así. Podrás comprobar que soy un hombre de palabra.

Hace un gesto de asentimiento hacia el tipo negro y este saca un bate de béisbol. Se aproxima a la barra y golpea contra los vasos que aún quedaban encima.

Yo deajo escapar un grito de puro miedo. Llevo mis manos al bolsillo buscando mi móvil, pero está junto con el resto de mis cosas en el almacén. Grito reclamando auxilio con todas mis fuerzas.

Naranjito se apresura a cerrar las puertas del local.

—Es una suerte que este tipo de locales estén insonorizados. ¿A que sí?

—Nadie puede oíros —añade el del bate.

—¿No se oye nada de nada afuera? —pregunta el tatuado.

—¿A qué es una maravilla? —responde naranjito. Ya os dije que había encontrado un local de calidad.

—¡Joder lo que me voy a divertir! —Al tipo se le ilumina la cara con una expresión lujuriosa y desencajada. Estoy a punto de llorar.

—Vosotros haced lo que queráis —responde el del bate—. Yo voy a buscar la pasta. ¿Dónde la esconden Ryan?

—¡No digas mi nombre gilipollas! —reprende naranjito.

Aprovechando la pequeña distracción Adam agarra un botellín de cerveza y lo lanza. Impacta de pleno en la cara del tipo tatuado volviéndole la cabeza hacia atrás y dejándolo inconsciente en el acto.

—¡Maldito hijo de puta! —grita Ryan después de un instante de confusión.

El tipo del bate se separa de la barra y empieza a andar en nuestra dirección. En lugar de esperarlo, Adam me echa a un lado y también se adelanta. Lo veo coger un vaso vacío y prepararse como un *quarterback*. Cuando el otro está cerca se lo lanza. Este, prevenido, se cubre y el vaso rebota en la madera y cae al suelo. Pero la intención de Adam no era tumbarlo si no simplemente distraerlo lo suficiente para poder embestirlo. Lo hace igual que pudiera hacerlo durante un partido y ambos ruedan por el suelo en medio de una maraña de brazos, piernas y gruñidos. Mientras lo hacen el bate sale despedido hacia una pared de la sala.

Después de varias vueltas Adam queda reclinado encima de su oponente. Logra soltar uno de sus brazos con la ayuda de su rodilla y comienza a golpearlo en la cara sin clemencia. Con cada golpe la resistencia de su oponente mengua hasta que desaparece por completo.

Naranjito estampa una silla en la espalda de Adam que hace que grite de dolor y caiga hacia un lado.

—Te voy a matar —amenaza Ryan desquiciado.

El mobiliario del local dificulta que siga golpeándolo. Adam aprovecha que su adversario tiene que rodear una mesa para ponerse en pie. Estando los dos ahora cara a cara, la disputa parece inclinarse a favor de Adam; detiene el embate de la silla con una mano, la aparta a un lado y luego le propina un cabezazo.

Él queda medio aturdido antes de clavar su mirada furiosa inyectada en sangre. Adam se cierne sobre él como un gigante vengativo y le asesta un puñetazo finalizando la pelea.

Corro hacia él y lo abrazo estallando en lágrimas de puro desahogo.

Adam jadea de cansancio y yo sollozo sin poder contenerme hundida en su pecho.

—¿Estás bien? —le pregunto con voz entrecortada.

—¿Y tú?

—Yo sí. Pero si no llegas a estar aquí... —no puedo continuar.

—Entonces yo estoy bien —responde.

CAPÍTULO 7

Si la cafetería de la facultad de económicas es donde se sirve el mejor café de la universidad, en *Susie's* sirven el mejor de la ciudad. Está escondido al final de un estrecho y poco transitado callejón del centro, justo debajo de un título en neón que no recuerdo haber visto encendido nunca. Al estar situado en un lugar tan poco accesible no goza de mucha clientela; pero la que tiene es fija. Todo aquel que prueba sus desayunos, sin excepción, acaba volviendo. Los que conocemos su existencia no solemos compartirla con gente ajena. Guardamos nuestro hallazgo igual que un pescador reservaría para sí un buen lugar de pesca. No queremos que el local se llene de la típica fauna mañanera: policías adormilados, jóvenes que vuelven a casa después de una noche de borrachera, trabajadores con prisas a punto de empezar su turno,... No. *Susie's* es un templo para los adoradores del café y la bollería artesana. El que desayuna aquí tiene que saber disfrutar de ello. Por eso, el hermetismo, aunque no es una norma escrita, es necesario para conservar su esencia. A simple vista podría parecer que esto no beneficia a *Susie*, la dueña y única trabajadora; pero como ella ha dicho en múltiples ocasiones: «prefiero tener pocos clientes bien atendidos que muchos sin atender».

Descubrí el sitio por casualidad una mañana que buscaba lugares pintorescos para plasmar en mis pinturas. Desde entonces mis compañeros de piso y yo venimos aquí cada sábado. Ya forma parte de nuestra rutina y más que un desayuno, es una recompensa a una dura semana de estudios.

He esperado a llegar aquí para contar a mis compañeros todo lo sucedido anoche. Cuando llegamos ya era tarde y yo estaba demasiado asustada para pensar en algo que no fuera acurrucarme en mi cama. Nos acompaña Adam. Se ha ganado de sobra el derecho de conocer la existencia de *Susie's*. Si antes me inquietaba la idea de compartir tiempo con él, ahora no quiero que se aleje de mí. Por lo menos hasta que desaparezca está sensación de vulnerabilidad que me embarga.

Después de que *Susie* nos sirva los desayunos en medio de un amigable interrogatorio a Adam, les narro con pelos y señales a mis compañeros todo lo sucedido. Ellos no me interrumpen durante todo mi discurso. Se limitan a

dirigirnos miradas asombradas a Adam y a mí. Cuando hago una pausa durante el tramo final de mi relato Cynthia se levanta y me abraza. Tarda un buen rato en soltarme y volver a su asiento.

—¡Joder, Adam! —dice London—. Me cuesta creer que tumaras tú solo a tres hombres.

—Solo fue suerte —le resta importancia.

—¿Suerte? Nadie hace algo así *por suerte*. Me tienes que mostrar cómo lo hiciste.

—Está bien. Si me acompañas al entrenamiento el próximo día te enseño a hacerlo —bromea.

—Eso no será necesario —interrumpe Cynthia—. No sea que la próxima vez que haga *topless* acabe dejando inconsciente a toda la playa.

—No lo veo —digo.

—Es que es impresionante —continúa London—, el mismo día que nos consigues la victoria en el derbi acabas machacando a tres delincuentes violentos. ¿Eres real? ¿No serás un robot venido del futuro para dejarnos asombrados? —Acompaña la última pregunta con cara de expectación.

—Me temo que solo soy un chico normal de carne y hueso —contesta sonriendo—. Eso sí, de mucha carne y de mucho hueso.

London parece decepcionado pero luego asiente.

—¿Y qué ha sido de los tipos esos? —retoma.

—Se los llevó la policía —respondo—. Uno de los agentes me dijo que los tres tenían antecedentes. Uno de ellos con cargos bastante graves. Me prometió que no los volvería a ver en una larga temporada. —Emito un suspiro.— Espero no verlos nunca.

—¿Y qué ha dicho Jerry? —pregunta Cynthia.

—Cuando se enteró acudió enseguida. Ni siquiera se preocupó por el estado del local o por si habían robado algo. Solo quería asegurarse de que estábamos bien. Me ha prometido que a partir de ahora va a contratar seguridad para la entrada. Le dije que no era necesario, pero no quiso escucharme.

—Ese hombre te tiene mucho cariño —añade Adam.

—Es como un segundo padre para mí.

—Bueno. Ha sido una experiencia trágica, pero hay que pasar página —ataja Cynthia. A ella nunca le ha gustado profundizar sobre temas demasiado serios o traumáticos—. ¿Qué planes tenéis para el fin de semana? Hay muchas actividades que podríamos realizar.

—Habíamos pensado aprovechar este fin de semana para avanzar con el programa. Aún tenemos que cumplir algunos puntos del programa.

—¿Quieres decir solo vosotros dos?

—No. —Dirijo una mirada ruborizada a Adam—. Es decir, os podéis venir si queréis.

—¿En qué habéis pensado?

—Pues como ya es hora de tomarse el programa en serio: lo he traído conmigo. Son casi diez folios.

—Yo conozco las partes que nos importan —agrega Adam. —Se lo paso y al hacerlo su mano roza levemente la mía.— Veamos. Los primeros folios describen el propósito del programa que según pone aquí no es otro que el de *fomentar el intercambio cultural entre estudiantes de distintos estados*. Pero solo para aquellos estudiantes que destacan en alguna disciplina deportiva.

—Entonces, ¿tú solo participas en el programa por ser un buen jugador de fútbol? —pregunta London.

—Sí. En realidad el verdadero propósito del programa es el de evaluar cómo nos desenvolvemos en un ambiente externo. Si el resultado es positivo puede que nos ofrezcan alguna beca. Este tipo de programas lo siguen entrenadores de todo el país.

—Pues si te vieron en el último partido deben estar escribiendo tu nombre con mayúsculas en sus cuadernos —dice London.

—Pues... no pinta mal la cosa. Resulta que un entrenador de California está aquí también y ayer habló conmigo después del partido. Me dijo que siga así. Se está planteando seriamente otorgarme una beca deportiva total.

Se queda callado y cae presa de sus ensoñaciones.

—¿Qué más dice el programa? —dice Cynthia.

—¡Ah sí! Veamos: los siguientes folios describen los beneficios de seguir el programa para ambos. Para los anfitriones: la recepción de créditos universitarios; para los alumnos de intercambio la posibilidad de experimentar... *bla bla bla*. Palabrería inútil. Aquí están los apartados que nos interesan. *Obligaciones del alumno anfitrión: Es requisito del alumno anfitrión disponer de residencia propia que pueda servir de alojamiento temporal al alumno de intercambio.*

—Eso lo he cumplido. Duermes en mi casa.

—Sí. Un objetivo menos. Sigo leyendo. *Es deber del alumno local proporcionar guía y asesoramiento en los primeros días de estancia con el fin de facilitar la integración del alumno de intercambio en el nuevo ambiente universitario.*

Miro hacia otro lado y empiezo a silbar.

—Nosotros ayudamos en esa parte —dice Cynthia.

—Bueno. De una u otra manera me siento integrado. Lo siguiente: *deberá acompañar en las visitas culturales que figuran en la sección referida.* Luego las describe. Así que después hablamos de ellas.

Asiento.

—Este apartado es bueno: *con el fin de que el alumno de intercambio conozca de primera mano los valores familiares de nuestra sociedad y sea partícipe de un ambiente profesional responsable, el anfitrión se debe comprometer a dar a conocer a su huésped dichos entornos.*

—O sea, llevarte a mi trabajo y con mi familia.

—Ahora solo queda lo segundo.

Aunque ahora me sienta más cómoda con Adam aún sigo siendo reacia a llevarlo con mi familia. Pero si no me queda más remedio lo haré. No he llevado a ningún chico en años. Y no porque no me hayan insistido. Sobre todo mi abuela que está deseando que le presente a mi futura pareja. No me gustaría que se llevara un desengaño cuando le explique que Adam es solo un amigo de un programa de intercambio. Ella me diría algo así como que parece un buen chico y que es muy guapo y me preguntaría qué más puedo

desear. Y yo no sabría qué responderle. Pero por muy buen chico que sea y por muy adecuado que parezca, lo único cierto es que su paso por aquí es temporal y no merece la pena ni planteárselo. Si viviera en la ciudad, ¿quién sabe? Me sorprende a mí misma por no descartar rotundamente esta posibilidad.

—¿Alguna obligación más por mi parte? —pregunto intentando deshacerme de esos pensamientos.

—Habla de que tienes que mostrar interés por mi plan educativo y deportivo. Al menos asististe al partido.

—También te he visto entrenar... Desde la valla... Un minuto.

—Todo cuenta.

—Entonces solo queda lo de mi familia. Y eso ya lo iremos viendo. ¿Qué hay de ti? ¿Qué obligaciones tienes?

London coge un folio y simula estar leyendo.

—Aquí pone que el alumno de intercambio debe garantizar la victoria del equipo local en el derbi de la ciudad y que debe derribar a tres matones.

—Y que debe asegurarse de mantener el atractivo durante lo que dure el programa —añade Cynthia.

—Al final vas a lograr que me ponga celoso cariño. No me gustaría que Adam tuviera que tumbarme a mí también. Solo le piden tres matones en el programa.

Adam se ríe con ganas.

—Esa parte es la más sencilla. La tengo más que aprendida. Debo respetar las normas de residencia de mi anfitrión; asistir a clases; cumplir mi plan de entrenamientos y partidos y realizar todas las actividades del programa.

—Eso de respetar las normas de residencia, ¿significa que tienes que cumplir las órdenes de tu anfitriona? —pregunta Cynthia.

—Supongo.

—Yulia ¿por qué no le pides que...

—¡CYNTHIA! —le interrumpe London.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Me lo puedo imaginar.

—Cuidado con darle ideas. Me vería obligado a tener que cumplirlas — dice Adam con tono picante mientras me mira. Se me encienden las mejillas de rubor. Visualizo fugazmente la idea de mí misma ordenando a Adam que me arroje sobre la cama y me haga suya. ¿Qué es lo que me pasa? Desde anoche siento que mis reticencias hacia él han caído por su propio peso. Ha logrado traspasar la barrera protectora que me separaba del resto del mundo y a la que pocas personas tienen acceso. Lo miro mientras sonrío a Susie. Lo que hace dos días me hubiera parecido una sonrisa falsa y embaucadora ahora se me antoja dulce y cálida. Deseo verlo sonreír más a menudo.

—¿Qué hay que visitar? —Espero que no se aprecie el repentino cambio de tema.

Adam desliza varias hojas hasta que encuentra la que busca.

—Aquí está. *Visitas obligatorias incluidas en el programa; museo de arte moderno, cumplido; principales atractivos turísticos de la ciudad entre los que se incluyen el barrio colonial; el lago...* varios monumentos conocidos.

—Ahí tenemos nuestro plan del fin de semana: visitar la ciudad. ¿Qué me decís? ¿Os apuntáis?

Cynthia nos mira a Adam y a mí de manera suspicaz. Se le puede ver en la cara que trama algo.

—Menudo plan más aburrido. Se me ocurre uno mejor. London y yo aprovechamos que tenemos la casa para nosotros solos para echar polvos por todos los rincones.

—¡La cuenta! —grita London.

Llevamos ya unas cuatro horas visitando la ciudad. Ahora nos encontramos en medio del barrio colonial. Recorremos con paso lento sus callejones. Las casas conservan la esencia de la época y se puede apreciar la influencia española. En las fachadas predominan los colores blancos y amarillos que contrastan con las gruesas vigas de madera que soportan tejados de láminas oscuras. Sus calles estrechas están flanqueadas por todo

tipo de plantas coloridas que cuelgan de los balcones voladizos. Las buganvillas se enredan por las paredes y se entrelazan con otras provenientes de las paredes opuestas para formar arcos exóticos que sirven para protegernos del aún ardiente sol. Los jazmines crecen floridos impregnando todo con su olor dulzón. Me gustaría volver a olerlos al anochecer cuando sus aromas sean más intensos.

Ya hemos visitado varias esculturas que venían en el programa: figuras de piedra gris que retratan a personajes ilustres de los que pocos saben su nombre; y hemos caminado por los parques para ver los sauces llorones: inmensos árboles de ramas gruesas que crecen lindando con los estanques. Y entre tanta visita hicimos una pausa para tomarnos unos helados en un puesto ambulante.

Desde que comenzamos la visita no dejamos de hablar. Adam se mostró interesado por todo cuanto vimos. Preguntó a menudo y observó con detenimiento todo lo que le pareció importante. Tenía la preocupación de que empezáramos incómodos, como en el museo, pero por suerte no ha sido así. Me encuentro a gusto y Adam hace que pasar tiempo con él sea fácil: es extrovertido y tiene un don innato para resultar cercano. Según lo voy conociendo, según voy tratando con él, me resulta más simpático y encantador. Sabe cómo sacarme una sonrisa con cada frase. Supongo que estoy descubriendo lo que todos ya han sabido ver antes que yo. Me fascina la manera que tiene de conseguir que su personalidad eclipse a su físico. Y eso no es nada fácil en su caso. Y no lo digo solo por su estatura.

—¡Un caimán! —dice señalando un canal cercano—. Te juro que he visto un caimán lanzarse al agua ahora mismo.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Era un jodido caimán. Cerca de donde vive la gente.

Tiene una expresión graciosa, como un niño que acaba de descubrir a Papá Noel borracho junto al árbol de Navidad. Me río antes de contestar.

—Estamos en Louisiana Adam. Aquí hay caimanes por todas partes. Pero si te sientes más tranquilo solo verás pequeños. Los grandes se los llevan a reservas naturales. Es más probable que tú te comas a uno de un bocado que al revés. Pensándolo bien eso ha debido pensar el bicho antes de arrojarlo al agua.

—Eso es porque no sabe que sería incapaz de hacer daño a cualquier ser viviente. —Hace una pausa reflexiva. Mientras, yo decido que es una bonita filosofía de vida y un detalle que me gusta en un chico—. A menos que se trate de matones de bar. O de jugadores del equipo rival. O de tipos disfrazados de ardillas gigantes.

—¿Ardillas gigantes?

—Sí. Es una larga historia. Ya te lo contaré.

—Tenemos tiempo.

—Otro día mejor. No quiero que pienses que soy un tipo al que le gustan los problemas. Ya tuviste bastante con verme anoche. Créeme, Yulia, yo soy todo lo contrario. No me gusta la violencia. Pero si es necesario la emplearé para defender lo que es importante para mí.

¿Ha dicho que soy importante para él?

Al cabo de unos segundos en los que yo no sé qué decir, él continúa hablando.

—Pues me he llevado un buen susto. En California no tenemos bichos de esos pululando por las calles. Como mucho: gaviotas molestas.

—Será mejor que continuemos con la visitas. Aún nos quedan muchas cosas por ver antes de que anochezca.

—¿Qué pasará entonces? ¿Te convertirás en calabaza?

—No. En caimán. Soy una mujer caimán que se transforma las noches de luna llena.

—Eso quiere decir que me comerás de un bocado.

Capto enseguida el doble sentido de sus palabras y me ruborizo de nuevo sin saber que contestar. No sé porque me pasa esto con él. Me siento como una colegiala tímida. ¿Será porque hace tiempo que no tengo conversaciones con un chico de mi edad que no sea London?

—Las visitas —acierto a sugerir.

Noto como Adam sonríe. Es evidente que disfruta viendo mis reacciones a sus comentarios. No quiero que esto se convierta en nuestra tónica habitual. Tengo que reaccionar mejor. Aunque sea a destiempo.

—No te podría comer. No porque no estés para hacerlo. Tus ropas se me indigestarían.

¡¿Qué he dicho?!

—¿Así que me comerías desnudo?

Otro rubor más. Me quedo en blanco.

¡¿Qué diablos me pasa?!

—Espera aquí —me dice evitándome responder. Se larga por el callejón que hemos dejado atrás.

Tarda como unos quince minutos en volver que yo empleo en recomponerme y pensar en posibles respuestas para futuros comentarios. Cuando aparece, lo hace llevando una bicicleta en cada mano. Una rosa de paseo con borlas en los manillares y una de color negro.

—No quedaban otras —anuncia mientras me tiende la rosa.

—¿Y esto?

—Así llegaremos a los sitios antes. Puede que sea deportista pero tanta caminata empieza a pesar.

Estoy segura de que no es cierto y que lo hace por mí. Durante los paseos me he quejado varias veces de lo lejos que está todo. Espero no haber dado la impresión de estar deseando irme.

—No hacía falta —respondo.

—Vamos. Será divertido.

—¿Por qué es para mí la rosa?

—¿No te gusta? Tenían otra rosa con cestilla y ruedines.

Se me ocurre una manera de devolverle el mal momento que me ha hecho pasar.

—No mucho. Prefiero la negra.

—Pero...

—Recuerda que debes cumplir mis normas.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. No le pasará nada a tu imagen de tipo duro.

—Si es lo que quieres...

Se coloca junto a la bicicleta rosa y con una lentitud deliberada y exagerada, sin duda esperando que lo detenga, empieza a montarse. Sus ojos no se despegan de mí y pone tal cara de lástima que tengo que ceder.

—Está bien. Toma la negra.

Él se alegra. Sabe explotar su personalidad para conseguir lo que quiere. Eso y que yo no he podido resistirme a un tío de dos metros con la cara de un gatito que implora paté.

Me subo yo primero en la rosa y emprendo la marcha. Adam se lía regulando la altura del sillín de la suya que estaba muy baja para su altura. Cuando llevamos un minuto, el sillín se le desliza hasta abajo del todo. Lo sube de nuevo, aprieta más las fijaciones y vuelve a montar. Apenas recorre diez metros cuando vuelve a caer. No hay manera de fijarlo en su sitio y Adam lo intenta de esta manera. Está muy cómico intentando pedalear con las rodillas pegadas al pecho. Cuando acabo de reírme le propongo cambiar de bicicleta, pero niega con rotundidad. Al cabo de varios minutos de engorroso pedaleo se da por vencido y acepta el cambio. No sé qué era más cómico: ver a un tipo como él encogido en una bicicleta o verlo pedalear sin problemas sobre una bicicleta rosa con flecos. El resto de la visita Adam ya no se muestra tan hablador, pero yo lo encuentro el más gracioso del mundo.

CAPÍTULO 8

Anoche cuando llegamos a casa no había ninguna señal de que Cynthia y London hubieran tenido el sexo desenfrenado que prometieron. Sin embargo los dos estaban de un humor inigualable. Me costó elegir un sitio donde sentarme porque me los imaginaba practicando sexo por toda la casa.

Durante la cena contamos la anécdota de las bicicletas. Adam se rio de sí mismo cuanto fue necesario. Después los cuatro nos sentamos frente a la televisión y vimos varios episodios de *Texas woman*. Adam y London nos hicieron una interpretación de una de las escenas de la serie y casi acaban besándose. No recuerdo la última vez que me reí tanto.

Ahora nos encontramos de nuevo en la ciudad terminando de visitar los objetivos del programa que nos faltaban. Mis compañeros de piso han rehusado de nuevo a venir con nosotros. Lo cierto es que no me ha importado lo más mínimo. Después de lo bien que me lo pasé ayer no los echaré de menos.

Hemos visitado la finca de Jean Pierre Toulouse que fue un próspero terrateniente que hizo su fortuna con plantaciones de algodón y azúcar. Allí hemos podido conocer de cerca cómo era la vida durante aquellos tiempos tan difíciles: sobre todo para los esclavos. Luego hemos visitado una reserva de aves. Adam se ha reído bastante de mí cuando por despiste me he metido hasta las rodillas en un cenagal. Ha tenido que sacarme. Luego me preguntó si era necesario que me hiciera el boca a boca y yo para variar no supe qué responderle.

Llevamos todo el día riéndonos sin parar. Con cada risa, con cada mirada, con cada comentario Adam va resquebrajando mi coraza de protección. La misma coraza que solo es capaz de traspasar mi gente más cercana y que apareció después del momento más doloroso de mi vida. Me sorprende a mí misma cuando detengo mi mirada más tiempo de lo normal en sus ojos o en la perfección de sus dientes blancos. Se me acelera la respiración cuando él sin intención posa una mano sobre mi hombro para señalarme algo que le ha llamado la atención.

Visitamos el último lugar que figura en el programa: la *Baie du calme*. Se trata, como su propio nombre indica, de una bahía resguardada al pie del lago más grande de la ciudad. Toda la bahía está pavimentada con un paseo lleno de comercios y puestos ambulantes. El paseo medirá unos dos kilómetros y a lo largo de su recorrido hay pequeños muelles de madera que se adentran en el lago. Supongo que el apelativo *calma* tendría algún sentido en el pasado pero en el presente es todo lo opuesto. Al ser un lugar turístico el arco que es el paseo está lleno de transeúntes y los comerciantes anuncian a gritos su género.

Adam parece interesado en esta visita. Camina distraído, apenas abre la boca y lo veo mirar de manera intermitente y meditabunda hacia la línea del horizonte. Está tan distante que no parece el mismo de hace un rato.

—Es un bonito lugar ¿no crees? —pregunto. No contesta—. ¿Adam?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Muy bonito.

—¿Te encuentras bien?

—Tranquila. Es solo que... —deja la frase colgada en el ambiente mientras vuelve la vista hacia el lago— ¿Te importa que nos adentremos en aquel muelle? —dice señalando al muelle más largo de todos los que se pueden observar.

Me encojo de hombros y sigo sus pasos. Espero que no esté pensando en tirarme al agua. Sé que no empezamos con buen pie pero ahora no nos llevamos tan mal.

—¿No se te habrá activado el gen psicópata, verdad?

Él no contesta. Me quedo dudando si tomarme eso como un sí. Llegamos allí en un par de minutos. Le lanzo algunas preguntas más, pero lo máximo que logro arrancarle son monosílabos. Es como si estuviera molesto por algo. ¿Qué le pasa? Nos adentramos en la pasarela sin que haya ningún cambio visible en su actitud. Al llegar al final, los dos nos apoyamos en la barandilla de madera desgastada. Nos quedamos mirando hacia el interior del lago. Tengo que entornar los ojos para protegérmelos de los últimos rayos del sol del día. Intento discernir el otro extremo, pero desde aquí es imposible ver algo que no sea agua. Él está enfrascado en sus pensamientos. Lo veo musitar

palabras que no llego a escuchar. Reina el silencio durante un par minutos y yo lo respeto sin molestarlo. Al fin Adam reacciona: se separa del pasamanos y se vuelve hacia mí.

—¿Qué nos queda por ver?

—Ya está todo. Este lugar era el último.

—Perfecto. ¿Volvemos al piso?

—¿A qué ha venido esto?

—¿El qué?

—Tu interés por este sitio. Tu silencio. Estás muy raro. ¿Es por algo que he dicho?

—No. Tú no tienes nada que ver. Son cosas mías.

—Me ha dado la sensación de que estabas enfadado por algo.

Adam me evalúa un instante y luego vuelve su mirada al lago.

—No se trata de eso. Es este lugar. Es igual a uno de California.

—¿Y qué tiene de importante ese sitio?

—Mucho —susurra—. Pero... vámonos a casa o se nos hará de noche.

—Puedes contármelo si quieres.

—Es algo muy personal.

Podría dejarlo ahí y no insistir más. Pero Adam parece afectado. Me gustaría poder ayudarlo y de paso conocer qué existe capaz de hacer tambalear su confianza.

—Estaría encantada de escucharlo. Si tú quieres... claro.

Permanezco en silencio esperando que él tome una decisión.

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

Asiento en silencio.

—Nunca he hablado con nadie de esto. —Me vuelve a inspeccionar. En sus ojos leo una batalla intensa contra sus reticencias—. Está bien —decide al fin declarando vencedora a la parte que sí que quiere compartirlo conmigo.

Luego fija sus ojos en la lejanía, respira hondo y comienza a hablar.

»Cerca de Isla Vista, donde yo vivo, hay un muelle llamado *Goleta Pier*. Está hecho de madera vieja; recubierta de salitre que el paso de los años ha acabado debilitando. Los tablones crujen a cada paso. Igual que estos. —Da un ligero pisotón al suelo para enfatizar sus palabras—. Al final del muelle hay un pequeño banco. Todos los viernes acudo allí al atardecer. Me siento y toco mi guitarra hasta que el sol desaparece por completo. —De repente me observa—. Será mejor que nos vayamos. El sol ya está casi oculto.

—¿Por qué lo haces? —pregunto.

—¿A qué viene tanto interés?

—No sé. Solo pretendo ayudar. A veces es bueno dejar salir las cosas.

—No pareces la clase de mujer que aplique sus propios consejos.

—Tienes razón —admito. Me cuesta mucho compartir mis problemas. Pero soy buena escuchando. Puedes confiar en mí, Adam. Tus secretos se quedarán aquí conmigo en Louisiana: no tienes nada que temer.

—¿Tan empeñada estás?

¡Sí! Hace unos días no quería saber nada de él, pero ahora que lo conozco lo suficiente para disfrutar de su compañía, me doy cuenta de que tan solo conozco su versión cordial y amable y que en realidad no sé nada de su vida.

Asiento.

Él se vuelve a apoyar en la barandilla y sin mirarme continúa.

—Ahora el muelle es un lugar prácticamente turístico, salvo por unos pocos pescadores de caña que acuden de vez en cuando. Pero hace quince años el muelle se utilizaba como embarcadero. Mi padre era pescador y tenía un pequeño barco amarrado allí. —Noto que está haciendo un gran esfuerzo y me sitúo justo a su lado para incentivarlo a continuar—. Todos los lunes salía de casa, agarraba el barco y se adentraba en el mar. Pasaba fuera toda la semana hasta que el viernes al atardecer regresaba al muelle. Allí mi madre y yo lo esperábamos impacientes. Recuerdo mirar hacia el fondo del mar esperando ver su silueta oscura recortada sobre el sol del crepúsculo; y a mi madre vestida como si de un domingo de misa se tratara para darle la bienvenida. Y él siempre aparecía. Siempre puntual. Con la última luz...

Hasta... hasta que un día no lo hizo. —Observo como sus nudillos se vuelven blancos al apretar con fuerza la madera de la barandilla—. En cuanto se hizo de noche supimos que algo no iba bien. Nos dijeron que esa semana hubo una fuerte tormenta por la zona y que seguramente se vio sorprendido por ella. Los servicios costeros lo buscaron durante semanas. Pero nunca apareció. — Esta última frase suena temblorosa—. Desde entonces, todos los viernes acudo al muelle. No soy ningún idiota, sé que no aparecerá, pero es como si una parte de mí nunca hubiera perdido la esperanza. Para soportar la espera me llevo mi guitarra y toco hasta que desaparece el último rayo de luz.

Se hace el silencio. Me siento compungida. No esperaba algo tan profundo, tan personal. Ahora me siento culpable por forzarlo a contarlo.

—En serio que nunca he hablado de esto con nadie. No sé qué pensaras de mí.

Sus ojos están vidriosos. Puedo palpar su tristeza. A pesar de su enorme aspecto me parece un alma frágil. Es la segunda vez que lo percibo así. La primera fue en el bar mientras tocaba la guitarra. Tocó un tema que trataba sobre echar de menos a alguien. Ahora entiendo su significado. Siento la imperiosa necesidad de tratar de consolarlo. Pongo mi mano sobre la suya y ambos quedamos mudos mirándonos.

—Si te lo he contado es porque siento que puedo confiar en ti. Yulia...

—¿Sí?

Se gira con lentitud hacia mí y clava sus ojos en los míos. Su mirada tiene tal fuerza que me siento traspasada. Es como si estuviera mirando en lo más profundo de mí. Tengo ganas de apartar la mía, pero no puedo. Sus ojos son los de una gorgona que me petrifican en el sitio.

—Desde que te conocí me cautivaste. Es una de esas extrañas situaciones de la vida en que sabes con solo mirar a alguien que existe algo, algo real y profundo: una sensación de cercanía inmediata que se ve confirmada con cada gesto y con cada mirada. Es algo invisible para el resto, pero para el que lo siente es lo más obvio del mundo. Yulia, eres distinta a todas las chicas que he conocido. Eres independiente. No te importa lo que los demás piensen de ti. No tratas de impresionar a nadie. Pero conmigo lo has logrado sin intentarlo: unas veces pareces tímida y delicada, y otras firme y fuerte. No pareces darte cuenta de lo especial y preciosa que eres.

Lo miro aturdida sin saber qué responder. Si con un simple comentario era capaz de dejarme sin palabras, con lo que acaba de decir me ha dejado estupefacta. Mi cuerpo no reacciona, pero por dentro estoy librando una batalla intensa; y los tambores de esa guerra imperceptible son los latidos acelerados de mi corazón.

Adam me atrae despacio hacia él. Yo estoy como en trance y no opongo resistencia. Cuando nuestros cuerpos están lo suficientemente cerca, me besa. Al principio mis labios están atontados, como el resto de mí. Pero una sensación cálida y placentera comienza a inundarme y sin pensarlo le devuelvo el beso. Él incrementa la presión sobre mi cuerpo. Rodeo con mis manos sus mejillas mientras él suelta mi cintura para deslizar sus brazos por mi espalda envolviéndome en un abrazo firme, y al resto de sensaciones se añade una de protección absoluta. Su cuerpo me habla: me extiende la promesa de mantenerme siempre a salvo. Y yo lo creo.

Quedamos fundidos en ese beso durante varios minutos hasta que algo de sangre vuelve a mi cerebro y mi mente recupera un poco de cordura. ¿Qué estoy haciendo? Me separo despacio.

—Adam... Yo no creo...

Él me vuelve a acercar.

—¿Qué temes? —me susurra—. ¿Acaso no sientes nada por mí? —insiste.

Sí que siento algo. Me he estado mintiendo a mí misma. Anhelaba ese beso y no lo sabía. Pero hay algo que me provoca inquietud.

—No te conozco lo suficiente —contesto.

—Yo siento que no te conozco todo lo que me gustaría.

—Adam... Yo... Necesito estar más segura de lo que siento. No quiero que me vuelvan a hacer daño. —Esta vez él escucha en silencio—. El último chico...

—Si te sirve, yo no tengo ninguna duda. Nunca he sentido algo así, Yulia. No sé por lo que has pasado, pero yo nunca te haría daño.

Sus ojos son sinceros. Me gustaría lanzarme a sus brazos sin pensar, como hace unos instantes, pero la razón está ganando terreno a la pasión.

—¿Qué te propones, Adam? Vienes aquí para dos semanas ¿y pretendes poner todo mi mundo patas arriba? En una semana te irás. ¿Qué sentido tiene esto?

Mis palabras hacen que dude y baje la cabeza. Presiento que es algo que él ya había pensado.

—No quiero pensar en el mañana. Solo puedo pensar en que cada día que paso aquí deseo tenerte entre mis brazos. No sé qué pasará dentro de una semana. La única certeza que tengo es lo que siento en este momento.

Con el sol ya escondido, nuestros cuerpos están semiocultos en las sombras del ocaso. Sus ojos se posan en mí implorando una respuesta. Yo inspecciono a fondo mis sentimientos. No puedo dejar de lado la sensación de vértigo que me genera la situación, pero al igual que él yo también lo deseo. Es un chico guapo, amable, simpático y dispuesto. ¿Por qué no puedo dejar de pensar y simplemente dejarme llevar? Me sumerjo en el azul de sus ojos, que brillan anhelantes por encima de las sombras. Allí encuentro la respuesta, o mejor dicho, la pregunta que buscaba. ¿Qué es lo que deseas en este momento?

Entonces soy yo la que lo besa.

CAPÍTULO 9

No he podido pegar ojo en toda la noche. Después de lo ocurrido en el muelle no he podido dejar de pensar si no habré cometido un error. Un error que supo tan bien... pero un error al fin y al cabo. Ahora que puedo pensar con frialdad me resulta obvio que comenzar una relación con alguien que está de paso es un despropósito. Intentarlo a distancia ni siquiera me lo planteo, eso no va conmigo.

Tomo nota mental de comentar esta situación con mi abuela. Ella es un pozo de sabiduría y siempre me ha ayudado en momentos difíciles. Seguro que sabrá darme algún buen consejo.

Para distraerme durante la noche, llené las horas de insomnio con dos cuadros que añadir a mi colección: un cuadro precioso de un muelle y dos siluetas negras besándose; y un primer plano de Adam en el que destacan sus hipnóticos ojos azules. He estado interrogándolo toda la noche sobre cómo vamos a actuar el resto de tiempo que nos queda. Esos ojos me han prometido en repetidas ocasiones que me deje llevar, que él es distinto a todos los hombres que conozco, que no va a hacerme daño como el anterior y que viva el momento. Ojalá fuera tan fácil para mí.

Ya es la hora de empezar a prepararse para asistir a clase. Apilo el retrato de Adam junto al que hice la primera noche. Espero que Adam no entre y los vea, si no la que al final va a parecer una psicópata voy a ser yo.

Salgo de la habitación nerviosa, esperando encontrarlo, pero para mi sorpresa aún no se ha levantado nadie. Miro el reloj: me he levantado media hora antes de lo que acostumbro. Preparo café para todos y al poco aparecen Cynthia y London.

—¡Vaya! ¿Tú despierta? —dice London— ¡Y has preparado café! Alguien se ha levantado de buen humor esta mañana.

—No podía dormir.

—No tendrá que ver con el hecho de que llegaras tan tarde anoche ¿verdad? —pregunta Cynthia y enseguida capto el doble sentido.

—No del todo —contesto.

Ella me dirige una mirada inquisitiva que parece decir «¿algo que contar?». Yo asiento con inocencia. Ella repite la mirada y yo vuelvo a asentir. Los ojos casi se le salen de las órbitas. Ni en sus predicciones más alocadas hubiera predicho este resultado cuando me apuntó al programa.

Ella se apresura hacia mí, me agarra del brazo y me arrastra de nuevo a mi habitación.

—¿Qué pasó?

Yo le cuento todo, incluidas mis dudas.

—A ver si lo he entendido. Adam está loco por ti.

Asiento.

—Y os habéis besado.

Asiento.

—Y te gustó.

Asiento.

—Y ahora no sabes qué hacer.

Asiento.

—Pues chica, no te entiendo. Si fuera yo, ya me lo hubiera tirado un par de veces. Y ya me preocuparé cuando llegue el momento. Si es que hay algo por lo que preocuparse. Según lo veo, lo peor que te puede pasar es que tu cuerpo se lleve una alegría. ¡Y vaya alegría!

—No es tan fácil.

—Sí que lo es. —De repente, repara en las pinturas de Adam—. Pues parece que te ha pegado más fuerte de lo que dices. A mí aún no me has hecho ningún retrato.

—Contigo no se puede hablar. Siempre piensas que los demás deben actuar como tú. Sabes que después de lo de Kurt...

—Ya ha pasado más de un año, Yulia. Sí, Kurt era un cabrón que te puso los cuernos y te dejó hecha polvo, pero tienes que superarlo. No todos los tíos son así. Fíjate en London. Adam es igual: un buen tío.

—No me estás escuchando. ¿Qué pasará cuando él se vaya?

—¿Y yo que sé? Quizás sirva para que dejes de ser tan desconfiada y puedas conocer a alguien más.

—¿Entonces debo ver a Adam solo como una pasarela para mis futuras relaciones?

—Si lo quieres ver así...

—Es lo que estás diciendo.

—Yo solo digo que no hay que pensar tanto y dejarse llevar más. —Ella hace una pausa y luego me mira con gesto fraternal—. Yulia, sabes que solo quiero lo mejor para ti. Y si eso conlleva tirarse a un tío bueno hasta que se vaya; tendrás que hacer el esfuerzo.

Yo sonrío.

—Ojalá pudiera ser tan despreocupada como tú. Pero sabes que no. Por eso te quiero tanto. Eres todo lo que yo no soy. Haré lo que he hecho siempre, guiarme por mi conciencia.

—¿Y qué te dicta tu conciencia?

—No lo sé. Cuando hable con ella te lo diré.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Sabes lo difícil que eres, verdad?

—Sí.

—En fin. No se puede decir que no he intentado llevarte por el buen camino. Pero ¿cuándo me has hecho caso tú a mí?

—En realidad no muy a menudo.

—Vamos fuera a desayunar. Te espera un día muy complicado.

En el mismo momento en el que estoy pasando por delante de la puerta de Adam, este sale de la habitación y me sobresalto.

—Buenos días.

Yo me quedo hechizada con la visión de él en camiseta ajustada en el que se adivinan todos los músculos de su torso. Su perfume, recién puesto, emana

de él envolviéndome con un olor fresco e intenso. Sus ojos se clavan en los míos penetrando en lo más profundo de mi ser. Me siento como si hubiera comprado un bono de acceso total a mi interior.

—Buenos días. —Me quedo un rato pensando lo que quería decirle. ¿Qué era?... ¡Ah, sí! No sé ni por dónde empezar—. Adam, yo...

Antes de que tenga tiempo de decirle que no estoy segura de lo que pasó y de que no creo que estemos actuando bien, él me besa con dulzura. Su aliento es nieve y sus labios una droga que borran de mi mente cualquier pensamiento lúcido. Es como verse transportada otra vez al muelle. De nuevo me dejo llevar. Ya no tengo ni idea de lo que iba a decir.

—¿Qué decías?

—El café. Sí. Tienes café preparado. En la mesa. En el comedor. En la casa.

—Gracias por las indicaciones. Estoy seguro de que sabré llegar hasta él.

Yo sonrío nerviosa.

—¡Joder, Adam! —exclama London—. No dejas de sorprenderme. Acabas de realizar otro logro inverosímil, a partir de ahora me declaro tu fan; nos diste la victoria en el partido; machacaste a esos tres tíos; pero eso no es nada comparado a esto. ¡Has besado a Yulia! Es como escalar el Everest en pantuflas. Así que era eso de lo que hablabais en la habitación —dice dirigiéndose a Cynthia y a mí.

—Cállate, London —le dice Cynthia.

—Es broma. En realidad me alegro mucho. Hacéis una pareja genial. Solo si la cuidas bien —London me coge por los hombros—, o si no —Mira a Adam de arriba a abajo—... soy capaz de abrir el grifo del lavabo cuando te estés duchando.

—Advertencia recibida —ríe Adam—. Pero no tienes nada de qué preocuparte. —Y me vuelve a besar, esta vez en la frente—. No va conmigo eso de hacer daño a las mujeres.

¿Pareja?, ¿cuidarme?

Durante el desayuno yo apenas abro la boca. Estoy librando una lucha interna intentando sacar algo en claro. Me siento como si jugara a la ruleta

rusa con dos *bazookas*.

Nadie parece reparar en mí: se les ve de un humor genial.

En la universidad no es distinto. Me paso todas las clases dándole vueltas a mi situación sin sacar nada en claro. Es curioso cómo cuando estoy frente a Adam las dudas no existen pero cuando estoy sola reaparecen. Los mensajes cariñosos que recibo en el móvil por su parte no hacen más que añadir leña a la hoguera de mi confusión. En todas las clases excepto en la del profesor Curtis, que no admite teléfonos en su clase, recibo algún mensaje que yo contesto con el menor número de palabras posibles.

A la hora de comer he quedado con mis compañeros de piso. Adam no vendrá, tiene algún tipo de reunión con el equipo. Para fastidio de mis compañeros les bombardeo con todas mis dudas. No me dicen que están cansados de escuchar una y otra vez el mismo tema, pero se inventan un juego en el que cada vez que pronuncio la palabra Adam compiten por ver quien lleva la mano antes a su frente mientras repiten la palabra: «Adam». No hay que decir que no he obtenido ninguna ayuda por su parte. Como mucho Cynthia me ha dicho que ya sé lo que ella opina al respecto.

Cuando acabo de comer decido pasarme por el campo de entrenamiento para averiguar si verlo en persona me ayuda en algo. Allí está: repitiendo una y otra vez el mismo ejercicio táctico. Me quedo en un lugar del estadio medio escondida por las gradas para que nadie advierta mi presencia. Lo veo entrenar durante media hora sin decidir nada salvo que el uniforme de entrenamiento le queda muy pero que muy bien.

Me digo a mí misma que si viviera en la ciudad o uno de esos ojeadores locales lo fichara no estaría teniendo este debate interno. Pero mi vida amorosa nunca ha sido fácil. Cupido es un malvado ser que no me tiene mucho afecto. ¿Por qué cuando empiezo a sentir algo, que ya creía olvidado, no puedo simplemente disfrutarlo? Soy tan desgraciada que conozco un chico interesante y se tiene que ir en una semana. Lo peor es tener la sensación incierta de no saber si algún día conoceré a alguien igual.

Me voy tal y como he venido, silenciosa y confusa. Mis pasos me encaminan hacia casa.

El primero en llegar a casa es Adam. Estoy segura de que es él antes incluso de que entre en el piso por su manera de probar todas las llaves del llavero. Yo al instante me pongo igual de tensa que una gacela bebiendo en una charca africana.

—¿Hola?

Hago como que no lo he oído.

Va directo a su cuarto y escucho como se desprende de su mochila. Luego aparece en el marco de mi puerta.

—Hola petite.

—¡Uy! Hola, Adam. No te he oído entrar. ¿Cómo me has llamado?

—Petite.

—¿Y eso?

—Ya sabes. Te dije que te debía un mote y como te gustan tanto todos esos pintores franceses... —Niego con la cabeza esperando más información —. Petite significa pequeña en francés.

—No te has calentado mucho la cabeza.

—¿No? Me lo he inventado hace un rato pero me resulta de lo más original. Pero claro, recuerda que solo soy un jugador de fútbol.

Me guiña un ojo.

—Tienes razón. Supongo que no podría esperar mucho más.

Él simula estar dolido.

—Quizás no sea un as con las palabras, pero hay otras cosas que los jugadores de fútbol sabemos hacer muy bien.

—¿Por ejemplo? —pregunto nerviosa.

—Marcar de cerca al contrario. —Con un paso rápido se acerca quedando a unos peligrosos centímetros de mí. Yo trago saliva.

—¿Solo eso? —pregunto a sabiendas de lo que va a pasar a continuación. No quiero, ni tengo, fuerza de voluntad para resistirme; mis dudas se desvanecen con su cercanía.

—También sabemos marcar tantos —concluye. Luego me besa con uno de esos besos capaz de dejarme desarmada y sin argumentos; haciendo que se me erice hasta el último vello de la piel—. Llevo todo el día pensando en ti.

En ese momento se oye la puerta de la calle: mis compañeros de piso han llegado.

Nos preguntan por la cena, pero respondemos que no tenemos mucha hambre que luego nos ocuparemos. Ellos deben reconocer que estamos en medio de una conversación íntima porque nos dejan en paz en seguida.

—Respecto a lo de antes —continuo—. Vamos a tener que hablar sobre ese apodo.

—Si eso es lo único que te ha molestado, puedo estudiar la opción de dejar de emplearlo. Bueno, no, a mí me encanta. Lo realmente imposible hubiera sido que me pidieras que dejara de besarte.

A mediodía quizás hubiera sido capaz de pedírselo, pero en este preciso momento no lo soy. Solo deseo sentir sus labios una y otra vez posados sobre los míos. Son tan cálidos, tan carnosos. Me deslizo entre sus brazos buscando su boca con la mía y él me acepta sin objeciones. Acto seguido me reclina con suavidad y quedamos tumbados de costado en la cama. Tengo necesidad de él y me rindo ante ese sentimiento. Mis manos intentan rodear su espalda pero es tan ancha que ni siquiera llegan a tocarse; él sí lo hace, con suavidad pero con firmeza. Yo quedo empequeñecida entre sus brazos; reconfortada. Esa sensación primaria me embarga. Mi lengua baila ansiosa con la suya. Mi respiración está acelerada. Nuestros cuerpos quedan enroscados deseando más contacto. Él me toca con pasión; sus manos descienden por mi espalda atravesando su límite. Me aprieta. Un jadeo inconsciente brota de mi interior. Yo lo agarro de la misma manera. Todo su cuerpo es mármol. Necesito más de él. Siento su entrepierna apretada contra la mía. Un calor abrasador recorre mi cuerpo. Mi boca presiona con más fuerza contra la suya. Sus manos empiezan a abrirse paso por debajo de mi pantalón. Estoy tan excitada que deseo dejarme llevar a donde me quiera llevar. Pero una lucecita de alarma se enciende en mi cabeza y me levanto de la cama jadeando. Ahí están de nuevo mis malditas e inoportunas dudas.

—No puedo hacerlo.

Adam parece confundido, no sabe lo que sucede.

—Lo siento, Yulia. No pretendía hacerte sentir incómoda. Si he ido muy deprisa...

—No es que no quiera. Todo lo contrario. Ese es precisamente el problema.

Me mira desconcertado.

—Me gustas, Adam. Más de lo que me imaginaba. Pero no puedo evitar estar hecha un mar de dudas.

—¿Se trata de ese Kurt?

—No. Y sí. Quiero decir: no es por él; hace tiempo que no forma parte de mi vida. Pero sí que me dejó hecha una mierda. Desde entonces no he vuelto a confiar en los hombres.

—Yulia...

Sé lo que va a decir: que no me hará daño, que puedo confiar en él. Lo interrumpo.

—No puedo dejar que esto vaya a más. Si decido confiar en ti... ¿cómo me quedaré cuando te vayas? Puedo parecer fría y distante, pero mi problema es que cuando me encariño con alguien lo hago al máximo. No puedo dejar que eso pase. No si te vas a ir. Porque te vas ir, ¿verdad?

Él asiente y los dos guardamos silencio.

—Te entiendo, Yulia. De verdad que no quiero causarte ningún daño, pero yo tampoco puedo evitarlo. Solo pienso en disfrutar al máximo cada momento que esté contigo. No me paro a pensar en mañana porque si lo hago me volveré loco. No sé qué me sucede contigo. Es algo inexplicable. Nunca había sentido así. Y sé que es una locura porque apenas llevo una semana por aquí y apenas nos conocemos pero es... ¡es que es lo que siento! Así que dime tú cómo actuar porque yo te abrazaría ahora mismo y te haría mía hasta el día en que me fuera.

Suena tan tentador que una parte de mí está loca por aceptar. Como no contesto Adam prosigue.

—Me cuesta entenderte Yulia: hace un momento parecías dispuesta a que existiera algo entre nosotros, y ahora me dices esto...

—Yo... no sé qué decir. No tengo ni idea de lo que siento. Me gustaría que todo fuera más sencillo. Quizás si simplemente fuéramos amigos... ¿No crees?

—Eso ya no es suficiente para mí. No después de saber que también me deseas. Yulia, podemos hacer que funcione.

—¿Cómo? Apenas te queda una semana por aquí. Luego volverás a tu vida real, con tus amigos reales y con las chicas de tu ciudad. En un par de meses me habrás olvidado.

—Eso no pasará. Estaremos separados, pero mientras podemos buscar una solución. Será cuestión de tiempo hasta que se nos ocurra algo mejor.

—Los dos sabemos que no puedes asegurarlo. Lo más probable es que los dos acabemos por no vernos nunca más; un par de veces al año como mucho. Con mi sueldo de camarera es lo máximo que podría viajar. Y no me parece que tú escondas una fortuna en California. No hay relación que soporte algo así. En este momento de nuestras vidas no creo que podamos aspirar a nada más.

—¿Entonces no ves otra salida que la amistad? —me lo pregunta casi implorante.

Yo niego con la cabeza. Él baja la mirada dándose por vencido.

—¿Y qué pasa si digo que no quiero conformarme?

—En ese caso lo mejor sería que a partir de este momento no nos viéramos más. Al diablo con el programa. Si no, corro el riesgo de repetir esta lucha interna todos los días hasta que te vayas. No podría soportarlo.

—Me estás dando a elegir entre una muerte por guillotina u otra por veneno... —Por primera vez encuentro una opinión firme que deseo mantener y lo miro imperturbable—. No me queda otra —acepta—. Aun así tengo la misteriosa sensación de que acabaremos juntos. Sé que eres para mí. No puedo explicarlo, como tampoco puedo explicar mi atracción por ti; pero lo sé. Aunque ahora sea imposible, sé que el futuro nos dará otra oportunidad.

Sus palabras me sorprenden por su rotundidad y arrojan una pequeña luz de esperanza. Tiene razón: ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro?

—Solo el tiempo dirá —sentencio.

—¿Así que tendremos que fingir que no existe atracción entre nosotros?
—pregunta y yo me encojo de hombros. Él se tumba boca arriba en la cama, resignado. Sus pies sobresalen por el borde de la cama—. No sé cómo cojones lo haré, pero...

Un silencio incómodo se instala entre nosotros durante varios minutos. Al final Adam intenta enmendar la situación.

—¿Entonces, tienes alguna idea de cómo debemos actuar? —Yo no respondo. Él pasea su mirada por toda la habitación hasta que la detiene al dar con sus retratos. Se levanta y los examina con atención—. ¿Y esto?

Me siento un poco aturdida. Nunca esperé que los encontrara. Ya me parece estar oyendo lo loca que estoy.

—Están genial.

—¿Te gustan? —pregunto aliviada.

—¿Cómo no iban a gustarme? Son muy buenos. Aunque...

—¿Sí?

—No has sacado todo mi potencial.

—Creo que me han salido muy fieles a la realidad.

—Para haberlos improvisado, sí.

Seguidamente se quita la camiseta quedándose en una camiseta interior de tirantes. Debajo de la tela se adivina un pectoral trabajado y un vientre plano de abdominales perfectamente marcados. Me quedo embobada con la boca abierta mirándolo y el fuego de mi interior crepita de nuevo. Él se percata.

—Recuerda. Nada de atracción. Has dicho que solo amigos.

Yo golpeo el aire con la mano.

Él se tumba de costado en la cama en actitud sugerente.

—Dibújame, Jack —me dice emulando la frase de una conocida película.

Yo rompo a reír. Me preocupa que dejemos de llevarnos bien, pero esto, desde luego, es un buen comienzo.

—Lo haré encantada.

Pongo un lienzo en mi caballete y saco mi maletín de pinturas depositándolo a mi lado. Luego empiezo a dibujarlo. Él me mira divertido mientras mi mano se mueve con destreza. Nuestros ojos conectan por encima del retrato. Hay algo tan sensual en la manera de mirarnos sin decirnos nada que mis manos tiemblan. Durante una hora seguimos igual. Al final he memorizado cada gesto de su cuerpo. Diría que esta imagen me acompañará por el resto de mi vida. Doy las últimas pinceladas y admiro el resultado: me ha salido un cuadro perfecto. Espero que a Adam le guste. Levanto mi mirada hacia él y reparo en que se ha quedado dormido. Decido no despertarlo. Cojo una manta del armario y me quedo a su lado observándolo: parece tan adorable y sexy estando dormido que tardo unos segundos en cubrirlo. Luego pienso en irme a dormir a su cuarto, pero una última ojeada hace que cambie de opinión. Me reprocho a mí misma mientras me acurruco a su lado. Pero siento tan bien. Ya me lo dijo Cynthia: no hay quien me entienda.

CAPÍTULO 10

Ahora que hemos vuelto a estar como al principio tengo la sensación de que me estoy equivocando. Pero sé que pensaría igual si hiciera todo lo contrario. Estoy de acuerdo con los que piensan que no hay por dónde cogermelo; me da envidia la gente como Cynthia, capaz de tomar decisiones trascendentes sin tener que librar luchas internas.

El sonido del móvil interrumpe mi monólogo interior y casi consigue que me descubra el profesor Curtis. Resulta un poco hipócrita por mi parte no apagarlo en su clase; siempre he considerado unos maleducados a los que no lo hacen. Es Adam. Sabía que me escribiría a lo largo de la mañana. El mensaje dice: —*¿Cómo va la clase, amiga? ¿Necesitáis un buen modelo? ¿O ya se me ha adelantado Clint?*

—*Lo siento amigo hoy no toca retrato. ¿Posas una vez y ya te quieres convertir en profesional? ¿Tanto te ha gustado la experiencia?*

—*Tengo que entrenar si quiero llegar a la élite de los modelos de pose. Corre el rumor que este año hay mundial.*

Estoy escribiendo mi respuesta cuando el señor Curtis pasa por mi lado y tose con disimulo: no ha querido llamarme la atención en público. Supongo que eso se puede considerar como algo de favoritismo. Guardo el dispositivo con rapidez y le dirijo una sutil reverencia pidiéndole disculpas sin que nadie más repare en ello. La clase continúa con normalidad y yo me he quedado con las ganas de seguir la conversación con Adam. Espero que no piense que no he querido contestar.

Durante toda la mañana mantenemos conversaciones insustanciales y divertidas por el móvil. En ellas las palabras más repetidas son *amigo* y *amiga*. Los dos disfrutamos el juego de disfrazar los sentimientos con un velo de amistad.

Todo eso cambia cuando nos vemos a la hora de comer. Me cuesta actuar con la naturalidad y he olvidado la forma de componer más de una frase. ¿Ahora siento timidez? Era más sencillo por el móvil. Agradezco que hoy

estén Cynthia y London: ellos se comportan como siempre lo hacen. Los observo cómo dialogan entre ellos. Parece mentira que después de tantos años juntos se lleven tan condenadamente bien. Dejando de lado las puyas inocentes de Cynthia. Siento una punzada de envidia, mi mirada se desplaza hacia Adam que presta atención a la conversación. Me pregunto si Adam seguiría siendo igual después de una relación de años.

—Yulia... ¡Yulia!

—¿Eh? ¿Qué?

—¿Dónde estabas?

—*Mmm...* Nada... Pensaba en la clase de la señorita Graham.

—Le comentaba a los chicos que sería buena idea el ir a tomar algo esta noche los cuatro. ¿Te apuntas? Y no se te ocurra decirme que te quedas sola en casa si no quieres que te lleve a rastras. Vale, te apuntas. —Lo decide sin darme tiempo siquiera a abrir la boca.

—¿Y por qué me preguntas? —digo.

—Tienes razón, ¿para qué lo hago? —mira hacia arriba como si esperara respuesta divina.

Se me ocurre que pasar el máximo tiempo posible con mis compañeros evitará que me sienta tentada de caer de nuevo en los brazos de Adam.

—Yo no quiero ir —bromea London.

—¿Seguro? Sabes que me pongo más cariñosa de lo normal después de unas copas. Quizás me deje hacer algunas cosas prohibidas.

—Sí —dice arrastrando la *ese*—. Lo difícil es controlar que no te excedas hasta el punto de que me dé lástima hacértelas.

—Tú no tienes piedad por muy borracha que vaya.

—Pues... también es verdad. —Golpea con el codo repetidamente a Adam.

—Eso no te deja en muy buen lugar, London —contesta él.

—Pero sabes que siempre actúo con amor, ¿eh cariño? Incluso cuando estás inconsciente —dice socarrón.

Luego la conversación prosigue entre comentarios picantes y risas. Yo no puedo dejar de lanzar miradas furtivas a Adam. ¿Podría existir entre nosotros esa complicidad?

El sitio escogido no es ni más ni menos que el club *Once at Night*, mi lugar de trabajo.

—¡Hola, chicos. Bienvenidos! —Nos recibe Jerry—. Pensaba que te había dado una semana de descanso —me dice.

—No vengo a trabajar —respondo. Mi jefe ignora mi comentario y se dirige a mis acompañantes.

—Pareja, cuanto tiempo sin veros. —Cynthia y London le estrechan la mano cordialmente—. Adam, encantado de volver a verte.

—Es un placer, Jerry.

—Espero que hoy no tengas que derribar a nadie. Aún encuentro cristales rotos por los rincones.

—Yo... Puedo ayudar a limpiar...

—Era broma Adam. ¿Te he dicho ya que me gusta este chico? —pregunta dirigiéndose a mí—. Todo lo que tiene de grande lo tiene de ingenuo y buen chaval. Puedes estar tranquilo, a partir de ahora no habrá más problemas en el club: Jarvin se encargará de eso.

—Supongo que te refieres al gorila de la puerta —inquiero—. No nos ha mirado muy bien al entrar.

—No le habrá gustado la idea de dejar entrar a alguien más alto que él. Pero cuando lo tratas es un amor.

—No lo dudo —contesta London con el morro torcido.

Echo un vistazo al local: la mitad de las mesas están ocupadas. Después del fiasco de la otra noche el club ha recuperado su ritmo normal.

—Jerry, puedo echar una mano si es necesario —propongo pensando que será demasiado para él.

—Nada de eso. Me las apañaré muy bien. Como ves no hay tanta gente. Sentaros y gastad el dinero tranquilamente —dice guiñándonos un ojo.

—¿Quién toca hoy? —pregunta Cynthia.

—Un grupo bastante animado. No recuerdo el nombre. Yulia los conoce. Ya han venido antes.

—Yo tampoco recuerdo el nombre, pero son bastante buenos —apunto.

—Está bien, Yulia tiene buen gusto de vez en cuando. Vamos a sentarnos cerca del escenario —resuelve Cynthia.

—Adelantaos. Voy a saludar a la gente de la barra —digo.

Thomas y el resto no han faltado esta noche. Me acribillan a preguntas. No me habían visto desde antes del incidente. Cuando sacio su curiosidad y todos están seguros de que me encuentro en perfecto estado, me dejan volver con mis amigos; están sentados en una mesa escorada pero pegada al escenario.

Jerry navega entre las mesas con una rapidez impropia de un hombre de su edad. Me siento culpable de que él se tenga que encargar de todo el trabajo, pero conociéndolo no dejará que lo ayude. Así que lo mejor será que me siente e intente disfrutar.

Mi jefe, bien sea por confianza o porque no da más de sí, tarda un buen rato en atendernos. Cynthia pide un *Manhattan*; Adam sorprende pidiendo un vermú italiano; London y yo lo imitamos.

—Creo que nunca te he visto beber una bebida alcohólica —dice Jerry mientras Cynthia me mira con cara de asombro—. Te iba a traer el licor de frutas sin alcohol que tanto te gusta, pero parece que hoy es un día especial. ¿Celebras algo?

—No necesito una razón. Suena tan bien que me ha apetecido.

—Está bien. Enseguida os lo traigo.

Jerry rebota entre las mesas como una bola de *pinball* hasta llegar a la barra; aprovecha para recoger pedidos en cada choque.

—Si no es para celebrar, será para olvidar porque tú no bebes alcohol. La última vez fue cuando rompiste con Kurt —me dice Cynthia.

—¿Tú también? Queréis dejar de fijaros en mí y dejarme que haga lo que quiera. Me apetece y punto —digo empezando a sentirme molesta.

—Está bien. Está bien. No te pongas así —me contesta.

—La agresividad es un claro síntoma del síndrome de abstinencia. Mejorará cuando le traigan su copa —dice London.

—Puedo ir yo a por ella si urge —sugiere Adam.

Me los quedo mirando mientras se ríen. La verdad es que están en lo cierto: sí que tengo una razón para beber esta noche. Quiero distraerme, no quiero estar dándole vueltas a la cabeza todo el tiempo. Quizás he exagerado poniéndome a la defensiva.

—Iros a la mierda —digo uniéndome a las risas.

Las horas transcurren rápidas y las copas se van amontonando en la mesa. Casi todas de Cynthia y mías. Adam hace rato que ha dejado de beber argumentando que ya ha tenido bastante alcohol este viaje y London lleva con la misma copa durante una hora.

Cynthia, ya cansada de estar sentada, coge a London de la mano y se lo lleva a la pequeña pista de baile que hay al otro lado del escenario. Yo me quedo a solas con Adam, pero no me importa en absoluto porque a estas alturas no hay muchas cosas que me preocupen.

—¿Jerry, *buedes* traerme *odra* copa?

Él me escruta un instante juzgando mi estado y luego determina: —La última. Luego no pienso traerte más. Y por cierto soy Adam.

—Vale, jefe *madavilloso*.

—Me resulta curioso verte medio borracha. Pareces otra persona —dice Adam.

—¿*Ezo* es un halago o un insulto?

—Ninguna de las dos; una observación.

—¿Así que *mobservas*?

—Desde que llegué. Lo sabes muy bien —me dice insinuante mientras me mira de abajo a arriba.

—¡Oye! Un amigo no debe *midar* así a una amiga.

Jerry llega con la bebida.

—La he dejado beber tanto porque está con vosotros y sé que te ocuparás de vigilarla. —Busca reafirmación por parte de Adam y él asiente con la cabeza.

—Yo no *necesito* que nadie me cuide. Ya soy *mayorcida*.

—Es lo que hacen los amigos —dice Adam. Jerry parece satisfecho con la puntualización. Se marcha, pero no sin antes dedicarme un último escrutinio desaprobatorio —Es lo que querías ¿no? —continúa Adam—. Lo de ser amigos.

—*Clado* que sí —digo mientras niego con la cabeza. Adam suspira con una sonrisa en la boca.

Seguidamente me apuro mi nueva copa de un trago.

—¡Eh! Más despacio petite. —Pero ya es demasiado tarde. Ya es combustible para mi desinhibición.

—Vamos a bailar —digo de repente—. *Bero* sin contacto, que te conozco.

Adam levanta las manos en actitud inocente. —Detrás tuya.

Voy dando traspiés hasta llegar a la pista. De camino me apoyo un segundo sobre un busto romano para recobrar el equilibrio. ¿Cuándo ha comprado eso Jerry? Oigo a Adam pedir disculpas a mi espalda: debe ir tan borracho como yo. Bueno, quizás no tanto porque juraría que me ha agarrado en varias ocasiones para que no me caiga. Cynthia y London están allí bailando a lo *Pulp Fiction*. Voy tan afectada que ni siquiera reparo en que la música que está sonando en este momento es una balada y no pega nada con ese baile. Los observo entusiasmada hasta que finaliza la canción. Acto seguido levanto el pulgar en su dirección y ellos responden de la misma manera.

La siguiente canción es más animada y no puedo permanecer inmóvil.

—¿*Tonces* a los jugadores de fútbol, os enseñan a *bailad*?

—Puedes comprobarlo por ti misma —Adam comienza a bailar al ritmo de la canción. Para ser tan grande se mueve bastante bien. Supongo que todo tiene que ver con la coordinación. Me viene a la cabeza una frase que dice Cynthia cada vez que salimos: «Así baila, así folla». En ese momento Adam

me mira directamente. Me tapo la boca con las dos manos; creo que lo he dicho en voz alta.

Yo comienzo a bailar intentando disimular pero hasta estando medio borracha me doy cuenta de que parezco un pingüino en medio de un ataque epiléptico.

—Aun no me «haz» contado lo de la *addilla* —le digo con voz pastosa acercándome a su oído. Me ha venido a la cabeza.

—¿El qué?

—Lo de la *addilla*.

—¿Lo de la ladilla?

Niego con la cabeza armándome de paciencia.

—Lo de la *arrrrrdilla* —lo digo con tanto esmero que veo a Adam limpiarse mi saliva de su cara.

—¿Ardilla?

—Sí.

—¿Qué pasa con ellas?

—*Golpeaste* una.

—¡Ah! Ya sé de lo que me hablas.

—Cuéntamelo.

—¿Ahora?

—Sí —digo con los ojos cerrados y cabeceo afirmativamente durante un buen rato.

—No hay mucho que contar. Estábamos jugando un partido cuando la mascota del equipo rival interrumpió nuestra última jugada saltando al campo y haciéndonos perder el partido. Luego actuó como si hubiera sido un tropiezo. Todo hubiera quedado ahí, pero al finalizar el partido se acercó y comenzó a burlarse de nosotros. No pude resistirlo y le arreé un puñetazo que lo tiré de espaldas. Luego se armó una buena.

La música que suena en este momento es la mejor que he escuchado en mi vida.

—Cuéntame lo de la *addilla* —le digo a Adam.

Él se ríe y sigue bailando conmigo. Yo lo sigo. Le quiero decir algo pero no recuerdo el qué.

Seguimos así durante un par de canciones más. Luego suena una melodía lenta.

—¿Puedo? —me pregunta Adam haciendo ademán de cogerme por la cintura.

—*Bedo sin propasararte* —le señalo.

—Lo juro.

Entrelazamos nuestras manos. Se acerca a mí. Nos balanceamos con lentitud, al son de la canción. Dejándome llevar no soy tan patosa. El suave vaivén me incita a apoyar mi cabeza sobre su torso. Oigo su corazón latir con fuerza, como un gong enorme resonando en un teatro vacío. Dejo de prestar atención a la música y me concentro en el rítmico sonido de su pecho.

—Siento ponerte las cosas difíciles, petite. Nunca he sido un hombre que se rinda con facilidad —me susurra.

Yo no digo nada. Una parte de mí, la parte imperante en este momento se alegra de oír eso. Me obligo a levantar la cabeza y mirarlo a los ojos que me miran expectantes. Su corazón late tan rápido... sus labios están tan cerca... Me pongo de cuclillas y acerco despacio los míos. Al hacer ese movimiento la cabeza comienza a darme vueltas. Justo antes de besarlo no puedo aguantarlo más y vomito encima de su pecho. Una pesadez insoportable se apodera de mis párpados y de mi consciencia, luego todo se vuelve oscuro.

CAPÍTULO 11

Abro los ojos en medio de un terrible dolor de cabeza. Es como si la hubieran usado de bola de demolición. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la luz que se cuelga por las diminutas ventanas. Enseguida reconozco el lugar: se trata del almacén. Estoy sola. No sé cómo he llegado hasta aquí. Rebusco entre los recuerdos de la noche anterior; bebí mucho, demasiado. ¡Oh, Dios! ¿Cómo pude hacer eso? No existe una palabra para definir lo avergonzada que me siento ahora mismo. Un mareo instantáneo me obliga a sujetarme al sofá. Cuando se me pasa, me levanto y me acerco a la mesa. Sobre ella está mi móvil apagado sin batería, una caja de aspirinas y una botella de agua. Apuesto a que ha sido Jerry anticipando la resaca que me esperaba.

Me tomo dos de un trago suplicando que actúen pronto. Luego recojo mis cosas y las guardo en mi bolso que está colgado en el pomo de la puerta.

Al salir me encuentro con Jerry. Está barriendo el local. Siento una oleada de bochorno al pensar que ha debido limpiar mis vómitos.

—¡Buenos días! ¿Quieres un vermú para despabilarte? —La sola mención al licor hace que me entren arcadas—. Eso me imaginaba.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las nueve de la mañana.

¡Joder debería estar en la universidad! ¿Cómo se me pudo ir tanto de las manos anoche? Se supone que solo íbamos a tomar un par de copas.

—¿Mis amigos se fueron hace mucho?

—Justo después de tu gran actuación. De hecho se fue mucha gente después de eso. Es como si hubiera sonado una maldita sirena que les recordara a todos que ya era hora de irse.

—Lo siento —digo bajando la cabeza.

Él me observa durante unos instantes que a mí se me hacen eternos.

—No te preocupes niña. A pesar de eso fue una noche bastante buena.

—Me alegra oír eso.

—Lo que no termino de comprender —dice soltando la escoba—, es en qué estabas pensando. ¿A qué vino esa manera de beber?

—Necesitaba desconectar un poco.

—¿Desconectar un poco? Lo tuyo fue un apagón general.

—Se me fue un poco la mano.

—¡Nos diste un buen susto! A punto estuvimos de llamar a una ambulancia. No lo hicimos porque uno de los clientes era médico y nos dijo que no era nada serio, que se te pasaría durmiendo la mona. ¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiera metido la cabeza en una lavadora.

—Así aprenderás la lección.

—No volveré a probar el vermú en mi vida.

—En mi bar seguro que no. A partir de ahora tienes totalmente prohibido tomar alcohol en mi local.

—Creo que me lo tengo merecido.

Jerry sonrío con gesto paternal. Yo lo imito. No se puede evitar. Cada vez que sonrío tiene un aspecto la mar de divertido con ese mostacho.

—No soy adivino —empieza—, pero apuesto a que tuvo que ver con Adam. ¿Es así?

—Puede ser.

—No quiero meterme donde no me llaman. Pero en mi opinión es un buen chico. No quería separarse de ti. Tuve que convencerlo de que me encargaría yo. Al final casi me toca llamar a Jarvin para que lo eche del local.

—¿Se enfadó mucho?

—¿Por?

—Ya sabes. Lo del vómito.

—Estaba tan preocupado por ti que no pensaba en otra cosa. Fui yo el que

tuvo que recordarle que se cambiara de camiseta; le dejé una mía de cuando yo era joven. Le venía como un guante. Algún día te tengo que enseñar mis fotos antiguas.

—Ya creía que no me ibas a castigar.

—¿Castigo? No serás capaz de reconocermé.

—¿Ya lucías ese bigote?

—Sí.

—Pues entonces no podría equivocarme.

A pesar de mi estado le ayudo a terminar de limpiar el local y luego nos despedimos. Me doy cuenta de la suerte que tengo al tener un jefe como Jerry. Más que un jefe es parte de mi familia. Que alguien goce de su aprobación es importante para mí. Curiosamente parece que Adam le ha caído en gracia. Aunque en nuestro estado actual eso no sirve de mucho. Imagino que debe de estar enfadado. Jerry asegura que no, pero yo tengo mis dudas. Debo pedirle disculpas pero no tengo ni idea de cómo empezar.

No estoy como para asistir a mis clases, así que decido ir a la universidad esta tarde. Reuniré todas mis fuerzas y hablaré con Adam cuando finalice su entrenamiento de hoy. Lo primero que necesito es pasar por casa y darme una ducha que me arregle.

El agua templada y el jabón con aroma a frutas del bosque obran maravillas. ¿O quizás se debe a las aspirinas? El caso es que cuando salgo de la ducha soy una mujer nueva. Ni rastro de la resaca. Si me diera prisa aún sería capaz de llegar a las dos últimas clases de la mañana. Pero lo cierto es que no me apetece nada. Me encuentro tan relajada que solo me apetece enfundarme el pijama, coger un buen tazón de cereales y sentarme en el sofá a ver los programas de la mañana. ¿Quién me lo impide?

El contenido de todos los canales es somnífero. Caigo rendida, como si no hubiera dormido nada, en menos de diez cucharadas.

Cuando despierto, por segunda vez hoy, me doy cuenta de que es muy tarde. Apuro el resto del tazón frío con los cereales ya reblandecidos y me

doy por servida. Si me viera ahora mismo un nutricionista creo que le provocaría un infarto.

Me cambio de ropa a todo correr y guardo las cosas en la mochila de la universidad. ¡Mierda! Se me ha olvidado poner a cargar el móvil, pero ya no tengo tiempo. Lo haré cuando vuelva. Salgo de casa pitando y agarro mi bicicleta. Por suerte Cynthia ha tenido el gran detalle de liberar *mi bicicleta* para que pueda usarla.

Asisto a mis clases de la tarde y luego voy directa al estadio. No sé ni por dónde empezar a disculparme, pero mi padre siempre me dice que: «una disculpa de más, es un problema de menos». Apuesto a que mi padre nunca ha vomitado encima de nadie.

Ya han terminado de entrenar; los últimos jugadores están abandonando el campo. No veo a Adam por ningún sitio pero distingo su voz detrás del recodo del túnel de vestuarios. No está solo: la risa de Lisa Mayer es inconfundible. Desde mi posición no soy capaz de ver lo que está pasando. Solo puedo escuchar las repetitivas carcajadas de ella. Adam es gracioso ¿pero tanto? Sobrepaso la mitad de mi cuerpo por encima de la valla de contención intentando ver algo. Allí están: *charlando*. Adam está recostado con uno de sus pies apoyado en la pared. Lisa parlotea exhibiendo un amplio catálogo de coqueteos de manual que incluyen reír cada palabra que sale de la boca de Adam y apoyar la mano en su pecho cuando lo hace.

En ese instante la valla se cae con un sonido metálico y las risas cesan de repente. Ambos se giran para descubrirme. Adam se separa de la pared en el instante y me saluda con la mano. Luego me hace señales para que espere. Le dirige unas últimas palabras a Lisa y como no puede ser de otra manera esta rompe a reír. Acto seguido Adam camina hacia mí. Detrás de él veo como Lisa me dedica una mirada asesina. Me gustaría saber qué he interrumpido exactamente. Adam no demuestra ninguna señal de nerviosismo. Es buena señal... supongo.

—¿Ya te encuentras bien?

Contesto con un escueto «sí». Como veo que él no hace intención de continuar me obligo a hacerlo yo; ante todo le debo una disculpa.

—Creo que me pasé anoche.

—¿Qué te hace pensar eso?

Lo miro a sus penetrantes ojos azules. Lo mejor será hablar sin preámbulos.

—Lo siento Adam. Me siento terriblemente avergonzada por lo que pasó. Espero que me perdones.

Él sonrío con media boca. Supongo que ya esperaba mis disculpas.

—No hay nada que perdonar. Todos nos pasamos con la bebida alguna vez. Yo mismo pillé una buena cogorza la tercera noche que llegué aquí. Aunque yo no terminé vomitando encima de nadie... creo. En fin que no te angusties por eso. Lo que pasó, pasó.

—Gracias por tu comprensión.

—No hay de qué. Además desde que llegamos siempre pensé que me gustaría impregnarme con tu aroma. Aunque no me refería exactamente a eso.

Consigue hacerme sonreír.

—En cuanto a eso...

—Sí, ya sé. Amigos y toda esa historia. Pero no crees que haber vomitado encima de mí nos otorga un nivel de confianza que muchas parejas no tienen. Parecido al de ir al baño con tu pareja delante.

Reflexiono sobre esas palabras, que aun siendo tontas, me hacen añorar el hecho de no tener esa confianza con nadie.

—Ya hemos hablado de eso.

—Sí. Y te prometí que no intentaría nada, pero no puedes obligarme a que deje de intentar convencerte durante los cinco días que me quedan.

¡¿Cinco días?! No me había parado a contarlos, cuando llegó veía tan lejos la fecha en la que se iría que no he llevado la cuenta. ¡Cinco días pasan enseguida!

—Pensaba que quedaba más tiempo.

El niega en silencio. Yo bajo la cabeza sin saber qué decir.

—Cuando esté en casa te echaré de menos.

—Nunca pensé que diría esto, pero creo que yo a ti también. Has demostrado ser mejor huésped de lo que esperaba. —La conversación está cogiendo un tono serio que necesito evitar—. Y bueno, eres buen tío —digo con torpeza.

—Sí que lo soy —contesta con fingido orgullo—. Espera, ¿has dicho buen tío o tío bueno?

—He dicho lo primero —respondo entre risas.

—También lo soy.

—Creído.

—Jugador de fútbol ¿recuerdas? —dice guiñándome un ojo. Lo hace de manera tan graciosa que resulta imposible tomarlo en serio.

Seguimos un rato conversando y bromeando. Lisa harta de esperar a que Adam vuelva acaba marchándose con aspecto malhumorado. De pronto Adam recuerda que aún no se ha duchado y me pide que le espere hasta que salga. Está afuera en quince minutos oliendo tan bien que tengo que resistir la tentación de darle un bocado; antes de encaminarnos hacia casa pasamos a recoger mi bicicleta; no la monto, la arrastro por el manillar todo el camino de vuelta.

—¿A qué hora viniste?

—Después del mediodía.

—Podías haber contestado los mensajes que te enviamos cuando te despertaste. Nos tocó llamar a Jerry para que se asegurara de que seguías respirando.

—Lo siento. Todavía no he visto los mensajes. Tengo el móvil sin batería. Ahora cuando llegue a casa, lo cargo y os respondo —bromeo.

—Un poco tarde ¿no te parece?

—Más vale tarde que nunca. No quiero que os preocupéis más por mí.

—¿Entonces por qué no me contestas ahora mismo? —pregunta siguiéndome el juego.

—¿Cómo? Ya te he dicho que no tengo batería.

—Toma —dice sacando de su mochila un aparato electrónico de forma

rectangular—. Es una batería externa. Conecta tu móvil.

—Ahí está el chico con recursos del museo.

—Es muy útil. Me ha salvado en más de una ocasión.

—Está bien. —Hago lo que me dice—. Todo sea por contestaros y que durmáis tranquilos.

Enciendo el móvil y al momento empiezan a sonar un montón de notificaciones. Abro el panel de mensajes y entre todos los mensajes de Cynthia y Adam hay uno que me deja sin aliento.

Alzo la cabeza hacia Adam con la cara pálida. Enseguida se da cuenta de que algo no marcha bien.

—¿Qué sucede? —pregunta alarmado.

—Es... es mi abuela —titubeo.

Acudo lo antes posible al hospital. Mi madre me recibe con un abrazo fuera de la habitación donde está ingresada.

—¿Cómo está? —urjo.

—Lo peor ya ha pasado. Solo ha sido un susto.

El nudo de mi garganta se deshace un poco.

—Siento no haber venido antes, mamá. Estaba... —«¿borracha en el sofá de mi trabajo?», pienso.

—Lo importante es que estás aquí —acaba por mí la frase.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido un pequeño infarto. Pero ya está fuera de peligro.

¿Un pequeño infarto? ¡Joder! Me siento aún más culpable por no haber acudido antes.

—¿Puedo verla?

—Mejor no, cariño. Se acaba de dormir. Los médicos han dicho que debemos dejarla descansar.

—Entiendo.

Me acerco a la habitación y entorno la puerta con sigilo. Por la ranura la veo tumbada en la cama con un camisón blanco mientras varios tubos le salen del brazo y se funden con dispensadores de goteos y medidores de constantes vitales. Me llevo una mano a la boca para ahogar un gemido. Varias lágrimas escapan de mis ojos.

Ella es muy importante para mí. Siempre he buscado su consejo en situaciones difíciles. Tiene la sabiduría vital que la experiencia y los años otorgan. Fue ella la que me ayudó a superar lo de Kurt, y a perseguir mis sueños en el mundo del arte. Creyó en mí cuando ni yo misma lo hacía. Un pañuelo de lágrimas con mi nombre bordado. Por eso verla así es como recibir un mazazo. Si algo le pasara... no quiero ni pensarlo.

—¿Seguro que se pondrá bien mamá?

—Seguro. La van a mantener en observación de momento, pero los médicos confían en que se repondrá muy pronto.

—Espero que tengas razón —concedo—. ¿No han venido papá y los tíos?

—Se marcharon unos minutos antes de que tú llegaras. Yo les avisaré si ocurre algo.

Asiento mientras le dedico un último vistazo a mi abuela. Luego cierro la puerta con cuidado de no hacer ruido.

Paso las horas sentada en una incómoda silla de la sala de espera, aguardando alguna novedad. Mato el tiempo con el móvil gracias a la batería que me ha dejado Adam. Adam... en estos momentos me gustaría poder contar con alguien para que me ayude a sobrellevar esta angustia que me atenaza. No debí pedirle que no viniera. Me imagino siendo arropada por sus brazos; ahí me siento tan segura que me parece que ningún mal puede alcanzarme.

—¿Por qué no te vas a casa, Yulia?

—No. Me quedo aquí.

Estoy decidida a pasar la noche en esta ingrata sala.

CAPÍTULO 12

Es la noche más incómoda que he pasado en toda mi vida. Las sillas de plástico son todo lo contrario a confortables. Cuando conseguía cerrar los ojos y empezaba a dormirme, una intranquilidad creciente o el constante devenir del personal de enfermería me devolvían a la vigilia.

Ahora son casi las nueve de la mañana y lo mejor será que desista en mi intento de descansar algo. Aún no hay novedades en el estado de mi abuela; sigue profundamente dormida. Los doctores nos han dicho que sus constantes son buenas, pero que una persona de su edad necesita reposo para recuperarse de un esfuerzo semejante. Decido confiar en su dictamen, aunque una parte de mí siempre espera lo peor.

Me levanto y voy hasta la máquina expendedora del vestíbulo donde compro unos snacks de chocolate. Pegada a ella hay una máquina de café que me despierta la necesidad de mi dosis diaria. Introduzco una moneda y rezo para que no sea tan malo como anticipa el destartado estado del aparato. El vapor se escapa del turbio líquido mientras cae en un vaso de plástico y llega hasta mí; hace que arrugue todos los músculos de mi cara; aun así me atrevo a probarlo y para mi sorpresa no me hace vomitar, pero desde luego tampoco lo puedo considerar bueno. Espero que por lo menos cumpla con su cometido y elimine mi agotamiento.

Pienso en mis compañeros de piso. A estas horas se estarán preparando para ir a clase. Hablé con ellos y todos se ofrecieron a venir. Tuve que esmerarme mucho para convencerles de que no hacía falta; aceptaron siempre que yo les informara de cualquier cambio. He pensado mucho en ellos durante la noche. Sobre todo en Adam y en un pensamiento recurrente que no ha dejado de atosigarme: se marcha en cuatro días. Estando mi abuela así no debería importarme otra cosa, pero no es así. Ya ves, ella debatiéndose entre la vida y la muerte y yo preocupada, aunque en menor medida, de mi situación con Adam. Apuro el resto del café de un trago y me obligo a centrarme en lo verdaderamente importante en este momento y en dejar mis asuntos personales de lado.

Cuando vuelvo a la sala de espera mi madre se me queda mirando. Conozco esa cara: es la que me ponía de pequeña cuando me inspeccionaba antes de ir al colegio; siempre acababa peinándome con su saliva.

—Tienes un aspecto terrible. Tienes unas ojeras que... y esa cara de cansada.

—Estoy bien mamá —respondo protegiéndome el pelo con las manos.

—Pues no lo parece. ¿Por qué no te vas a descansar?

—Mamá —respondo alargando la última vocal. Suelo emplear ese tono con ella cuando quiero que deje de insistir en algo. Aunque esta vez su petición es bastante sensata: me encuentro tan cansada que suena tentador—. No pienso dejarte aquí sola. Necesitas descansar más que yo.

—Tonterías. Yo estoy perfectamente. —Y es verdad, parece tan fresca como si viniera de un balneario—. Hazme caso hija. Te avisaré si dicen algo.

—Ni hablar.

—Que estés aquí no va a cambiar nada.

—Quiero estar aquí por si pasa. Por si ella...

—No pasará. Te lo juro. Tú vete y luego vuelve descansada.

—Pero tú...

—Enseguida vendrá tu padre y entonces podré irme si me apetece. Hazme caso y esta vez mantén el teléfono encendido.

No tengo energías para sumirme en una conversación interminable con mi madre. Así que acepto a regañadientes.

—Pero avísame la primera.

—Descuida, hija.

Como hice la noche pasada, me acerco a la puerta y vuelvo a observar a mi abuela. Tiene mejor aspecto. Su cara no está tan pálida y parece inmersa en un sueño tranquilo y placentero. Me despido de ella con un susurro y me marcho del hospital con la sensación de que mi cuerpo pesa tres veces más de lo normal.

Creo que me equivoqué y le di al botón de descafeinado.

Al abrir la puerta de casa, la cama me llama como el canto de una sirena. No la hago esperar. Pongo mi teléfono en la mesita y caigo en redondo hundiéndome entre el acogedor edredón.

Me despierto un par de horas más tarde y lo primero que hago es mirar si he recibido algún mensaje. Nada. Me invade el presentimiento pesimista de que algo malo va a suceder. Empiezo a preparar las cosas para ir de nuevo al hospital.

Mientras estoy guardando mis enseres suena el teléfono. Es mi madre. Se me acelera el pulso. Trago saliva antes de descolgar.

—¿Qué ha pasado? —pregunto hecha un manojo de nervios.

—Tranquila cariño. Todo está bien. Se ha despertado y se encuentra mejor. Los médicos dicen que esta noche dormiré en casa.

—¿En serio? ¿No me mientes mamá?

—¿Por qué iba a hacerlo?

La tensión contenida se disuelve en lágrimas de alivio. Mi madre espera paciente al otro lado sin decir nada, esperando a que termine de desahogarme. Cuando lo hago me da más detalles, le pido hablar con ella, pero me dice que se la han llevado a hacerle unas últimas pruebas; nada importante asegura mi madre.

Cuando cuelgo empiezo a dar saltos por la habitación. En ese momento oigo abrirse la puerta de casa. Es Adam.

—He venido antes...

No le dejo terminar la frase. Lo estrecho con todas mis fuerzas.

—¿Va todo bien? —titubea.

—Ella está bien —respondo.

Emite una profunda exhalación.

—Me alegro, petite.

Lo miro con la felicidad desbordándose por mi cara.

—¿Recuerdas esa parte del programa que aún no hemos cumplido? —Lo

piensa un segundo y luego asiente—. Pues prepárate porque esta noche vas a cenar con mi familia.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Adam mientras estamos parados ante la puerta de mi antigua casa—. Quiero decir: no hemos avisado y tu abuela acaba de sufrir un infarto. ¿No será demasiado sobresalto que aparezca contigo?

Sus palabras me hacen dudar un poco, pero ahora ya es tarde para considerarlo.

—¡Hija! ¿Qué haces aquí?... ¡Uy! ¿Quién es este joven?

—Mamá, este es Adam.

—Encantado señora —dice alargando la mano. Ella la estrecha dando un respingo.

—Hemos venido a ver a la abuela. De paso, pensábamos quedarnos a cenar si no te importa.

—¿¡Importarme?! ¡Qué tonterías dices! Vuestro tío ha tenido la misma idea. Pasad, pasad. Veré que puedo preparar.

Sus ojos abiertos en exceso recorren a Adam mientras este pasa por delante de ella.

—Tendré que emplearme a fondo si quiero satisfacerte, muchacho —anuncia para después reírse con ganas. Adam le devuelve la sonrisa.

—No es la primera que me lo dice —contesta mientras me dirige una mirada picante. Mi madre, al igual que la mayoría de las madres, carece del gen encargado de interpretar las frases con doble sentido. Espero que eso no me pase a mí. Contando que algún día llegue a ser madre, que lo dudo mucho.

—Si es por mí señora, no se complique demasiado —añade Adam cuando se ha cerciorado que he captado su comentario—. Soy de gustos sencillos.

—Más tonterías. Dejad que yo me encargue de todo. Todos están en el comedor. No me habías dicho que tu amigo era tan guapo —me dice en voz baja acercando su cara a mi oreja. También carece del gen del disimulo.

Adam nos ha escuchado sin problemas.

Ya en el comedor mi mirada pasa por mi padre y mi tío hasta dar con mi abuela, que está sentada en una silla de ruedas cerca del televisor con un respirador conectado a la nariz. Veo encenderse su rostro al verme.

—¡Yulia! —exclama.

—¡Abuela! —Corro a abrazarla—. ¿Cómo estás?

—¡Va! —dice golpeando el aire con la mano—. ... Hace falta algo más que esto para que os deshagáis de mí.

Le acaricio la cara mientras ella estrecha mis manos con las suyas.

—No te preocupes, pequeña. Estoy bien. De verdad.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo? —pregunta mi padre.

—¡Ah, sí! Disculpad familia. Este es Adam. El chico de intercambio del que os hablé.

—¡Huy! Vaya joven tan apuesto has traído —proclama mi abuela mientras se ajusta las gafas.

—¡Abuela!

—Encantado —dice Adam desde el dintel de la puerta visiblemente divertido.

—Un placer Adam —dice mi padre—. No es muy habitual que Yulia traiga compañía.

—Yo empezaba a pensar que era lesbiana —suelta mi tío John igual de discreto que siempre. Le dirijo una mirada asesina—. ¿Qué? ¿Qué he dicho?

Lo dejo estar. Creo que no se da cuenta de lo irritante que puede llegar a ser.

Adam se acerca hasta mi abuela y se agacha para hablarle.

—Me alegro de que se encuentre bien. No parece que acabe de salir del hospital.

—Bueno. He estado mejor.

—Yo le veo muy bien.

—Apuesto y adulator. Tienes todo lo necesario para comerte el mundo, joven. Y además tiene una mirada sincera —dice dirigiéndose a mí—. No como ese Kurt, desde el primer momento supe que no era trigo limpio.

—Abuela, Adam solo está aquí por un programa de intercambio. Uno de los requisitos es que tiene que conocer mi entorno familiar.

—Sí, sí. Lo que tú digas, hija. Pero el infarto lo he tenido en el corazón, no en la cabeza. Esta vieja anciana no es tan ingenua como todos se piensan.

Adam y yo cruzamos miradas.

¿Es posible que nuestra atracción sea tan obvia?

Después de una hora de intensa e incómoda charla familiar, nos sentamos a cenar. Mi madre ha preparado puré de patatas, ensalada de repollo y cerdo asado en salsa de especias. ¡Menos mal que la hemos pillado de imprevisto!

—Espero que no seas vegetariano —sondea mi madre a Adam.

—No se preocupe. Todo tiene una pinta estupenda.

Ella sonrío satisfecha.

Vamos a empezar a cenar cuando mi tío dice:

—¿Bendices tú la mesa, Adam? —Él se queda un poco enfrentado sin saber qué decir—. Te tomaba el pelo. Deberías ver la cara que has puesto.

—Muy ingenioso —contesta Adam. Luego me dirige una mirada interrogativa.

Todos nos lanzamos a por la cena excepto mi abuela que se tiene que conformar con un preparado de aspecto no muy apetecible que le han recetado los médicos.

—Todo está muy bueno, mamá.

—Sí cariño —confirma mi padre—. Vamos a tener que invitar a Adam más a menudo.

—Creo que eso no será posible —anuncio—. Adam finaliza el programa en un par de días y volverá a California.

—Entiendo. Bueno pues eres bienvenido si decides volver por Louisiana

—se corrige.

—Acepto su invitación, señor Summers.

—Dinos, Adam, ¿qué estudias? —pregunta mi madre.

—Estudio para llegar a convertirme en biólogo marino. —Me llevo una buena sorpresa, creía que su única ambición era el fútbol; apenas lo conozco.

—Es un bonito oficio. ¿Encontrarás trabajo en California?

—La verdad es que no sabría decirle. Pero espero que sí.

—Además es un excepcional jugador de fútbol —añado.

—¿No serás tú —aventura John— el famoso jugador de intercambio que nos dio la victoria frente a los *Bears*?

—Bueno, eso fue mérito de todo el equipo.

—¡Lo sabía, llevo pensándolo desde que te he visto entrar! ¡Joder, ya era hora de ganar a esos paletos! ¡Enhorabuena por esa victoria! —Acompaña sus palabras alzando el brazo en actitud triunfadora—. En el periódico provincial dan por hecho tu futuro en un equipo profesional.

—Aún queda mucho para eso. Si es que llega a suceder.

—Eso es chico, humildad ante todo. Yulia —me dice—, átalos bien que este es buen partido.

—Deja a la niña —lo reprende mi madre.

—No soy una niña —murmuro.

—Tienes razón cielo. A veces olvido la mujer en que te has convertido. ¿Comes bien en el piso?

—Sí, mamá —contesto poniendo los ojos en blanco.

—No hay más que verla —dice John—. Cuando se fue de aquí estaba más plana que la aleta de un buzo. Fijaos ahora que tetas tan bien puestas. ¿Tú qué opinas, Adam?

A veces lo mataría. O siempre.

—La verdad es que no me he fijado —contesta Adam bajo la atenta mirada de mi padre. La respuesta, aunque falsa, es la correcta, y todos siguen

comiendo como si nada.

—Es toda una lástima que tengas que volver tan pronto —dice mi abuela. Al hacerlo me dirige una mirada de soslayo—. ¿Te hubiera gustado quedarte más tiempo?

—Sin duda —responde él sin apartar los ojos de mí.

—Eso pensaba. Como decía: una lástima.

—¿Yulia ha sido una buena anfitriona? —interroga mi madre.

—Ha sido una compañía estupenda. Desde el primer momento.

—¡¿Mi Yulia?! ¿Quién lo diría? Mi chica es muy buena pero nunca ha sido muy sociable.

—¿En serio? A mí nunca me ha dado esa impresión.

Adam miente de manera tan convincente que incluso yo lo creo.

—¿Estás seguro de que estamos hablando de ella? —insiste mi madre.

—¿Recuerdas cuando —empieza mi padre. Yo centro mi atención en mi plato sospechando que va a comenzar el bombardeo de intimidaciones que me temía. Precisamente por eso no me gusta traer a nadie a mi casa—... la apuntamos al conservatorio de música? Tardó dos meses en hablar con el resto de niños de su clase.

—Le sucedió lo mismo en el instituto —añade mi madre—. Siempre le ha costado abrirse con los desconocidos.

—Nunca lo hubiera dicho, señora Summers.

—Y tímida es un rato. Recordáis cuando su prima Amanda le pidió que dijera unas palabras en la iglesia durante su boda y antes de empezar salió huyendo del atril, y al hacerlo tiró uno de los cirios prendiendo la toga del reverendo. —Mi tío palmea en la mesa incapaz de contener la risa—. Fue todo un *momentazo*. Está grabado por si lo quieres ver, Adam.

Él, consciente de mi creciente incomodidad, declina con la mano.

—Yo creo que su problema es que es demasiado selectiva con las personas de su entorno.

—Pues con el chico aquel... ¿cómo se llamaba sobrina? Ah sí, Kurt. Con

ese te equivocaste de lo lindo. Aunque te hizo un favor, ese chico era un don nadie. Tú lo que tienes que hacer es pillar un buen partido —dice mientras me guiña el ojo y me señala con un tenedor repleto de puré. Luego ladea repetidamente la cabeza hacia Adam. ¿De verdad se piensa que está actuando con disimulo? ¿No hay nadie en la casa que sepa hacerlo? Si no fuera tan simple, lo odiaría a muerte.

—¿Por qué no habláis de otra cosa que no tenga que ver conmigo? —replico molesta.

—Eso mismo —dice mi abuela—. John Clifford, si vuelves a nombrarla me levanto y te arreo un bastonazo. No pienses que por haber sufrido un infarto me va a temblar el pulso.

Él enmudece de repente. Adam se ríe con disimulo. Él sí sabe hacerlo.

Entre el repentino interés de mis padres por las tradiciones californianas, los recuerdos familiares y las preguntas de rigor a una hija que vive fuera, llegamos al postre. Consiste en unos deliciosos yogures caseros con mermelada de fresa en el fondo. Mi abuela manifiesta problemas para respirar y con todo el aplomo que logra reunir nos pide que la excusemos y que la llevemos a la cama. La ausencia de mi abuela es un acicate para mi tío; libera su lengua mordaz y revela varios momentos embarazosos más que añadir a mi vergüenza. Me da mucha lástima cuando tiene que marcharse por madrugar al día siguiente. Mentira. Antes de irse, le desea suerte a Adam y le pide que le firme un viejo cuaderno que él siempre lleva encima; por si acaso Adam se hace famoso algún día.

A pesar de los comentarios indeseados, ha sido una buena cena en familia. Los echaba de menos. Miro el reloj: son casi las doce y media.

—La cena ha estado genial, mamá, pero nos tenemos que ir.

—Sí, señora Summers. Ha sido como comer en mi casa. Gracias por todo.

—¿Cómo habéis venido? —pregunta mi padre.

—En taxi.

—¿Y cómo os pensáis ir?

—Igual.

—¿A estas horas?

—¿Cuál es el problema?

—Es muy tarde para ir andando cogiendo taxis.

—Papá, ¿has visto a Adam?

Adam hincha el pecho con orgullo.

—No se preocupe, señor Summers. No habrá ningún problema.

—¿Por qué no os quedáis a dormir aquí? —sugiere mi madre mientras recoge los restos de la mesa.

—Esa es una gran idea —apostilla mi padre.

—¿Aquí?

—Sí, hija. Ni que nunca hubieras dormido en esta casa.

—No sé papá...

—¿De verdad no les importa? —me interrumpe Adam.

—Yulia puede dormir en su antigua habitación y tú, Adam, puedes hacerlo en el sofá del comedor.

—Por mí no hay problema.

—No sé. No queremos molestar —titubeo.

—Hija —me regaña mi madre—, desde que no vives con nosotros nos tratas como a unos desconocidos.

Si mi madre sale con esas, será mejor no llevarle la contraria.

—Está bien. Nos quedamos.

—Estupendo. Voy a preparar el sofá.

En menos de diez minutos ya está todo listo y todos dejamos a Adam solo mientras subimos al piso superior a ocupar nuestras habitaciones. Le dedico una última mirada desde las escaleras que él corresponde con una sonrisa.

—Buenas noches, petite —aprovecha que no hay nadie más mirando para dedicarme un gesto que yo traduzco por la palabra «luego» y seguidamente señala el sofá.

—Ni hablar —le contesto.

Él pone cara de huérfano desvalido. Entro en mi habitación y al cerrar apoyo mi espalda contra la puerta. Luego me tumbo sobre mi vieja cama y examino la que fue mi habitación hasta hace cinco años. No ha cambiado nada. Desde las estanterías siguen observando las decenas de peluches de mis películas animadas favoritas. Colgados en las paredes se reparten mis primeros bocetos de cuando el sueño de ser artista empezaba a arder en mi interior. El viejo órgano sigue apilado en un rincón pegado al armario. Verme de nuevo aquí me hace sentir a gusto, es como volver a una época en la que todo era más sencillo. Una época libre de chicos; de tener que estudiar hasta que me sangren los ojos; sin necesidad de trabajar y sin problemas económicos. Mis padres han decidido conservarla como la dejé, quizás con la esperanza de que regresara algún día. A ellos nunca les gustó la idea de que me independizara tan pronto. Apuesto a que siempre pensaron que con mi carácter introvertido nunca me atrevería a salir de debajo de sus faldas. La posibilidad de perder a mi abuela les debe de haber impulsado a pedirme que me quede, tener a la familia reunida de nuevo.

Me arropo con todas esas viejas sensaciones e intento dormirme.

Llevo como dos horas intentando conciliar el sueño. No recordaba mi cama tan dura. Me levanto para ir al baño aún sin tener muchas ganas, solo por intentar no pensar en que no me puedo dormir. No se me ha pasado por la cabeza echarle un vistazo a ver cómo va Adam. Bueno... sí. Me detengo al pie de las escaleras intentando atravesar con la vista la oscuridad de la parte inferior. Distingo su silueta removerse en el sofá. La tranquila respiración de Adam sisea en el silencio imperante en la casa. Cierro los ojos intentando acompasar mi respiración a la suya y me invade una sensación de relajación intensa. Cuando comienzo a sentirme como una perturbada decido continuar mi camino hacia el excusado; antes de entrar un susurro llama mi atención.

—Yulia, ¿eres tú?

La voz cansada de mi abuela se desliza entre la puerta entreabierta de su dormitorio.

—Sí, abuela, ¿necesitas algo? —contesto desde la puerta.

—Ayuda a acomodarme, cariño.

—Claro —digo entrando en la habitación.

—Agárrame por la cintura y súbeme.

Hago lo que me dice.

—¿Así?

—Mucho mejor —dice con un quejido contenido.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, cariño, es solo que a mi edad es difícil conciliar el sueño con tantos dolores. —Se me queda mirando con los ojos semientornados—. ¿Y a ti que te quita el sueño, mi niña?

—Nada importante: una cama dura.

Me coge la mano. Percibo toda la ternura que intenta transmitirme.

—Me alegro de tenerte aquí cariño.

—Yo también tenía muchas ganas de verte. Cuando me enteré de lo sucedido casi me da un infarto a mí también.

—Tú aún eres muy joven. Todavía te quedan muchas cosas por vivir. No como a esta pobre anciana.

—No digas eso, abuela.

—No te preocupes por mí. A mis noventa y cuatro años he vivido lo suficiente para marcharme tranquila.

—Abuela...

—Sí, cariño, la vida es muy corta. El mejor consejo que te puede dar esta vieja es que la aproveches al máximo. No existe otro más importante.

—Supongo que tienes razón. Aunque me temo que yo no soy de esas que saben exprimir la vida.

—Tonterías. Dime, ¿qué hay de tu joven amigo?

—Es solo un amigo, abuela.

—¿Te atreves a mentirle a una anciana con un pie en la tumba?

Sonrío tan solo con la boca. Siempre he sido sincera con mi abuela. No veo por qué esta vez ha de ser diferente.

—En realidad... sí que me gusta.

Ella asiente.

—¿Es mutuo?

—Sí. Aunque es... algo complicado.

—Complicado es ir al baño a mi edad. Tendrás que ser más explícita, cariño.

—Pues que él solo está aquí de paso. Vuelve a California en cuatro... no, en tres días. Aunque sienta algo por él, simplemente no puede funcionar. Es una tontería comenzar una relación en estas condiciones.

—Entiendo. —Durante unos instantes reina el silencio—. ¿Sabes que es lo que se piensa cuando ves acercarse el final?

Niego con la cabeza.

—En lo que más se piensa es en todas las oportunidades perdidas. Una se arrepiente sobre todo de lo que no ha hecho. —Yo asiento intentando asimilar la magnitud de sus palabras—. Te voy a contar algo que ni tu madre sabe. —Aprieto su mano con más fuerza; expectante. Ella cierra los ojos antes de seguir.

»Fue antes de conocer a tu abuelo; en el año cuarenta y dos, si no recuerdo mal. Eran tiempos complejos: acabábamos de entrar de lleno en la segunda guerra mundial. Resulta que volvió al pueblo un joven del que yo había estado enamorada durante toda mi juventud... —Yo la miro sorprendida—. Sí, cariño, sí. Espera y escucha.

»El caso es que el chico en cuestión había estado estudiando fuera, en una universidad de la otra punta del país. Él quería pasar un par de meses con su familia antes de alistarse. —En este momento mi abuela sufre una tos violenta. Cuando se detiene me pide que le acerque el vaso de agua de la mesita. Bebe despacio y luego se aclara la voz—. ¿Por dónde iba? Ah, sí: él volvió. Durante el tiempo que estuvo allí creció algo intenso entre nosotros. Como nada que hubiera sentido antes en mi corta vida; yo apenas contaba diecisiete años. En aquellos tiempos y con esa edad ya podíamos pensar perfectamente en casarnos.

—¿Te ibas a casar con ese hombre?

—No seas impaciente. Pues no, yo no lo pensaba, pero él... Supongo que la perspectiva de la guerra y la incertidumbre de sobrevivir a ella le urgieron a tomar esa decisión: una semana antes de partir me pidió matrimonio. Yo, aunque estaba enamorada perdidamente, no quería ser de esas que se casan con un soldado que se marcha a la guerra para nunca volver y se queda lamentando su pérdida toda la vida. Tuve miedo de perderlo nada más comenzar.

Estoy ensimismada escuchando su historia.

—¿Y qué pasó, abuela?

—Tuve que rechazar su proposición y le sugerí posponer esa decisión hasta su vuelta. Él argumentó que me quería y que pensar en mí como su mujer le daría fuerzas cuando estuviera en el frente. Yo no cedí.

—¿Cómo se lo tomó?

—Pensó que no lo quería lo suficiente y acabamos discutiendo. Fue la última vez que hablamos. —En este momento mi abuela tiene que hacer una pausa. Veo sus ojos cansados y vidriosos—. Se marchó, claro está, y estuvo varios años en el frente. Durante todo el tiempo que estuvo allí yo no paraba de pensar en la posibilidad de recuperarlo. Deseaba que volviera para decirle que había cometido un error. Todas las semanas preguntaba a su familia para saber si estaba bien y les daba cartas para que se las hicieran llegar. Nunca obtuve respuesta. —Detecto un nudo en su garganta. Alarga la mano temblorosa hasta el vaso de agua y bebe un sorbo.

»La guerra acabó en el cuarenta y cinco y él volvió... pero lo hizo de la mano de una guapa *francesita*. Yo lo acepté resignada, ¿qué podía hacer? Con el tiempo conocí a tu abuelo... el resto ya lo sabes. —Ella coge mi mano entre las suyas y se inclina un poco para dar énfasis a sus palabras—. Toda la vida me he estado preguntando que habría sucedido si hubiera aceptado su proposición.

Su historia hace que sienta una profunda tristeza. Una lágrima corre por mi mejilla.

—Lo siento, abuela... No tenía ni idea.

—He sido muy feliz con tu abuelo, hija. Pero eso no ha servido para que viva sin arrepentirme de mi decisión. Así que, escucha a esta vieja

entrometida y si hay algo real entre ese chico y tú, no lo dejes escapar. Si no, te pasarás la vida pensando en lo que podría haber sido.

Sus palabras hacen tambalear mis convicciones más arraigadas. Me despiertan a una nueva realidad y hacen que me cuestione mi comportamiento hasta ahora. Si me gusta, ¿a qué estoy jugando?

Los tablones de la escalera emiten un leve crujido bajo mis pies descalzos. Ruego que nadie me oiga. Sorteó los oscuros muebles del salón, sirviéndome de mi memoria, y llego hasta el sofá. Permanezco unos instantes observando a Adam. Mis últimas dudas se desvanecen con el eco reverberante de las palabras de mi abuela. «Solo importa el ahora». Me introduzco entre las sábanas sintiendo su calor corporal y rodeo su ancha espalda con mis brazos.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Yulia? —su tono va desde el sobresalto hasta la sorpresa.

—Sí —contesto algo ruborizada.

—¿Qué sucede? ¿Va todo bien?

—Estupendamente —le susurro.

—¿Qué haces aquí...?

—*Shhh*. No digas nada.

Y por primera vez me entrego a sus labios sin ninguna restricción.

CAPÍTULO 13

Aparco el coche de mi padre en la última plaza del parking de la universidad. No hay nadie cerca. Adam y yo nos volvemos a besar como si no hubiéramos pasado toda la noche haciéndolo. Pero estos besos son diferentes, no tenemos miedo a ser sorprendidos en la intimidad de nuestro contacto. Me separo ansiosa de él para preguntarle: —¿Seguro que no puedes faltar hoy?

—Créeme, petite, nada me gustaría más. Pero hoy es el día de informar a los supervisores de mi experiencia con el programa. Te tengo que puntuar como anfitriona. Si todo va bien, ambos obtendremos nuestros créditos.

—¿Y qué dirás de mí? ¿He sido una buena o mala anfitriona?

—Digamos que has superado mis expectativas. Aunque el trato, demasiado frío para mi gusto.

—¿Ah, sí? —digo sentándome a horcajadas sobre él.

—Esto está mejor.

—No recuerdo que nada de esto constara en el programa.

—¿No? Entonces supongo que solo lo haces para lograr mi aprobación.

—No. Lo hago *porque quiero*.

Lo beso con frenesí mientras sus manos recorren mi cuerpo. Estoy tan excitada que podría entregarme ahora mismo. Un leve parpadeo y veo a Clint pasando junto al coche, al reconocer a Adam sonrío y lo señala con el brazo en actitud ganadora. Adam lo ignora. Yo vuelvo a mi asiento un poco ruborizada mientras Clint se pierde en medio del lejano gentío. «Menos mal que aquí teníamos intimidad».

—¿Entonces me quieres decir que te vas pasado mañana y hoy no voy a poder verte en todo el día? —pregunto sin poder disimular mi fastidio.

—Lo siento, Yulia. No es algo que pueda perderme. En el partido de esta tarde me juego todas las posibilidades de obtener una beca. He oído que van a

venir varios ojeadores solo para verme.

—Hubiera estado bien que jugarais aquí y no a cuatrocientos kilómetros. Podría ir a verte...

—No te lo tomes a mal, petite. Pero cuando soy consciente de que te encuentras cerca, no hago otra cosa que pensar en ti. Hoy necesito centrarme en el partido, sin distracciones. ¿Puedes entenderlo?

—Sí. Pero no ocurrió igual en el anterior partido.

—Entonces no había nada entre nosotros.

Me lo quedo mirando y no me queda más remedio que aceptar sus palabras.

—¿Lisa y el resto de animadoras irán?

—No tengo ni idea.

Arrugo el ceño ante la posibilidad de que ella asista, pero es una buena señal que ella no lo ponga nervioso mientras juega; supongo.

—Prométeme que mañana serás mío.

—Eso no tienes ni que pedírmelo.

—Está bien —me resigno. Adam me contempla con ternura y luego me abraza.

—No me has dicho qué te hizo cambiar de opinión.

No hace falta que me lo aclare. Sé a qué se refiere. Tardo unos segundos en responder.

—Mi abuela me hizo ver lo equivocada que estaba.

Él coge mi cara entre sus manos y con su boca pegada a la mía me susurra: —Tu abuela es una mujer muy sabia.

Otra vez nos besamos con pasión. Al cabo de unos minutos Adam se separa, no sin reparos, dispuesto a marcharse.

—Nos vemos mañana ¿vale, petite?

—Si no hay más remedio...

—Deséame suerte.

—Suerte. ¡Ah! Casi me olvido. Llévate un par de magdalenas que ha preparado mi madre.

—¡Qué buena pinta! Dale las gracias de mi parte.

Las coge antes de salir por la puerta y encaminarse hacia la entrada principal. Antes de llegar se gira y se despide sacudiendo la mano.

Él desaparece y yo sigo un rato mirando hacia allí con una sonrisa dibujada en la cara. Tengo la sensación que estoy haciendo lo correcto. Me siento liberada, sin ataduras, dejándome llevar por primera vez en mucho tiempo. Una mota de pesar nubla mi alegría, sintiéndome un poco tonta por haberme decidido tan cerca de su marcha. Pero estoy dispuesta a aprovechar hasta el último minuto que nos quede. Hoy soy feliz, mañana... quién sabe.

A mitad de mañana soy llamada a un pequeño despacho anexo al del vicerrector donde la persona responsable del programa de intercambio me espera. Lo primero que veo de él son sus deportivas. Está sentado con una pierna apoyada sobre la otra. Se trata de un hombre de mediana edad, pantalones oscuros y americana granate por donde asoma una incipiente barriga debajo de una camiseta gris. Observando con detenimiento soy capaz de ver el bulto de su ombligo de lo ceñida que le está. En sus brazos sujeta un cuestionario. La primera impresión que tengo es que se trata de un ex-deportista que ahora ocupa algún cómodo cargo estatal. Me sonrío con una dentadura amarillenta antes de dirigirse a mí.

—Señorita Summers, como participe en el programa de intercambio debo efectuarle unas cuantas preguntas para cotejarlas luego con las de su huésped. A fin de confirmar que han seguido las normas. ¿Está preparada?

Asiento inexpresiva.

Me bombardea con todo tipo de preguntas; se interesa por el comportamiento de Adam; si hemos cumplido todos los puntos; qué me ha parecido y si repetiría la experiencia. Respondo con las respuestas que pienso que está esperando, destacando las bonanzas y utilidad del programa.

Él parece satisfecho y la entrevista finaliza en un par de minutos. Me da la sensación de que siente una especie de paternal orgullo como impulsor del programa. Me despido y él me indica que en breve sabremos la conclusión.

El resto de la mañana transcurre sin poder ver a Adam. Solo lo logro en el momento en que él tiene que subir con el resto del equipo en el autobús que los llevará hasta el lugar del partido. Me ve y se detiene junto a la puerta trasera mientras el resto guarda sus bolsas de deporte en el maletero.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

—Como la seda. El tipo del programa me ha dicho que lo hemos cumplido satisfactoriamente. Si no sucede nada fuera de lo común, esos créditos son nuestros.

—Me alegro. —Lo cierto es que el programa no es lo que me preocupa en este momento—. Que vaya bien el partido.

—Gracias.

Me fijo en que desde una de las ventanillas nos observa Lisa sin ocultar su cara de desagrado.

—Ellas sí que van al final.

—Eso parece.

—Está bien, no te retengo más. Que ganéis —le digo antes de plantarle un beso bajo la mirada asombrada de todo el autobús. Algunos de los chicos comienzan a corear el nombre de Adam. Él para seguir con el teatro me inclina un poco hacia atrás y me besa como en uno de esos besos de película. Me siento alegre de que él presuma sin complejos de lo nuestro. De reojo veo como Lisa cierra la cortina de su ventanilla.

Después de la teatralidad de ese beso, se despide con uno más personal «hasta mañana, petite». Luego sube al transporte entre un tumulto de aplausos.

Ya en casa evito cenar con mis compañeros. Cynthia se muestra sorprendida «Hoy hacen un capítulo de *Texas woman*», me dice. Respondo sin interés y me encierro en mi cuarto a hacer lo que siempre hago cuando necesito distraerme y no pensar: dibujo. Lo hago hasta caer rendida con varios retratos como resultado. El primero es una imagen de un autobús alejándose entre los altos edificios de una ciudad bajo un torrente de lluvia. En el segundo una joven en un bosque oscuro y tenebroso aparta unas zarzas

negras para dejar a la vista un prado verde al pie de un cielo azul. Este cuadro representa como me siento en este momento. «Solo importa el ahora», me repito.

En mitad de la duermevela, el sonido de mi teléfono hace que me sobresalte. Lo agarro con rapidez.

—¿Estás despierta? —leo en la pantalla.

—Sí.

—¿Te importa que te llame?

Lo llamo yo apartando de golpe la somnolencia.

—¿Adam?

—Hola, petite.

—¿Cómo ha ido?

—Hemos ganado. Les hemos dado una paliza.

—¿Y qué tal se te ha dado?

—No ha sido de mis mejores partidos pero no ha estado mal. En el tercer cuarto he logrado bloquear a un contrario que iba camino de anotar un *touchdown*. Si llega a hacerlo, habría cambiado el rumbo del partido. Suerte que estaba yo.

—¿Sabes que no te entiendo cuando me hablas así, verdad?

—Está bien te lo diré de otra forma. He defendido nuestra meta como si se tratara de mi chica.

—¿Es eso lo que soy yo? ¿Tu chica?

—Solo si tú quieres.

La verdad es que suena bien. Ser su chica, aunque solo sea durante dos días.

—Suena bien.

Lo oigo emitir una leve risa.

—¿Se sabe algo de las becas? —Mi tono no denota la esperanza que me produce la posibilidad de que le ofrezcan una beca en alguna universidad

cercana.

—No —responde tras tomarse un momento.

Maldigo en silencio.

—Pensaba que ya no me llamarías —susurro.

—Llevo deseando hacerlo desde que me fui. Acabo de llegar a la habitación.

—¿Estás solo? —pregunto mientras jugueteo con un pincel.

—Claro. El equipo parece que cuenta con presupuesto: todos tenemos una habitación individual.

Creo que no me ha entendido. Mejor. No tendría que haber hecho esa pregunta.

—Solo te quedan dos días aquí.

Escucho un carraspeo al otro lado del teléfono.

—Sí. Me jode tener que estar aquí ahora mismo. Es como si desde que llegué por un motivo u otro siempre hayan existido impedimentos entre nosotros.

Lo admito sintiéndome culpable por mis decisiones. Intento cambiar de tema para alejar esos pensamientos.

—¿Cuándo llegas?

—Saldremos pronto de aquí. Imagino que llegaremos a primera hora de la mañana.

—¡Estupendo! Te tengo reservada una sorpresa.

—¿En serio? Pensaba que tus obligaciones habían acabado junto con el programa.

—Esto te lo debo a ti, tanto como a mí.

—Me tienes intrigado.

—Esa es la intención. ¿O crees que eres el único que sabe sorprender?

—Ahora no pegaré ojo en toda la noche.

—Seguro —afirmo divertida—. Así tendrás más ganas de verme.

—Eso es imposible.

Continuamos hablando hasta que obligo a Adam a colgar y dormir un poco antes de que el autobús emprenda el retorno. Necesita descansar para el día que le he preparado.

CAPÍTULO 14

—¿Es esta la sorpresa que me tenías preparada? —pregunta Adam mientras ve acercarse a Susie con una bandeja repleta de bollería en una mano y una cafetera en la otra. El olor intenso de los manjares caseros llega antes que ella consiguiendo que salive.

—Para nada. Pero el desayuno en *Susie's* los sábados es sagrado.

—Aquí tenéis chicos.

—Gracias, Susie.

—¿Qué ha pasado con la pareja de enamorados?

—No han podido venir —miento. Le he pedido a Cynthia que hoy nos deje a Adam y a mí solos. Me ha advertido de que le debo un gran favor. Renunciar a un desayuno en *Susie's* me costará plancharle la ropa por lo menos un par de semanas.

—En tal caso tendréis que comer por ellos —anuncia mientras sirve varios bollos más sin nuestro permiso. —Mira a Adam un momento y le sirve otros dos. Luego cuando ya se ha girado para irse, se vuelve de nuevo y me pregunta— ¿No seréis pareja verdad?

—Ni sí, ni no —respondo enigmática.

Ella me dirige una mirada socarrona y me sirve un par de bollos extra.

—Créeme, muchacha, los vas a necesitar —luego se marcha.

Adam bebe un gran sorbo de su café.

—Es algo a lo que me podría acostumbrar —anuncia.

Yo lo miro sin contestar, él repara en lo que acaba de decir y añade.

—No encontraré café como este en California.

—Por un momento había pensado que te planteabas quedarte.

Él niega de manera casi imperceptible con la cabeza.

—Claro que me lo he planteado. Ojalá fuera posible.

Yo no quiero que el día de hoy se centre en la inminente despedida así que desvíó la conversación.

—Claro que no encontrarás un café así en California. Ni allí, ni en ningún sitio.

—Creo que le voy a suplicar a Susie que me revele el secreto de su café antes de marcharme.

—Me niego a que un forastero sepa el secreto de *Susie's*.

—¿Forastero? Creo que ves demasiado *Texas woman*.

Me río. Lo echaré de menos. No. No tengo que pensarlo.

—¿Qué hay de esa sorpresa de la que tanto has presumido?

—Aún no. Tendrás que esperar.

Me llevo mi taza a los labios tratando de parecer misteriosa. Antes de beber respiro el fuerte y agrio aroma del café. Luego lo mantengo unos instantes en la boca, paladeando su sabor. Se me eriza el vello de los brazos igual que podría hacerlo al escuchar la voz en directo de una gran cantante o contemplar las pinceladas de un buen cuadro.

Antes de irnos Adam se despide de Susie explicándole que puede que nunca vuelva por allí. Ella se muestra compungida, como si se tratara de un antiguo cliente y no alguien que solo ha visto dos veces. Le regala varios bollos más y para mí sorpresa le pide hacerse un *selfie* con su móvil. «Para las redes sociales», proclama. Adam acepta y promete nombrar su local a todo aquel que esté dispuesto a visitar Louisiana.

El sitio es tal y como mostraban las fotos de internet. Una rústica cabaña de madera sobre uno de los infinitos pantanos de Louisiana. Junto a ella, emparedado por altos juncos hay un pequeño muelle. Lo primero que me llama la atención al bajar del coche es el fuerte olor a tierra mojada y musgo; el sonido intermitente de las ranas y el reflejo en tonos nacarados del sol del atardecer sobre un agua más verdosa que cristalina.

—La tenemos hasta mañana —anuncio.

Él me mira asombrado.

—¿Has reservado una cabaña para los dos?

—¿No te gusta?

—¿Cómo no iba a gustarme? —Hace una pausa mientras contempla el lugar—. Con su propio muelle incluido —dice a la vez que lo señala.

Yo asiento.

—¡Buena sorpresa! No me lo esperaba.

—Ya es hora de que tú me hagas de anfitrión. Mira, tiene una chimenea. Puedes coger leña y partirla con un hacha.

—Vamos a tener que hablar seriamente de *Texas woman*.

Nos reímos al unísono. Luego dejamos pasar unos segundos en silencio examinando con detalle nuestro alrededor, al final de la inspección nuestras miradas chocan en un golpe seco sustituyendo mil palabras. No hace falta decir nada: no hace falta decir que ambos nos sabemos por primera vez sin obstáculos, ni que mis reticencias se han ido diluyendo hasta desaparecer por completo; no hace falta decir que ambos nos deseamos con locura; ni que solo queda un día para que se marche. No hace falta decir lo que va a pasar.

Él se lanza sobre mí y me levanta en el aire mientras yo cierro mis piernas por detrás de su espalda. Me lleva en volandas hasta la puerta en un caminar ciego y zigzagueante mientras nos besamos con urgencia desatada.

—¿Tienes las llaves? —Su voz es apenas un susurro.

—En mi bolsillo trasero.

Siento como su mano se desliza por dentro de mis pantalones vaqueros y las extrae. Me apoya contra la puerta mientras intenta abrir a tientas.

—Los de ahí dentro se llevarán un buen susto si nos hemos equivocado de cabaña —bromea con tono acelerado.

—Calla y bésame.

La puerta se abre en medio de un chirriante crujido y vuelve a hacerlo al cerrarse a nuestra espalda. No lo advierto, como tampoco la oscuridad del

interior, me hallo transportada a un mundo de sensaciones donde el sentido de la vista y del oído no son necesarios, pero sí el resto. El gusto, con mi lengua enroscada en la suya en un baile donde solo nosotros conocemos la letra; el olfato, con el olor de su piel cercana, suave y fuerte a la vez: como vainilla y romero; y el tacto, sobretodo el tacto, con nuestros cuerpos limándose el uno contra el otro sin tapujos.

—¿Dónde está la cama? —me pregunta deshecho en lujuria.

Nos obligamos a detenernos buscando la parada final de nuestra pasión. Inapreciable en la negrura. Adam me deja en el suelo y trata de encontrar el interruptor de la luz. No lo hace, pero sí encuentra una vieja lámpara de gas y unas cerillas depositadas en la encimera; es el único lugar de la casa levemente iluminado por las rendijas de una ventana cercana. El fósforo enciende a la primera emitiendo un tenue fogonazo, y con él Adam prende el candil sin dificultad. Observo cómo camina con él en la mano hasta depositarlo en una mesita alejada. La cama queda iluminada como si de una isla se tratara en medio de la oscuridad de la habitación. Un pequeño faro para nuestros cuerpos anhelantes.

Lo veo venir hacia mí, despacio, con la titilante luz a su espalda contorneando su silueta. Se detiene delante. No dice nada, solo agarra mis manos y me besa en la boca con delicadeza. Como si la pasión anterior se hubiera multiplicado y quedado concentrada en ese beso tierno y húmedo. Lo deseo. Sus labios se deslizan por los míos para seguir un lento recorrido hacia la mejilla y después hasta el cuello. Un intenso cosquilleo mezclado con placer me obliga a cerrar los ojos y a ladear mi cabeza invitándolo a continuar, vencida en una defensa que no he presentado. Mientras, sus manos suben mi camiseta. No se lo impido, tampoco lo hago cuando trata de desabrochar mi sujetador. Lo consigue sin mi ayuda. Mis pechos quedan al aire con los pezones duros a su disposición. Y dispone. Me toca sin pausa arrancándome un gemido con cada caricia.

Intento quitarle la camiseta pero es tan alto que me tiene que ayudar. Cuando lo hace, me pongo a observarlo. Su cintura es estrecha, sus abdominales magníficos y a los lados de ellas dos líneas perfectamente delineadas se sumergen en sus pantalones indicando la dirección a seguir. Justo encima de su corazón descubro un tatuaje que no sabía que tenía: se trata de un tridente. Un pequeño misterio del que no tengo todas las piezas,

pero que estoy segura tiene que ver con su padre y su estrecha relación con el mar. Me gustaría preguntarle, pero no hay lugar para eso en este momento. Es perfecto. Con el emblema de un dios en su pecho, eso es lo que me parece al contemplarlo: un dios al alcance de mi mano.

Sus dedos caen hasta el botón de mis vaqueros. Mis pulsaciones se disparan. Mi respiración se entrecorta. Me tiemblan las rodillas. Mis dedos hacen lo propio con su botón. Nuestros pantalones resbalan hasta nuestros pies. De nuevo nos besamos, siento su miembro duro contra mí. No aguanto más. Deseo que me haga suya. Esta vez soy yo la que toma la iniciativa y arranca su ropa interior. Enarco las cejas al ver su sexo, en proporción al resto de su cuerpo, grande pero no exagerado. Un escalofrío de placer me recorre. La última frontera, mi ropa interior, cae unos segundos después.

Las sombras desnudas de nuestras figuras palpitan en las paredes con el centelleo de la llama lejana. Luego las sombras se hacen cada vez más grandes a la par que nos acercamos a la cama para finalmente desaparecer entre las sábanas.

Nos tendemos el uno junto al otro. Me acaricia la entrepierna. Estoy mojada, algo que facilita su tarea. Siento que la cama es un ascensor que me eleva hasta el cielo; sus dedos, los culpables de pulsar el botón del ático.

Me toca de tal manera y llevaba tanto tiempo sin experimentarlo, que en apenas un minuto llego al orgasmo. Pero no me da tiempo a recuperarme. Mientras sigo experimentando las leves convulsiones del clímax se sitúa encima de mí; parece más grande que nunca. Como el eclipse de un sol, eso es lo que es para mí en este momento: mi sol, y yo giro alrededor de él.

Mueve su mano entre las sábanas y me penetra con suavidad. Siento como se introduce en mí, cada centímetro, cada milímetro es terreno ganado al éxtasis. El orgasmo que ya sentía se solapa con estas nuevas sensaciones, acrecentándose con cada embestida. Se hunde en mí una y otra vez. La sensación es tan intensa que soy incapaz de abrir los ojos. Arqueo el cuerpo y levanto la barbilla. Jadeo entrecortadamente, con más intensidad cuando él se encuentra totalmente dentro. Pienso que me voy a desmayar.

Seguimos igual varios minutos más. No sé cuánto más voy a ser capaz de aguantar. De repente él acrecienta el ritmo arrancándome más resuellos; intensificando lo que no creía posible. Una de mis manos clava las uñas en su

espalda, la otra lo hace en el colchón. Siento una explosión creciendo dentro de mí. Él entrelaza sus manos con las mías. Lo que siento es tan... tan... Los dos estallamos a la vez y yo dejo escapar un grito de placer.

Luego, poco a poco, él detiene su movimiento y yo recupero el aliento. No había experimentado nunca algo tan intenso. Lo miro a los ojos que tienen una expresión cálida.

—Oh, petite —murmulla antes de besarme.

Yo lo abrazo con fuerza.

Realmente es un Dios.

El crepitar de la leña ardiente en la chimenea proporciona la banda sonora de la estancia. Adam y yo estamos tumbados sobre la cama, medio vestidos con un traje de sábanas. Con mi dedo jugueteo recorriendo su tatuaje a la vez que intento grabar en mi mente cada detalle de este momento; me gustaría ser capaz de revivirlo en el futuro. El penetrante olor a madera, la calidez de la habitación, el resplandor del fuego proyectando sombras huidizas en las paredes, nuestra ropa derramada por la alfombra, la piel tibia de Adam, la sensación de felicidad plena. Me alegro de haber tomado esta decisión. Tenía la duda de si, llegado el momento, sería capaz de dejarme llevar. Pero todo ha sido más fácil de lo esperado. Simplemente he despedido a mi cerebro y he dejado el timón a mi corazón. Todo lo demás ha sido inercia pasional.

Aunque existe una sombra tras tanta satisfacción: no se va a repetir más. Adam se marcha mañana.

—¿Qué harás cuando vuelvas? —le pregunto.

Él medita un segundo su respuesta.

—Supongo que echarte de menos, seguir con mi vida y volver a echarte de menos.

—Sé que estás exagerando, pero te agradezco esa respuesta. En cierto modo me reconforta saber que no voy a ser la única que piense en ti.

—Por supuesto. Hay muchas chicas que piensan en mí.

—¡Serás creído! —Le doy un mordisquito en el brazo. Él no para de reír

—. Ya sabes lo que quiero decir. ¿Pensarás en mí? —digo con seriedad.

—¿Bromeas? Yulia, en dos semanas me has conocido un poco, pero si me conocieras a fondo, sabrías que hablo muy en serio. Nunca he sentido algo así.

Mi dedo se detiene sobre la punta del tridente.

—¿Entonces por qué es tan difícil? Deberíamos ser capaces de encontrar alguna solución. Tal vez puedas encontrar alguna manera de quedarte. Quizás puedas...

—Yulia.

Dirijo mi atención a su cara. Él se toma su tiempo antes de comenzar a hablar.

—Un hombre vino a verme después del partido de ayer. —Lo miro expectante—. Se trataba del entrenador del que te hablé. Llevaba tiempo siguiéndome allí en California. Quería ver cómo me desenvolvía en un equipo nuevo. Me dijo que he hecho un buen trabajo aquí. Me ha ofrecido una beca total para su universidad. Cerca de casa. —Trago saliva angustiada—. Petite, no puedo seguir jugando a fútbol sin una beca. Mi madre y yo apenas llegamos a fin de mes para poder pagar mis estudios. Esa beca nos arreglaría la vida. Es... es lo único que se me da bien.

Me quedo paralizada viendo desvanecerse cualquier posibilidad, por pequeña que fuera, de que estuviéramos cerca.

—Entonces ¿es una buena oportunidad? —pregunto con obviedad.

—La que llevo esperando toda mi vida.

Apoyo mi cabeza derrotada sobre su pecho, escucho su latir acelerado, tenso. Esperando que diga algo.

—Me alegro por ti —le digo con sinceridad. Entiendo su decisión, su madre depende de él. Podrá cuidarla mientras se dedica a aquello que mejor se le da. Supongo que yo haría lo mismo si recibiera la llamada de una gran galería para exponer mis cuadros.

Un silencio con aroma de resignación se instala entre nosotros.

—Prométeme que no me olvidarás —demando.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Hablo en serio, Adam. Necesito oírlo de tu boca.

—Te lo prometo. Nunca te olvidaré.

Me agrada la rotundidad de su respuesta. Lo miro fijamente y luego comienzo a jugar de nuevo con su tatuaje, imaginando un futuro conjunto que nunca podrá ser.

—Tal vez cuando te vuelvas rico y famoso puedas volver a por mí.

—¿Me esperarías? —pregunta alzando una ceja.

—Puede —contesto pretendiendo hacerme la interesante—. Aunque ya sabes lo que me gusta ir de flor en flor. No puedo prometer nada.

—Lo sé. Eres toda una *devorahombres*, mujer caimán.

Emito una pequeña risa, parecida a un hipo.

—Prométeme eso también Adam —digo bajando la voz—, aunque sea una promesa vacía, aunque los dos sepamos que nunca se cumplirá. Dime que existe un futuro para nosotros.

—Tienes mi palabra —dice sin pensárselo.

—Gracias.

Sé que debería sentirme triste, pero no es así. Me siento agradecida por este momento que acabamos de compartir. Un momento que sé que formara parte de mi vida para siempre. Y que recordaré con nostalgia, pero con la certidumbre de que no pudo ser de otra manera.

Aunque, bien pensado, la noche no tiene por qué acabar todavía. Desciendo mi mano desde el tatuaje hasta su sexo y en segundos lo encuentro dispuesto de nuevo.

CAPÍTULO 15

Me despierto cuando el resplandor del sol se cuela entre las cortinas de la cabaña y me golpea en los párpados. Adam no está a mi lado. Miro interrogativa a mi alrededor hasta que reparo en el sonido del agua de la ducha. Al contrario de lo que es frecuente en mí, no estoy adormilada: me siento llena de energía, y hambrienta también. Me pongo en pie y me dirijo a la diminuta cocina que forma parte de la misma estancia en la que me encuentro. Abro los cajones con la esperanza de encontrar algo comestible, lo más parecido a eso son unas latas de conservas. Inspecciono la fecha de envasado y son de hace varios años aunque pone que aún no están caducadas. Las dejo en la encimera repugnada.

Al cabo de unos segundos dejo de oír la ducha y Adam aparece por la puerta con el pelo mojado y una toalla diminuta anudada a la cintura. Si anoche me pareció perfecto, a la luz del día no lo es menos.

—Buenos días, petite.

Qué bueno sería escuchar eso todas las mañanas.

—Buenos días.

—¿Cómo te encuentras?

Advierto que la verdadera pregunta que trata de hacerme es «¿Te arrepientes de lo de anoche?».

—Mejor que nunca —respondo.

—Me alegra oír eso. Yo me encuentro como nuevo. Por cierto no funciona el agua caliente —dice mientras se acerca a mí.

Yo señalo a su entropierna.

—¿Entonces eso es causa del agua fría? —bromeo, ya que no se le ve nada con la toalla.

Él se ríe con ganas y termina de recorrer la distancia que nos separa. Me abraza con fuerzas y me besa.

—Buenos días, petite —repite.

Un escalofrío me recorre. Mataría por esas palabras todas las mañanas.

—Buenos días.

—Fue de las mejores noches de mi vida.

—Seguro que eso se lo dices a todas.

—Solo a las ingenuas anfitrionas de programas de intercambio que se dejan seducir por mí.

—Tú no me has seducido. Yo me he aprovechado de ti —replico con una sonrisa socarrona en la cara.

—No lo había pensado de esa manera. Me habré dejado engatusar por las atenciones y flirteos que me has dedicado desde que vine.

—Supongo que eso no es un reproche ¿verdad? No puedes quejarte del resultado.

—No. —Me estrecha con más fuerza—. La verdad es que no. No imaginé nada de esto antes de venir.

—Si alguien me hubiera dicho que iba a acabar liada con el tipo que recogí en el aeropuerto... —Dejo la frase a medias. El aeropuerto: eso me hace recordar que esta noche Adam se marchará y que allí lo despediré para siempre.

Él capta mi rubor y me vuelve a besar.

—Creo que yo también me voy a duchar —digo alejando los pensamientos.

—¿No desayunas? —pregunta mientras coge la lata y la abre.

—¿En serio te vas a comer eso? —pregunto asqueada. Él coge una cucharada y se la lleva a la boca.

—No está tan malo. Pruébalo.

—Ni de coña. No sé cómo puedes tener ese cuerpo comiendo esas porquerías.

—Es cuestión de genética, supongo. Mi padre era...

—¿Sí?

—Era igual que yo. Alto y fuerte. Con unos brazos capaces de levantar un atún él solo sin esfuerzo.

—Apuesto a que fue un gran hombre.

—Sí que lo fue —dice con voz temblorosa.

—No tienes que hablarme de él.

—No pasa nada. No tengo ningún problema en hablarte de él. Nunca lo he hecho con nadie que no sea mi madre, pero contigo es distinto. Me gustaría entregarte todo lo que pueda de mí antes de irme.

Me cuenta todo: me cuenta cómo los abrazaba siempre antes de irse en el barco, cómo era de divertido cuando estaba en casa, cómo amaba a su madre, cómo le enseñó a tocar la guitarra, cómo le revolvía el pelo,... y mil cosas más por el estilo. Adam ha soltado un par de lágrimas mientras hablaba. Me ha llamado especialmente la atención la frase con la que siempre se despedía su padre antes de irse en el barco: «Hasta el viernes, si Neptuno quiere», supongo que de ahí el tatuaje.

—Me hubiera gustado conocerlo —digo.

—Le hubieras gustado. —Después de un pequeño silencio sigue hablando—. Bueno. Tanto hablar me ha hecho olvidarme que no has tomado tu ración de café diaria. ¿Quieres?

—Sí. Pero dudo que podamos encontrar una cafetería en diez kilómetros a la redonda.

—No será necesario —dice a la vez que extrae dos monodosis de café de su mochila.

Me llevo una grata sorpresa.

—¿De dónde los has sacado?

—Un mago nunca revela sus secretos.

—No, en serio.

—Los cogí del hotel de ayer.

—Tuviste una buena idea. —Me dedica una sonrisa cálida—. Ahora solo

nos falta agua caliente.

—Espera y verás —Coge un cazo de hojalata de uno de los armarios, lo llena de agua y luego lo coloca encima de los rescoldos aún humeantes de la chimenea—. ¿Qué te parece? Al más puro estilo *Texas woman*.

Yo niego con la cabeza con una sonrisa amplia dibujada en mi cara.

Cuando el agua comienza a hervir, retira el recipiente y vierte el café dentro. Luego lo sirve en dos tazas.

—¡Voilà!

Dejo que se enfríe antes de probarlo.

—No está mal.

—Me gusta cuidar de ti.

Doy otro sorbo, este me sabe más amargo que el anterior.

—¿No podríamos pasar el tiempo que nos queda aquí? Solos tú y yo. Hasta esta noche no sale tu avión.

Sus ojos relampaguean con picardía.

—¿Y qué haríamos aquí?

Asiento con la misma picardía.

Él bufa antes de hablar.

—Realmente tentador. Pero tengo que asistir a esa fiesta de despedida que los chicos me han preparado. Y necesito que estés conmigo.

—Sabes que no me caen nada bien los chicos del equipo.

—Al menos uno sí ¿o no?

—Tú eres diferente.

—Por favor. Hazlo por mí. También se lo debo a ellos.

—Está bien —acepto con resignación.

—Gracias, petite. —Me vuelve a besar—. ¿No te ibas a duchar?

—Sí —respondo en una media pregunta.

—Es una ducha bastante grande.

Contesto con una mirada maliciosa antes de cogerlo de la mano y llevarlo dentro del cuarto de baño. A este paso voy a compensar todo el sexo que no he tenido durante el último año.

La fiesta de despedida consiste en unos snacks, mucha cerveza y una pancarta con la frase «Adiós, Adam» colgando en mitad del comedor de la casa de Clint. Todo el equipo está presente al igual que las animadoras. Cynthia y London también se han apuntado cuando hemos pasado por casa para recoger sus cosas; no han querido perderse la oportunidad de pasar los últimos momentos con él. También he aprovechado para regalarle sus dos retratos «Para que me recuerdes», le dije, a lo que él respondió que tenía mi rostro grabado a fuego en su memoria. No he podido deshacerme del nudo en la garganta mientras conducía hasta aquí. Menuda sorpresa se ha llevado Clint al vernos llegar con Adam, pero con él delante no se ha atrevido a negarnos el acceso.

Una vez dentro tardo un rato en descubrir que Lisa no está. Creo que es la primera vez que veo al resto de las chicas sin su reina. Lástima que no actúen como las abejas y se marchen con ella.

—Parece mentira que solo haya estado aquí dos semanas —me dice Cynthia desde un lugar apartado mientras observamos como Adam y London fraternizan con el resto de jugadores.

—Sí. No sé qué tiene pero logra caer bien a todo el mundo.

—Incluso a ti, y eso ya es decir.

—Incluso a mí —repito en un murmullo.

—¿Qué vais a hacer ahora? —pregunta.

—Hemos decidido seguir con nuestras vidas, pero haremos lo posible por mantener la amistad. El futuro es una incógnita.

—¿Y cómo lo llevas?

—Bien, supongo. Me quedo con lo bueno. Me alegro de haberlo conocido.

Cynthia me coge de los hombros y me zarandea con energía.

—Sal del cuerpo de mi amiga maldito demonio promiscuo.

Algunas cabezas se giran prestándonos atención, yo los ignoro a carcajada limpia y por un momento me olvido de que solo faltan un par de horas para la despedida.

—Tranquila. Soy yo, de verdad —respondo—. Tengo que decir que tenías razón, tengo que dejarme llevar algo más de vez en cuando. —Ella hace amago de volver a cogerme de los hombros. La detengo interponiendo la palma de la mano—. Incluso estoy dispuesta a reconocerte que hiciste bien incluyéndome en el programa. Me ha servido para madurar.

Cynthia simula marearse y se sienta en una silla cercana.

—Tenía pensado preguntarte si Adam es tan bueno en la cama como jugando al fútbol, pero después de ver lo que te ha hecho... creo que es aún mejor.

—Sí que lo es —afirmo divertida.

Cynthia me observa como si yo fuera una completa desconocida.

La voz de Clint, que está de pie sobre el sofá requiriendo la atención de todos, hace que interrumpamos nuestra conversación. Cómo le gusta a este chico ser el centro de atención, parece que la lección del profesor Curtis no sirvió de mucho.

—A ver todos, ¿me escucháis? ¡Estupendo! Quiero decir unas palabras antes de que nuestro amigo Adam se marche. —Parece envalentonado por las cervezas—. Solo ha estado unas semanas pero han sido suficientes para que le consideremos uno de los nuestros. Ha sido un buen colega y un buen compañero. Todos te deseamos toda la suerte del mundo, Adam. Ojalá llegues lejos, hermano. Por eso, te hemos preparado esto. —Señala al cartel y hace una pausa para que la gente aplauda y vitoree—. Tráemela —le urge a alguien al fondo. De repente, la misma persona se acerca y entrega a Clint una prenda de vestir—. Y no te puedes marchar sin ¡la chaqueta oficial de los *Red Tigers*! Talla XXL, por supuesto.

La gente ríe y aplaude mientras Adam se acerca a ponérsela. Yo los observo intrigada: parecen casi humanos.

—Gracias, chicos. No sé qué decir. La guardaré como un tesoro.

Uno por uno, los chicos del equipo le dan un abrazo.

—Bueno, eso no es todo. Te hemos hecho un pequeño vídeo de despedida.

Clint apunta con un mando a distancia y la inmensa televisión se enciende. Comienza a sonar la banda sonora de *Carros de fuego*. Las primeras imágenes muestran fotografías de Adam vestido con el uniforme del equipo.

—Desde el primer momento te sentaron bien nuestros colores.

Luego muestran fotografías de los partidos con Adam como protagonista.

—Estas fotos son de los partidos que has jugados con nosotros. Te saliste y lo sabes —dice señalándolo y asintiendo con la cabeza.

Después aparecen una sucesión de imágenes de Adam compartiendo momentos con los chicos: en clase, en el hotel, en los vestuarios, en el comedor, de fiesta,...

—No todo ha sido deporte —prosigue Clint—, también ha tenido tiempo para el amor.

La pantalla muestra una instantánea del beso que nos dimos debajo del autobús. Todos se giran hacia mí divertidos. No puedo evitar ruborizarme. Ni siquiera me percaté de que nos hicieron una fotografía.

—Y por partida doble —continúa Clint prosiguiendo con la narración.

¿¿¿CÓMO??? Las piernas me flaquean y estoy a punto de caer al suelo mientras contemplo aturdida la televisión. Adam se gira de repente hacia mí con la imagen de Lisa y él besándose de fondo. Veo como algunos le palmean la espalda alabándolo. Clint reanuda su narración como si no hubiera soltado una bomba nuclear en mitad justo de mi corazón. Pero yo ya no soy capaz de escuchar ni ver nada que no sea la expresión estúpida de Adam fija en mí. «¿Cómo... cómo has sido capaz?», lo interrogo con la mirada y con las lágrimas que comienzan a recorrer mis mejillas. Alguien intenta abrazarme, creo que es Cynthia, aparto sus manos con brusquedad mientras corro hacia la puerta. Oigo cómo alguien grita mi nombre a mi espalda. Me subo al coche y agarro el volante con fuerza hasta que mis nudillos se vuelven blancos. La misma voz me llama desde el porche, giro ausente la cabeza hacia allí: es Adam. El aturdimiento se transforma en ira,

una furia ardiente cultivada y enterrada durante años, desde que Kurt me engañara. Debajo de la estampa de Adam, está su maleta, apoyada sobre el asiento de copiloto. La cojo y la lanzo con violencia por la ventanilla. Luego arranco el coche y salgo chirriando ruedas. Mi nombre es gritado por tercera vez, yo me alejo de allí preguntándome cómo he podido ser tan tonta.

CAPÍTULO 16

Hace cinco meses que Adam se marchó. Al principio estuve tan afectada, y tan enfadada, que apenas salí de mi habitación. Adam intentó ponerse en contacto conmigo, pero yo no quise saber nada de él: no existía justificación posible para su traición; cuando me llamaba por teléfono, yo lo dejaba sonar hasta que colgaba; me enviaba extensos correos electrónicos que yo no me dignaba a leer; me dejaba mensajes en las redes sociales hasta que lo bloqueé; me remitió una carta vía postal que fue directa a la basura sin ser abierta; incluso intentó servirse de London para transmitirme sus mensajes. «No quiero saber nada de él. Por favor déjame en paz», tuve que decirle en más de una ocasión a mi compañero de piso. Cada intento de comunicación solo conseguía enfurecerme y entristecerme más.

Volqué mi ira, mi dolor y mi decepción en los cuadros. Los azotaba con el pincel como si esperara deshacerme de todos mis sentimientos y dejarlos en ellos. Kurt... pincelada... Adam... pincelada... el muelle... pincelada... el día en la cabaña... pincelada, Lisa, pincelada... y entre cada una de ellas: un par de lágrimas y una recriminación a los hombres y a mi mala suerte. De esta manera finalicé más de una veintena.

Transcurridas tres semanas, Adam debió darse cuenta de la inutilidad de sus intentos y cesó su insistencia. Entonces, lejos de poder olvidar el tema, tomó el relevo Cynthia, que cada vez que tenía oportunidad intentaba «que entrara en razón» diciéndome que lo de Lisa ocurrió antes de lo nuestro; cosa que no cambia lo que siento. Siempre acabábamos de la misma manera: con una discusión y conmigo encerrada en la habitación pintando. Tal fue su insistencia que llegó a repercutir en nuestra relación: no hablábamos tanto y dejamos de ver juntas *Texas woman* (señal inequívoca de que algo no iba bien). No entendía cómo eran capaces de defenderlo. Yo era su amiga desde siempre, deberían haberse puesto de mi lado sin condicionales.

Mi estado de ánimo también afectó a mi trabajo. Cuando Jerry me preguntó si Adam ya había vuelto a su casa yo le contesté con un «ojalá no hubiera venido nunca» que lo dejó con un palmo de narices y sin atreverse a decir ni una palabra más. Estaba apática, atendía a la barra sin interés y solo mostraba algo de energía cuando algún cliente se atrevía a dedicarme un

piropo. Bastaba con un simple «guapa» para que lo fulminara con la mirada. En una ocasión incluso le pedí de malas maneras a Thomas el anciano que me llamara por mi nombre. Estaba harta de los hombres y de sus falsos halagos.

Jerry no dejó pasar mucho tiempo antes de intentar hablar conmigo. Seguro de que se trataba de Adam, intentó convencerme de que ningún hombre merecía mis lágrimas y menos alguien tan fugaz. Viendo que al contrario que los demás solo intentaba consolarme y no que cambiara de forma de pensar, me abrí a él y le conté lo sucedido. Me gustó que no buscara ninguna excusa para su comportamiento. Prometió prohibirle la entrada en el local para siempre. «Pero dejaremos que sea Jarvin el que se encargue de eso», me dijo y por poco me arranca una sonrisa.

Empecé a sentirme más a gusto en el bar que en casa y a pasar más tiempo allí del que el trabajo exigía. Se convirtió en una especie de refugio. Cada día, el viejo sofá del almacén se parecía más al diván de un psicoanalista; donde Jerry, siempre dispuesto, aplicaba su terapia.

Agradecí su apoyo de la mejor manera que se me ocurrió. Esperé una noche a que el local se vaciara para cumplir con lo que siempre me había demandado. Me senté al piano y toqué lo mejor que supe. Lo hice durante casi una hora en la que él no demostró interés por ninguna otra cosa. Todo lo contrario, me dijo que me hubiera escuchado tocar durante varias horas más. Lo adoro, pero eso no fue suficiente para sonsacarme la promesa de tocar con audiencia. «Paso a paso», me dijo.

Después de eso, algo mejoró mi disposición en el trabajo; aunque no lo suficiente para permitir cumplidos de desconocidos.

Si el bar era mi refugio, la universidad era mi zona de guerra. Todo en ella me recordaba a Adam: las clases, sus jardines, sus restaurantes, pero sobre todo aquello que tenía que ver con el fútbol. Allá por donde iba me asaltaba la visión de las omnipresentes chaquetas oficiales del equipo recorriendo los pasillos, o el escudo de los *Red Tigers* adornando taquillas y paredes. En clase, era coincidir con alguien del equipo y mis pensamientos emigraban hasta la fiesta de despedida. Y cuando veía a Lisa, aunque fuera momentáneamente, revivía la traición de Adam como si acabara de suceder, y me invadían unas ganas terribles de estrangularla. Era incapaz de pensar en otra cosa. No podía estudiar ni concentrarme. Empecé a flojear en los

estudios y fue fácil entregarme a la desidia y dejar de asistir a algunas clases. La rendición estaba justificada por mi estado actual. Sabía que de seguir así acabaría desperdiciando un año de carrera, pero no podía evitarlo.

En resumen fueron unas duras semanas de alternancia entre ira, apatía y dolor. Con el recurrente pensamiento de que nunca volvería a confiar en un hombre; y de que el único hombre en el que me hubiera gustado poder confiar era Adam.

Todos esos sentimientos se volvieron insignificantes cuando mi abuela murió.

Algo así pone en perspectiva el resto de tus problemas.

Ocurrió hace tres meses, de noche mientras dormía. Se fue a la cama como siempre y amaneció con un semblante apacible y una tierna sonrisa por despedida. Mi madre me despertó esa mañana para comunicármelo. Bastaron sus sollozos al otro lado del auricular para saber lo que estaba pasando. Nunca he sentido algo así. Cynthia entró corriendo en mi habitación creyendo que me ahogaba. Tardé horas en ser capaz de pronunciar una palabra. Me costó reconocer a las personas que tenía ante mí y el lugar en el que me encontraba. Luego ella me ayudó a vestirme de manera apropiada, ¿qué importaba eso? Fue ella la que condujo su coche hasta mi casa donde mis padres me recibieron con un abrazo desconsolado.

El entierro fue al día siguiente. Sigiloso y sencillo como la mujer que fue. Sin grandes gestos, sin discursos memorables ni multitudes. Tan solo la familia más cercana, la poca que le quedaba, la que estuvo cerca hasta el final, la que permanecía aferrada con ojos vidriosos mientras el reverendo pronunciaba la misa de funeral. Siempre dijo que no quería un funeral triste «pero tampoco hagáis una fiesta», bromeaba, «solo prometedme que no me olvidaréis».

No lo haremos.

Casi pude oír sus palabras cuando introdujeron el ataúd en la fosa. «No llores mi niña. Yo he tenido mi vida. Sonríe y vive la tuya».

Me permití el último llanto y luego sequé mis lágrimas e hice un juramento. Juré vivir bajo los principios de mi abuela. Respetar su legado.

No se me ocurrió una manera mejor de empezar a hacerlo que abrazar a

Cynthia y London y olvidar cualquier rencilla existente.

CAPÍTULO 17

—La siguiente eres tú —me dice el señor Curtis al pie del escenario.

Desvío mi mirada hacia el centro del escenario para ver cómo un alumno al que no conozco recibe el diploma de graduación. Tiemblo de expectación. No puedo creer que mi vida universitaria haya llegado a su fin. Detrás de mí una hilera silenciosa de alumnos espera también su turno. Todos en mayor o menor medida muestran señales de nerviosismo. Excepto uno; me suena su cara: creo que pertenece al equipo de fútbol. Me parece increíble que uno de ellos llegue a graduarse. Mis pensamientos vuelan sin remedio hacia Adam ¿habrá sido capaz él también de graduarse? ¿Qué será de él? A veces me sorprendo a mí misma pensando en las dos semanas que pasamos juntos, luego intento apartar esos recuerdos con las imágenes de su traición. Pero ya no funciona como antes. El paso del tiempo ha suavizado mi enfado haciendo que se equiparen los buenos momentos con los malos.

—Vas a ser una gran artista —añade el profesor sacándome de mi ensimismamiento, me vuelvo hacia él para ver como acompaña la frase con un guiño de ojo.

—Gracias señor Curtis. Me ha enseñado mucho.

Él suelta una mano de sus muletas y me la extiende.

—Tonterías. El talento es todo tuyo. —Se acerca un poco más a mí—. Aunque aceptaré una obra firmada en recompensa a mis consejos. Siempre se lo pido a mis mejores estudiantes. ¿Quién sabe si dentro de unos años valdrá millones?

—Eso está hecho —contesto estrechándole la mano.

No puedo evitar la comparación con mi tío cuando le pidió un autógrafo a Adam en mi casa por el mismo motivo. Adam, otra vez.

—*YULIA SUMMERS* —suena por el altavoz.

—Cuídese —le digo antes de subir los escalones. Él responde con un asentimiento de cabeza y una expresión gentil que invita a apurarme.

Me acerco al centro del escenario con los focos deslumbrándome en la cara donde el director me espera con la acreditación en la mano. Lo cojo y posamos para la fotografía de rigor. Una tormenta de *flashes* nos deslumbra. Me siento como una estrella de cine en una gala de premios, solo que sin fama, sin millones y con menos tetas. Cuando las luces cesan inspecciono las gradas. Están llenas a rebosar pero enseguida diviso a los míos: ahí están Cynthia y London, ambos tendrán que esperar un año más por lo menos para graduarse; junto a ellos veo el inconfundible bigote de Jerry que va acompañado de su familia. Lo veo aplaudir orgulloso como si yo formara parte de ella. Unas butacas más allá está mi auténtica familia. Mi tío John choca las manos sin mucho interés, pero se ve de sobra compensado por los enérgicos aplausos de mis padres que parecen destacar por encima de los del resto de la sala. Casualmente al lado de ellos hay una butaca vacía. Qué curiosa metáfora. Se me hace un nudo en la garganta y miro hacia arriba a la par que brindo el diploma. Luego hago una tímida reverencia dirigida a toda la audiencia y bajo a toda prisa por el lado contrario de la tarima.

Al salir, corrillos de alumnos dispersados por el pasillo charlan alegres con sus recompensas en las manos. El recuerdo de mi abuela me ha dejado un poco desazonada. Evito los grupos de gente y me encamino hacia los baños. Antes de reunirme con los míos me vendrá bien enjuagarme la cara y tratar de deshacerme de esta sensación. Hoy es un día de celebración.

Coloco mis manos en posición de cuenco debajo del grifo y luego me las llevo a la cara. El agua cae por mi rostro mientras observo mi reflejo en el espejo. Por detrás de mí se abre la puerta de un retrete y, para mi asombro, Lisa sale de él. De repente me pongo tensa y continúo frotándome la cara sin dirigirle ni una mirada. Obviamente ella no se gradúa. Estoy segura de que si de ella dependiera estaría aquí indefinidamente. Me doy cuenta en que ni siquiera sé qué estudia. ¿De verdad estudia alguna carrera o se cuela en la universidad? Eso lo explicaría todo.

—Vaya, vaya. Mira quien se ha graduado.

Doy un respingo al oírla. Esperaba que después de lo de Adam tuviera la delicadeza de no dirigirme la palabra.

—Déjame en paz —le digo en un arrebato áspero que me sorprende hasta

a mí.

—¿Cómo has dicho?

—Que me olvides —contesto con el mismo enojo.

Ella me mira como si no pensara que nadie le pudiera hablar de esa forma.

—A mí no te atrevas a hablarme así.

La ignoro de forma deliberada y me encamino hacia la salida. Ella con un paso lateral se interpone en mi recorrido.

—¿No me has oído? ¿Con quién crees que estás tratando? —dice con tono amenazador.

La inspecciono de arriba a abajo con inusitada tranquilidad. Mientras lo hago me doy cuenta de que no me siento cohibida, al contrario que en el pasado. «¿Siempre ha sido tan pequeña?», me pregunto. Lisa aprieta los labios bajo mi escrutinio.

—¿Ves este diploma? —digo mostrándoselo. Ella no se inmuta—. Este diploma significa que ya no tengo que aguantar a la gente como tú. Así que, ¿por qué no te largas con los de tu «especie» y te olvidas de mí?

Una mueca entre irónica y cruel aparece en su cara.

—Vaya. Así que ahora no te caemos bien. No pensabas lo mismo cuando lo del chico «ese» del programa de intercambio.

La sola alusión a él surgida de sus labios es como una mecha que enciende mi sangre. Doy un paso adelante quedando a escasos centímetros de ella. Ella da un paso atrás intimidada. Sí que es pequeña.

—Se llamaba Adam —inquiero entre dientes—. ¿O es que ni siquiera te acuerdas de su nombre?

—Como sea. Un tío bueno más, al fin y al cabo.

Es su manera de decirlo, arrastrando cada sílaba. Aprieto los puños deseando estampárselos en la cara. Tengo que hacer un esfuerzo por contenerme. ¿Cómo puede ser que hable de él con tanta indiferencia? Se lio con él. ¿O eso no significó nada para ella?

—Tuviste algo con él. ¿O tampoco te acuerdas? —digo alzando la voz

casi en un grito. Ella da un respingo y veo su confianza tambalearse. Estoy segura de que es la primera vez que alguien le trata de esta manera. Se recompone lo justo para arrugar el ceño y dirigirme una mirada extraña. Como si le hubiera hablado de la situación política de Armenia.

—Aléjate de mí —replica, pero su voz ha perdido la firmeza que la caracteriza.

No me muevo ni un milímetro. Sostengo mis ojos clavados en los suyos.

—Yo no me liaría con alguien que fuera capaz de hacerlo contigo —acompaña sus palabras arrugando la nariz, como si tal posibilidad la repugnara.

Esto ya es el colmo. Ella fue la culpable de que Adam y yo acabáramos de malas maneras. ¿Ni siquiera es capaz de reconocerlo? La cojo por los hombros y la empujo arrinconándola entre mi cuerpo y la pared.

—Todos vimos las fotos. No te atrevas a negarlo.

Sus ojos huidizos al fin emiten un suave parpadeo como si acabara de caer en lo que le digo.

—Ah la foto.

—Sí, la foto.

—Yo nunca me lie con él. —La palma de su mano aletea de arriba a abajo espantando tal posibilidad.

Me quedo en silencio unos segundos. ¿Qué está diciendo?

—Explícate —la palabra sale ronca, tanto que haría que la niña del exorcista se asustara. Suena más amenazador que cualquier amenaza que haya podido lanzar en mi vida.

Ella traga saliva antes de hablar.

—Él iba tan borracho que apenas se tenía en pie. Los chicos le obligaron a beber un montón para ver de qué pasta estaban hechos los californianos. Cuando lo vimos durmiendo sentado nos pareció divertido simular que me daba el lote con el nuevo. Él ni se enteró. Solo fue una travesura de borrachos.

La suelto de repente. Ella me mira interrogativa.

—Vete de aquí —le susurro.

Esta vez es ella la que no se mueve.

—Me iré cuando...

No termina la frase. Un empujón mío la hace tropiecar varios metros.

—Pagarás por esto —amenaza desde la puerta. Esa escena me recuerda a la amenaza que profirió naranjito ya hace tiempo en una situación parecida; y no acabó bien para él.

—Que te largues —concluyo con un grito.

En el silencio del cuarto de baño comienzo a reflexionar sobre sus palabras. Recuerdo a Adam con cara de estupidez gritando mi nombre. Yo lo interpreté como la expresión de alguien al que han pillado *infraganti* realizando una fechoría. ¿Podría ser que su cara fuera la de no saber lo que estaba pasando? ¿Ha dicho Lisa la verdad o es capaz de mentir para enmascarar el hecho de que hubo un chico que me prefirió a mí y no a ella? ¿Dejé que mi experiencia por lo de Kurt me cegara? ¿Qué pasó realmente? Por primera vez desde aquello no estoy segura de nada. La única certeza es que no dejé que Adam se explicara. ¿Lo estropeé todo sin motivo?

Caigo de rodillas y me llevo las manos a la cara. Luego comienzo a llorar sintiéndome una persona horrible.

CAPÍTULO 18

La niebla es espesa, digna de un Londres victoriano. Me encierra en un círculo de pocos metros. El sol del ocaso brilla a través de ella como una vela detrás de una cortina. Bajo mis pies siento vibrar la pasarela al ser golpeados sus pilares por las olas. El crujido de la madera provocado por mis pasos indecisos queda amortiguado por su rumor incesante. Me siento igual que las olas en este momento, impelida a avanzar por la pasarela para luego experimentar una fuerza que me incita a retornar. Un vaivén emocional que me mece en ambas direcciones. Hago uso de toda mi voluntad para ganar cada metro. Agarro con fuerza la desgastada barandilla y doy otro paso. Los tablones están desnivelados y por poco me caigo.

Realmente no sé qué hago. Después del tiempo que ha pasado y de cómo acabaron las cosas entre nosotros, no tengo derecho a presentarme aquí. No creo que quiera volver a verme. Si hace meses fui yo la que no quiso hablar con él, ahora me está devolviendo el favor. Llevo varios días en la ciudad y no he conseguido hacerme con él pese a todos mis intentos: no me coge el teléfono; he preguntado en su universidad y no lo han visto desde hace meses, me parece recordar que había obtenido una beca para otra universidad ¿se habrá cambiado ya? Se me ocurrió que alguien de su antiguo equipo podría indicarme dónde vive, pero nadie lo sabe con exactitud, o no me lo han querido decir, seguro que antes que yo hay una larga lista de mujeres despechadas que alguna vez han preguntado por él. Tampoco he tenido suerte intentando convencer al personal administrativo de que me faciliten su dirección; «eso es información confidencial», me dijeron. Ni que quisiera acosarlo. Bueno... tengo que reconocer que presentarme en su casa después de seis meses sin hablar con él, y viniendo desde Louisiana, no suena a algo que haría alguien cuerdo.

Nada en internet, ni en redes sociales. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Lo único que tengo es una triste historia pronunciada en un momento de vulnerabilidad. Aquí y ahora es mi última oportunidad de dar con él antes de volver a casa con las manos vacías: el muelle *Goleta Pier* un viernes al

atardecer.

El lugar es tal y cómo lo describió Adam pero más largo de lo que me imaginaba. Según internet mide alrededor de cuatrocientos metros. Si recuerdo bien la historia él siempre se coloca al final. Ya sé que se trata de una diminuta posibilidad pero suficiente para que intente probarla. Necesito pedirle disculpas. Debe ver mi cara de arrepentimiento mientras lo hago: desde que me enteré que nunca me mintió he estado hecha polvo. No puedo seguir viviendo con la idea de que fui yo quien lo estropeó todo sin razón y no hizo nada por remediarlo.

Cuando debo llevar lo que yo considero que debe de ser un tercio de la plataforma veo una silueta inmóvil. Me aproximo despacio. Mi sexto sentido me dice que no es él. No me engaña: se trata de un viejo pescador moviendo con aspavientos su caña. Me saluda con una mezcla de extrañeza y simpatía. Apuesto a que no esperaba encontrar a nadie hoy aquí.

—Hola —saludo.

—Hola, joven. Si no vienes a pescar y por tu aspecto veo que no... No se me ocurre que puedas hacer por aquí.

—¿Qué tal la pesca? —pregunto intentando aparentar interés.

Él pateo un cubo vacío de metal por toda respuesta mientras se encoge de hombros.

—¿Ha visto a alguien más?

—¿Te refieres aquí?

Asiento señalando la obviedad.

—No creo que nadie más se atreva a venir. Como puedes ver hoy no es un sitio muy turístico.

Tiene toda la razón. Nadie en su sano juicio vendría en estas condiciones. Adam debe de haber pensado lo mismo.

—Busco a un joven alto, muy alto —insisto.

—Yo una novia rubia, muy rubia. —Él debe de notar que no estoy de humor para bromas—. Ya te he dicho que no... que por aquí no.

—¿Y no le suena haber visto alguien así en este lugar cualquier otro día?

—No suelo venir mucho por aquí. Lo mío son los riscos. Pero cualquiera pesca desde allí con esta niebla... Prefiero usar gusanos como cebo y no mi propio cuerpo.

—Entiendo —digo dejando caer los brazos—. ¿Lleva mucho rato aquí?

—Un par de horas al menos. Pero no he tenido nada de suerte. Ni un mísero pececillo. —Vuelve a propinar otra patada al cubo—. Entre tú y yo, creo que los peces no ven el cebo hoy.

Mi mirada se dirige hacia el resto del camino pensando que tal vez Adam llegara antes que el pescador. No me pienso ir sin averiguarlo.

Me despido y él parece decepcionado. Me dice que le hubiera venido bien un poco de compañía. Le deseo suerte ignorando su propuesta y reemprendo mi camino.

Sigo avanzando por el larguísimo muelle. Debido a la niebla se me hace eterno. Cuando pienso que ya debo de haber recorrido tres puentes como este, de repente llega a mis oídos un sonido débil, pero que reconozco en seguida. Son las notas de un instrumento, ¡una guitarra! Mi corazón da un vuelco. No puede ser otro. ¡Es Adam! Acelero abalanzándome contra la pared de humo. A cada paso el sonido de la guitarra se hace más evidente. Es una melodía triste; en otras circunstancias me hubiera gustado detenerme y escucharla con atención, cerrar los ojos y balancearme al ritmo de sus acordes. Pero ahora mismo solo puedo pensar en llegar hasta su origen lo más rápido posible.

El escándalo proveniente de los tablones llama la atención del intérprete. La música se detiene y yo con ella. Nos separan una decena de metros. Intento discernir la figura de Adam entre la bruma, pero es imposible. Aspiro y exhalo profundamente. Reúno fuerzas y sondeo alzando la voz:

—¿Adam?

No hay respuesta, ni sonido alguno. En mi mente aparece Adam sentado en el banco volviendo su cuerpo hacia mí.

—Soy yo, Yulia —insisto.

Nada.

Sin embargo estoy segura de que está ahí. Me gustaría terminar de recorrer la distancia que nos separa y caer en sus brazos pero el mudo

recibimiento me hace pensar que Adam ya me ha identificado y que quizás no quiera saber nada de mí. Una posibilidad que no querría ver cumplida. Aunque lo entiendo no me iré sin decir lo que he venido a decir. Luego, que él decida.

—Sé que estás ahí y que puedes oírme. Solo escúchame, por favor. Luego si no quieres contestarme... —Hago una pausa mientras trago saliva—. Lo entenderé y me iré por donde he venido.

Respiro hondo de nuevo.

—Siento lo que pasó; cómo te traté. Ahora sé que estaba equivocada y aunque no hubiera sido así, nada justifica como obré. Debí escucharte, dejar que me lo explicaras. ¿Y qué hice yo? Dejé que los fantasmas de mi pasado condicionaran mi forma de actuar. No fui justa contigo. Teníamos algo bonito y yo lamento que acabáramos así. Lo siento, Adam. Lo siento de veras.

Bajo la cabeza avergonzada. Me lo imagino negando con la cabeza impasible. El silencio se prolonga. Es casi seguro que mis disculpas no sirven de nada ahora. El murmullo de las aguas me invita a continuar.

—No he venido aquí a excusarme. He venido a decirte que en este tiempo no he dejado de pensar en ti. Sé que nunca encontraré a alguien que me haga sentir lo mismo que tú. He descubierto que siempre fuiste perfecto para mí y que entonces no supe entenderlo. Desmontaste todos mis esquemas. Nunca creí que se pudiera llegar a amar a alguien en tan solo dos semanas... —Dejo transcurrir unos segundos para que la persona que se encuentre al otro lado se dé cuenta de lo que acabo de decir—. Sí, te amé. Maldita sea. Te amé. Ahora lo sé. Y te sigo amando, porque si no, no estaría aquí ahora mismo.

Me quedo vacía al pronunciar esas palabras. Nunca las había dicho en voz alta y son más ciertas que nunca.

—No tienes que decir nada. Solo quería asegurarme de que lo supieras —añado en voz baja.

Transcurre un minuto en silencio. Con cada segundo me desmorono un poco más hasta que rompo a llorar. No me esperaba esto. Tanto si Adam se encuentra al otro lado como si no, acabo de perder la última esperanza de enmendarlo.

Cuando es obvio que no va a haber respuesta me vuelvo con lentitud y comienzo a desandar el camino. ¿Por qué habré venido? Era evidente que esto no iba a acabar como yo pensaba. Me he estado engañando a mí misma. ¿Acaso yo lo hubiera perdonado de haber sido al contrario? No lo creo. Me queda patente que este es uno de esos momentos del que me arrepentiré por el resto de mi vida, deseando no haber tomado las mismas decisiones. No encontraré a nadie como él. No quiero a otro que no sea él. La palabra «definitivo» resuena incesante en mi cabeza. Se acabó; antes incluso de empezar. Lloro con más fuerza incapaz de contener mis sollozos. Dejo correr las lágrimas. Mi nariz se llena de fluidos. Mi andar es tambaleante mientras me abrazo a mí misma. En mi retirada me arroja el desdeñoso siseo de las olas mezclado con el crujido de las tablas. Pero suena distinto, desacompasado. Hay algo que no cuadra. Tardo un rato en darme cuenta. Se oyen más crujidos. Y provienen de mi espalda. Paro de llorar en el acto y me giro nerviosa.

Los crujidos crecen en intensidad, mis pulsaciones también. ¿Adam? Una silueta negra enorme se empieza a vislumbrar hasta convertirse en él. Tiene el pelo desaliñado, sujeta una guitarra y luce una sonrisa triste en el rostro. Me sigue pareciendo el hombre más guapo que he visto en mi vida. Titubeo sin saber qué decir.

—Mira lo que ha traído la marea —anuncia con un deje de ironía.

Le imploro con la mirada que no sea cruel conmigo. No lo podría soportar. Pese a que lo merezca.

—Adam. Lo sien...

—Ya te he escuchado ahí atrás. —Sigo suplicando con mis ojos. Parece tener el efecto deseado pues cuando vuelve a hablar tiene un tono distinto—. Te comportaste como una loca.

Entierro mi mirada en la madera del suelo, avergonzada.

—Lo sé. No tengo excusa.

Él me escruta y me siento como una alma en el purgatorio siendo juzgada para decidir si debe ir al cielo o al infierno.

—¿Qué te hizo darte cuenta de que no soy un mujeriego sin escrúpulos? —dice en un tono relajado que me hace soñar con que ha elegido la primera

opción.

—Lisa me confesó lo sucedido.

Él asiente con una sonrisa sarcástica.

—Claro, Lisa. Hubiera sido mucho pedir que hubieras recapacitado tú sola. Pues ya que estás me podrías contar lo que sucedió, porque sigo sin saberlo.

Le explico lo que me contó Lisa.

—Será... malnacida —dice escupiendo las palabras—. Durante este tiempo he pensado en todo lo que pasó. No conseguía explicármelo. Llegué a asumir que fui yo el que perdió el control. Me he sentido tan —su voz se cueлга debido a la furia que veo reflejada en sus ojos—... me he sentido tan culpable.

—No fue culpa tuya.

—¡Claro que no! Yo nunca hubiera hecho algo así. Puede que no lo sepas porque te tropezaste con aquel gilipollas que te hizo así de desconfiada, pero yo no soy así. Nunca deberías haberme metido en ese saco. —Yo asiento con la cara de un cordero que va camino del matadero—. Eso lo pude asimilar: no me conocías lo suficiente, lo que no pude entender es que no me dieras oportunidad de explicarme.

—Soy una persona horrible —reconozco.

—Sí, lo eres —afirma él con rotundidad.

Se hace un silencio tenso. Adam sigue con su minuciosa inspección. Una gota de sudor resbala por mi rostro. No lo soporto más.

—¿Podrás perdonarme? —pregunto intentando sonreír y lo más parecido que logro formar es una mueca tensa que deja entrever todos mis dientes. Más que pedir perdón, debe parecer que me estoy electrocutando.

Él me contempla. Una sutil brisa juega con su pelo. ¿Es una sonrisa eso que veo? Sí, lo es, una sonrisa apenas perceptible, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Jamás creí que te volvería a ver; y te he odiado por eso. Pero ahora que te tengo aquí delante, no siento rencor.

Luego rinde sus brazos en un gesto incitante. Me estremezco. No lo dudo y me lanzo a la carrera a ellos. Él me estrecha de tal manera que me hace pensar que realmente ha dejado de lado todas sus reservas.

Permanecemos unos instantes en silencio. No quiero estropear este momento. Lo había echado tanto de menos. Me vuelve a invadir la sensación de sentirme a salvo; la certeza de que todo va a salir bien. Cómo me hubiera gustado tener este abrazo cuando pasó lo de mi abuela. Lloro de nuevo, pero esta vez son lágrimas de alegría y desahogo.

—¿Así que... me amas? —murmulla.

Levanto la cabeza hasta sus ojos azules. Había olvidado lo profundos que son.

—Sí —reconozco con seguridad.

Él me sonríe pero noto algo extraño en su sonrisa y me alarmo al instante.

—¿Qué sucede? —pregunto—. Tú no me amas. ¿Es eso, verdad?

—Yo siempre lo hice. Siempre lo supe.

—¿Pero?

—¿Qué has venido a buscar aquí, Yulia? ¿Qué sentido tiene esta reconciliación? ¿No hubiera sido más sencillo que ambos siguiéramos con nuestras vidas?

—¿De verdad es eso lo que piensas?

—¿Qué más da lo que piense?

—Estoy aquí Adam. Delante tuya. Olvidemos lo que pasó y sigamos adelante. Podemos hacerlo.

Percibo como su abrazo pierde intensidad.

—Desde que volví no he estado bien. Apenas comía. Me tiré semanas sin poder dormir. No rendía suficiente en el equipo. Ni yo mismo lo entendía ¿Cómo era posible que hubieras causado ese efecto en mí? Necesitaba hablar contigo y tú no me diste opción —esta vez sus palabras no suenan como una recriminación—. Un día me di cuenta de que o dejaba de intentarlo o acabaría conmigo. —Escucho en silencio dejando que se desahogue.

»Me sobrepuse —continúa—. Mi vida volvió a la normalidad, y hace un

par de semanas casi me da un infarto cuando vi tu número en la pantalla de mi móvil. No quería volver a pasar por lo mismo. Lo mejor era dejar las cosas como estaban.

—¿Entonces, estamos en paz? —pregunto con la misma estúpida mueca de antes.

—Lo siento, petite. —Petite. Cuánto tiempo sin escucharlo. Una palabra insignificante que para mí suena mejor que mil poemas—. Yo no necesito nada de esto ahora.

—También ha sido difícil para mí. ¿Cómo crees que fue el pensar que el único chico al que me he entregado en mucho tiempo era un cerdo?

—Llegaste tú sola a esa conclusión.

—Tienes razón. Pero también sufrí. Sufrí mucho. Y al poco pasó lo de mi abuela y...

Se me hace un nudo en la garganta y soy incapaz de continuar.

—Lo siento, Yulia. No lo sabía.

Asiento compungida tapándome la cara.

—Me hubiera gustado estar ahí.

—Ahora estás aquí, y yo también.

Él suspira y deshace el abrazo para cogerme por los hombros y enfrentar nuestros ojos.

—Eso no cambia el hecho de que tú vives en Louisiana y yo aquí. Quizás lo que pasó fue lo mejor. Si no, al final me hubiera consumido en una relación imposible.

Clavo mis ojos en los suyos y sonrío con picardía. Él me mira extrañado sin comprender.

—Respecto a eso... se me ha ocurrido una idea bastante loca.

Él entrecierra sus ojos y me interroga con un gesto de su cabeza.

—Bueno, yo ya me he graduado y los artistas no necesitamos de un lugar fijo para trabajar.

Tarda unos segundos en asimilar lo que le estoy proponiendo. Luego me

envuelve en un abrazo efusivo.

—¿Es en serio?

Asiento repetidamente. Su rostro se relaja de forma perceptible.

Nuestra relación cobra una nueva perspectiva. Sin cadenas, sin distancia, un futuro en el que los dos podemos ser libres para amarnos sin reticencias. Los dos fundimos nuestros labios con intensidad; es el fruto de un deseo contenido durante meses. El contacto es como lo recordaba. Sus labios son carnosos; su aliento es cálido. Capaz de transportarme al paraíso. ¿Qué importa dónde vaya a vivir? Mi hogar está en esos labios.

Cuando al fin nos separamos él me ofrece una mirada que no había visto hasta ahora. Llena de esperanza y de amor.

—¿Sabes? —me dice—, tal vez este muelle no me haya devuelto a mi padre, pero me lo ha compensado de sobra.

Yo le devuelvo la misma mirada cargada de ilusión por el futuro que nos espera.

EPÍLOGO

—Te he traído una pequeña sorpresa —anuncia Cynthia sacando una cajita de su mochila—. Espero que hayan llegado bien.

Doy un respingo y empiezo a salivar en el mismo momento en que reconozco el logotipo de *Susie's*. No espero a que me invite a probarlos. Le arranco la caja de las manos, la abro y me introduzco un *donut* entero en la boca. Gimo de placer, pongo los ojos en blanco, acabo de experimentar un orgasmo en el paladar.

—¡Dios! Es lo que más echaba de menos. No me mires así. Vosotros estáis en un nada desdeñable segundo puesto.

—Ves, por eso yo no sería capaz de vivir aquí. No podría sobrevivir sin la bollería de *Susie's*. Además hay demasiado chico musculoso —dice relamiéndose—... es asombroso el culto al cuerpo que existe en este lado del país; acabaría rompiendo con London. No te enfades, cariño.

—¿Eh? Sí, sí. Lo que tú digas, mi amor.

—Es ponerse a ver un partido de fútbol y se olvida de todo lo demás. Me podría estar dando el lote con otro detrás de él y ni se enteraría.

—No intentes hacer la prueba —replica sin dejar de observar el partido.

—¡Ah! pues me equivocaba.

Ambas nos reímos con ganas. Hacía más de cuatro meses que no compartía unas risas con Cynthia. Al menos en persona, porque por teléfono no hemos dejado de hablar ni un solo día.

—No estaría mal escuchar vuestras discusiones más a menudo.

—Estaría genial. Pero para siquiera pensar en ello primero nos tenemos que graduar. Además, no creo que a tu novio le gustara compartirte con nosotros de nuevo.

—Adam estaría encantado. En la casa que hemos alquilado hay espacio de sobra.

—No creo —añade London— que a Adam le gustara dejar entrar otro macho alfa en su guarida.

—Pero de hombres solo vendrías tú ¿No? ¿O es que pienses invitar a alguien más?

London recibe una estocada mortal en su ego.

—Mirad. Adam acaba de detener el ataque rival —dice de repente cambiando de tema.

—No le va nada mal en el nuevo equipo —apunta Cynthia.

—No. Apenas ha empezado la temporada y ya está oyendo cantos de sirena de otros equipos interesados en él. Quién sabe, puede que surja algún equipo más cercano a Louisiana.

—¡Eh! ¡Tú! Tráenos unas cuantas cervezas —chilla Cynthia llamando la atención de un repartidor de bebidas que pasea entre las gradas. Luego se vuelve hacia mí bajando el tono—. Entiendo que es tu amado, cariño. Pero yo necesito ayuda para soportar el resto del partido.

—Yo tomaré otra —digo.

—Hablando de cervezas. Jerry te envía recuerdos. Dice que nadie como tú sabe manejar a los borrachos de siempre.

Sonrío al pensar en Jerry con su estrafalario bigote sirviendo unas copas a Thomas el anciano. Cuantas cosas he dejado atrás. Mi mirada vaga sin pensarlo hacia el terreno de juego donde identifico al instante a Adam. Lo veo inclinado sobre una rodilla, totalmente centrado en el encuentro, esperando que pongan en movimiento el balón. Sigo sintiendo esa sensación de plenitud cuando lo observo. Me digo a mí misma que ha merecido la pena.

—Dale un beso de mi parte y dile que pasará a visitarlo en cuanto ponga un pie en Louisiana.

En ese preciso instante llega hasta nosotros el repartidor.

—¿Qué os pongo?

—Un par de cervezas. ¿Tú quieres, London? —Alza el pulgar derecho sin ni siquiera volverse—. Que sean tres.

—Está bien. Aquí tenéis. Son veinticuatro dólares.

—¡Joder! Sí que sois caros en este estado.

—Tranquila Cynthia yo invito.

—Ni se te ocurra...

Pero ya me he adelantado a ella. El vendedor me da el cambio junto con las gracias y se aleja anunciando a viva voz sus bebidas.

—¡Vaya! Mírate. Tú invitando a cervezas. ¿Tanto dinero sacas en la galería?

—Lo suficiente para pagar el alquiler y un par de cervezas a mis mejores amigos.

—Y pagarnos las entradas de este sitio —agrega London.

—A Adam se las regalan.

—Me alegra comprobar que estás tan integrada y que te sabes valer por ti misma. Tú familia se quedara mucho más tranquila cuando se lo cuente.

—A ver si oyéndolo de tu boca al fin se lo creen. Cada vez que hablo con ellos insisten en enviarme dinero. Deben pensar que les miento y que vivo en una comuna hippy.

—Eso es porque nunca pensaron que, tú precisamente, fueras capaz de tomar la decisión que tomaste. Su pequeña hija insociable largándose a buscarse la vida en otro estado con un tío al que apenas conoce.

—La Yulia de hace un par de años no hubiera sido capaz.

Cynthia asiente captando el significado implícito de mis palabras. Por eso es mi mejor amiga: me entiende mejor que nadie.

—Ella estaría orgullosa —me dice.

Respiro hondo, sonrío en silencio y contesto mirando al cielo.

—Sí. Lo sé.

CAMERON HEART

¡Muchas gracias por leer este libro! Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo escribiéndolo. Si lo deseas, puedes dejar tu valoración tanto en Amazon como en la red social para lectores Goodreads. Sería un gran apoyo. Y si deseas ponerte en contacto conmigo para hacerme llegar tu opinión (me encantará saberla), puedes hacerlo a través de los siguientes canales:

Facebook:

<https://www.facebook.com/cameron.heart.writer>

Mail:

cameron.heart.writer@gmail.com

También puedes mantenerte informado de todas las novedades suscribiéndote a mi lista de correo: <http://bit.ly/cameronheart-sign>

¡Hasta la próxima!